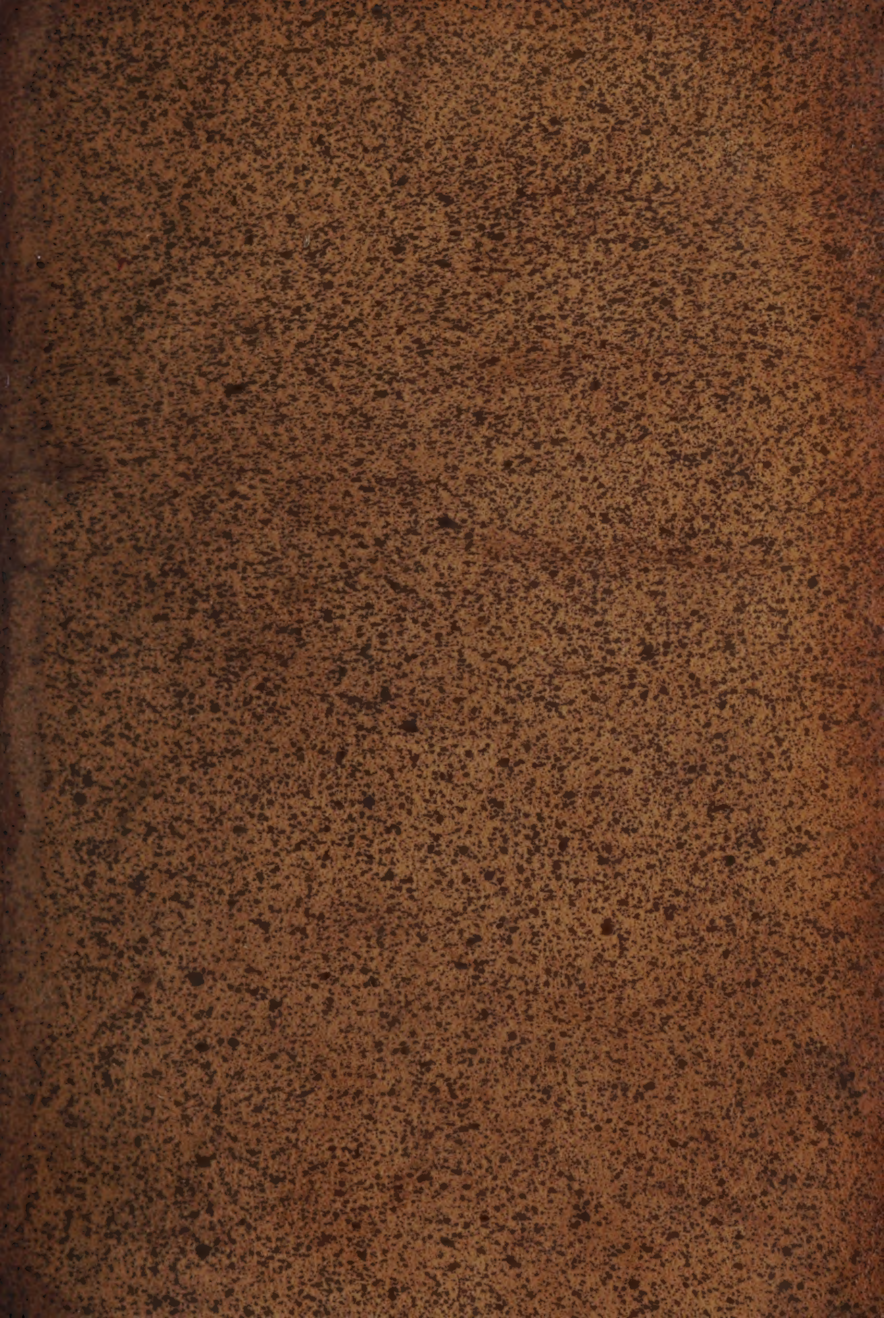






COLECCION

DE

HISTORIAS INTERESANTES

Y DIVERTIDAS.

TOMO VI. DE LA COLECCION.



Púsole Hipólito el rejon en el principio de aquel nervio, donde está su mayor fuerza, y fue la suerte tan dichosa que sin que el alentado toro diese adelante un paso, quedó postrada su soberbia á los pies del caballo....

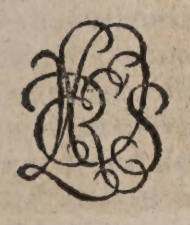
J. R.º del. J. Garrido gr.º

HISTORIA
DE HIPÓLITO
Y AMINTA:

POR EL DOCTOR DON FRANCISCO DE QUINTANA.

TERCERA IMPRESION.

TOMO II.



MADRID: POR REPULLÉS.
1807.

DISCURSO QUINTO.

Nunca descubre los quilates de su valor la fortaleza de un ánimo invencible, hasta que llega á tocar la piedra de los trabajos, y acrisolarse en el fuego de los peligros; porque como esta virtud se ordena á tolerar los males, entónces parece mas, quando ellos son mayores. Por medio de las demas virtudes se hace un hombre digno de alabanza, así lo siente el filósofo. Mas por esta se hace digno de alabanza y de memoria, de aquella con los presentes, y de esta con los futuros siglos. De aquí infiero que la fortaleza es mayor que otras virtudes adquiridas, si se toma su grandeza por la parte que se dilata mas su conocimiento. Otras virtudes adquieren inclinacion para el sugeto que las tiene; mas la fortaleza, inclinacion y respeto, acompañada del amor de la patria, hizo en los antiguos romanos increibles acciones; é im-

perada de la caridad, ha hecho en los cristianos prodigiosos mártires. Es la fortaleza en la paz envidiada, en la guerra temida; es el brazo de la prudencia humana, la seguridad de los amigos, y el asombro de los enemigos. Pocas veces se ha visto ser pobre un ánimo fuerte, porque esta virtud sabe adquirir riquezas; así consta de muchos lugares, que consultando la brevedad, no refiero. Ella ha hecho reyes, conservado ciudades, y defendido repúblicas. Finalmente, es uno de los adornos del alma, y uno de los instrumentos de la felicidad del cuerpo. No faltaba esta heróyca virtud al noble Hipólito, hasta el presente estado de su fortuna, descubriéndose mas, quanto mas apretados eran los lances de sus desdichas. Estaba ya cerca de reducir á posesion las esperanzas de su libertad y soltura, y por esta causa muy alegre: mas si bien se repara, la alegria era injusta; porque quando un hombre se conoce desgraciado, entónces lo llega á ser superiormente, que tiene algun próspero suceso, pues este se ordena muchas veces á mayores rigores de su estrella. Esto se verificará en el presente discurso, puesto que en medio de las esperanzas de un bien, se iban previniendo los principios del mal que le habia de suceder. Por

instantes mudaba á varias partes el pensamiento; ya le acometian las memorias de Aminta, ya los deseos de verla, ya el desconsuelo de haberla perdido, y ya la dificultad de hallarla. Si le dexaban los afectos amorosos, comenzaba á procurarle la ira. Acordábase de Don Enrique, veia el estado á que le habia reducido por tantos dias; y entre tantos conceptos, unas veces se hallaba con mas amor á su dueño, y otras con mas ódio á su competidor. Llegóse despues de tantas penas el dia de su libertad, y de la de su amigo Don Cárlos: fuéronse á celebrarla en casa de Leonardo con un sazonado convite, donde Hipólito manifestó que trataba de volverse á Madrid, por los cuidados con que su familia le llamaba. Aquella misma tarde se partió, despedido de sus amigos, y á la siguiente llegó á Don Cárlos pliego de Italia, en que se le daba cuenta de algunas novedades, en órden á la disposicion de su hacienda. Venian cartas de Doña Victoria para Alexandro, sin hacer memoria de su hermana Doña Marcela. Faltóle carta de su hermano, y como no habia sucedido cosa semejante, desde que se apartó de su presencia, comenzó á temer alguna desdicha. De este temor nació la resolucion de partirse á saber lo que pa-

saba, y cobrar parte de su hacienda, no obstante que para esto ya habia enviado poder á Don Gregorio, como diximos, padre de Alexandro. Con parecer de su amigo lo puso en execucion, llegó á Barcelona, y embarcóse, para hacer (si bien á costa de mayor peligro) mas breve su viage.

Entró Hipólito en Madrid dentro de tres dias, para ser recibido con el gusto que puede imaginarse, en quien tanto deseaba, como Don Gerónimo y Doña Ana. Estuvo con sosiego algunos meses, al cabo de los quales tuvo nuevas de que en Alcalá se hacian unas grandes fiestas, en memoria del regocijo con que otro tiempo recibiéron los dichosos cuerpos de sus gloriosos patrones Justo y Pastor, niños, que puso Dios en tan superior estado, ó para exemplo de constancia, ó para afrenta de varones crecidos.

Tenia nuestro héroe (como ya dexamos advertido) en aquella universidad á Don Alonso su hermano, hombre de grande ingenio, aunque en los estudios poco lucido, porque era de los que se fian de su agudeza, sin atender á que ella sirve para alcanzar las ciencias con mas perfeccion en ménos vigilias, no sin algunos desvelos. Trataba del adorno de

su persona de dia, y de la brabeza de sus armas de noche. Vestia muy de ordinario, sobre un fuerte coleto, diferencia de galas que para este efecto tenia, en todo iguales á la calidad de su persona, porque si bien era segundo en su casa, la liberalidad de Hipólito no daba lugar á que se pensase que hay leyes que por conservar el nombre de la familia, disponen que de dos ó tres hijos de unos mismos padres, el primero nazca mayorazgo dichoso, los demas infelices; el primero sea rico, los demas pobres; el primero viva señor, y los demas, sino míseros criados, humildes escuderos. Era finalmente Don Alonso hombre de grande aliento, y de superior destreza. Raras veces se acompañaba mas que de una rodela, haciéndose con ella y su temeridad lugar en todas partes, de manera, que sus amigos envidiaban su opinion, y sus enemigos su suerte. Ponia de ordinario con sus resoluciones temor, y con su valor escarmiento á quantos intentaban hacer dudoso su aplauso, y cierto su peligro, siendo por esta causa ya amado de algunos, y ya aborrecido de muchos.

Llegó Hipólito á su casa, que era cerca de la universidad, esperó que Don Alonso se recogiese, por ser al principio

de la noche; y en el tiempo que se dilató su venida, comenzó á discurrir por los accidentes de su amor, ántes malogrado en Doña Clara con su muerte, y ya infeliz en Aminta, con tan diversas fortunas, ordenadas á apartarla de sus ojos. Disculpabala (aunque le habia estado tan mal su ausencia) por el peligro que tenia, y porque el amante que sabe serlo de veras, primero ha de buscar disculpas á los defectos de lo que ama, que defectos á sus disculpas. En estos discursos estaba, ó en este tormento, donde eran cuerdas las memorias de sus desdichas, y verdugo su mismo pensamiento, quando llegó Don Alonso en compañía de otro amigo, y compañero suyo (llamado Don Juan) natural tambien de Madrid, é hijo de ricos y nobles padres. Dixéronlos que Hipólito esperaba en su quarto, y obligados de la alegría de estas nuevas, entráron á darle los brazos, y hacer ostentacion de sus afectos. Cuidó Don Alonso de que se previniese la cena, y el lugar en que su hermano descansase, con animo de dexarle acostado, y volver á cierta diligencia, que Don Juan tenia aplazada para aquella noche. Nunca dexan de manifestarse en las palabras, ó en las acciones los mas ocultos deseos, si no se miden con sin-

gular cuidado; y así se vió claramente en las de Don Juan y Don Alonso su intento, y que trataban de volver á salir de casa en dexando á Hipólito rendido al comun sosiego. Mas él, ó porque la juventud lo ocasionaba, ó por temor de que su hermano no tuviese algun peligro, se determinó á decirles, que supuesto que hubiesen de salir, les queria acompañar, para lo qual se persuadiesen á que los hombres cuerdos nunca estorban, y muchas veces ayudan. Quisiéron negarlo al principio, mas últimamente confesáron su opinion, y todos tres saliéron juntos. Las luminarias, que por la referida fiesta se pusiéron, dexáron á la noche con presuncion de dia. Salió despues una máscara á caballo, que con diferentes disfraces, á un tiempo provocaban á risa por el donayre, y admiracion con el aseo. Corrian de dos en dos con blancas hachas en las manos, despertando en algunas piedras el fuego, para que aun ellas tuviesen en tanta fiesta luces, sino es que, como dixo Hipólito, quisiesen, por ser tal a causa, alumbrar á los caballos, para que pasasen sin riesgo la carrera. Mas, ¡ó instancia humana! ¡ó glorias del siglo! ¡ó bienes de la tierra! ¡qué brevemente os apresurais al fin, y qué dificultoso es vuestro principio! ¡qué vil-

mente se emplea quien os procura, si atiende á vuestra corta duracion, ya que en comenzando estais mas cerca de morir, que de vuestro mismo nacimiento! Acabáronse las fiestas por aquella noche, sobstituyó á las voces el silencio, y á la alegría de las luces, la obscuridad de las tinieblas.

Habia en aquella Villa una dama (llamada Constanza) á quien Don Alonso galanteaba, servia y visitaba muchas veces, contra el gusto de su madre y el suyo. Fundábase este odio en que no era hombre Don Alonso que permitia que otros hablasen adonde él acudia, y en que era tanto el respeto con que le miraban, que aun alcanzaba á las personas en quien él ponia su voluntad; cosa para Constanza tan penosa, que ningun mal le pareciera grave, como se viera libre de quien le guardaba tan cuidadosamente, y se hallára visitada y regalada de muchos. Por esto (como dixe) aborrecia á Don Alonso, é intentaba quitar este embarazo á su gusto, dando título de recogimiento á lo que lleva fin de libertad y comunicacion deshonesta.

Esta imprudente dama tenia dos primos, grandes enemigos de Don Alonso, ó ya por la presente, ó ya por distintas causas. Habíalos hecho llamar algunos dias

ántes con ánimo de poner remedio. Consultóse lo que se podria intentar para conseguirlo; y viendo que los ruegos no habian bastado, tratáron de mas áspero remedio. Uno de ellos tuvo parecer de que lo matasen; y aunque el otro no se opuso á este consejo, con todo eso, haciendo con el silencio grave la dificultad, despues de haber estado un rato pensativo, les dixo: el matar á Don Alonso es cosa en que tendré tanta alegria, que no la podrá igualar ningun encarecimiento; mas siendo con nuestras manos, y estando él de suerte que se pueda poner en su defensa, ha de ser mas cierto que su muerte nuestro peligro, así por su valor, como porque aun teniendo feliz suceso, no podrémos excusar el escándalo de la villa, el desasosiego de nuestras casas, la pérdida de la hacienda, y puede ser que de la vida; por ser el contrario tan poderoso, y tener de su parte tan valientes amigos. Supuestos estos inconvenientes, me parece que se reduzca á la industria lo que no puede concluir nuestra violencia. A todos agradó su prevencion, y diciéndole que pues habia conocido los daños, diese tambien la traza de lo que se habia de hacer, prosiguió en esta forma. Ya es fuerza que sepais que los balcones que se ponen de madera, con las aguas y la humedad de la

tierra se pudren aquellas partes que para su seguridad entran en el hieso, con que se detienen y afirman. Pues esto elige mi pensamiento para medio de nuestra determinacion y venganza. Así que, el uno de los que Constanza tiene en su casa, se ha de disponer de suerte, que con el peso de una persona se cayga, lo qual será facil aserrando los maderos, y dexando solamente lo que bastare á conservarle, hasta que puesto en él nuestro enemigo (que pues acude á ver tantas veces á Constanza, no será dificultoso que ella lo negocie) se desprenda, y dando con él en el suelo, le acabe la vida, ó le dexe imposibilitado de defenderse. Estarémos nosotros prevenidos con otros dos amigos para entónces; cogerémosle, y sacándole con brevedad al campo, él quedará en su espaciosa soledad muerto á nuestras manos, Constanza sin tan molesto estorvo de su virtud, y nosotros vengados y contentos.

Puso aquí fin á su industria el cobarde primo de la libre Constanza (que siempre son las trazas alevosas, hijas de ánimos cobardes), y reducidos al suyo los demas pareceres, fuéron poniendo muchos dias ántes los medios necesarios para que se efectuase su intencion la misma noche de esta alegria, regocijo y fies-

ta. Al cabo de ella, por hacer tiempo para el negocio de Don Juan, los llevó á él y á Hipóllto el descuidado Don Alonso en casa de Constanza. Subiéron al primer quarto sin que hubiese quien los estorbase, y halláron que estaba una de las principales salas llena de huéspedes que habian ido de Madrid á las fiestas. Entre los demas habia dos damas bizarramente vestidas. Las ropas y los capotillos eran de tela, los sombreros llevaban muchas plumas, y los rostros iban cubiertos con delgadas tocas de plata; mas por aumentarles la hermosura, que por defenderlos de las injurias del ayre. Venia con ellas otra, si bien no tan adornada de galas, no de inferior aseo; y aunque encubierto el rostro, al parecer, de mucho mayor hermosura. Quando Don Alonso vió tan alentada gente, llevado de la novedad, preguntó á Constanza quien eran. Ella le respondió, que las dos eran parientas suyas, y los que las acompañaban sus maridos y hermanos. Pasó su curiosidad á saber quien era la que estaba con ellas; mas no tuvo noticia de quien fuese, y así lo dexó como cosa que no importaba demasiado á su intento, ó á su deseo. A la pasada respuesta añadió la engañosa Constanza, que no se fuese tan presto, porque tenia que decirle. Esto decia de-

seosa de efectuar la disposicion de sus primos. El la obedeció, y entretanto hizo que Don Juan é Hipólito se saliesen á otra quadra que estaba mas afuera, para tener lugar de saber lo que Constanza le queria tan fuera de sus ordinarios desprecios. Sentáronse las forasteras damas en un estrado, y los demas ocupáron las sillas que al rededor habia, á tiempo que, echando ménos á Constanza, la hiciéron venir con ellas, é imposibilitáron de conseguir la intencion que tenia. Miéntras se prevenia la cena pusiéron á uno de los forasteros un instrumento en las manos para que cantase. El puso conformes las cuerdas, y acompañado de sus consonancias, dixo este epigrama á la imprudencia de un almendro que se adelantó á tener flores, para experimentar los rigores de febrero.

Apénas de la dulce primavera
Tu imprudente verdor los labios toca,
Quando hecho blanca lengua de su boca,
Te ví, instrumento de su voz primera,
Pronunciar vanamente lisongera
Conceptos, flores tu esperanza loca,
Y á risa de otras plantas se provoca
Tu leve adorno, y presuncion grosera.
Mas quando ves que del invierno helado

El fiero aliento es de tu error testigo,
Son lágrimas tus ojos engañado.
La yerva esmaltas, quedas sin abrigo,
Y mirando tu flor, risa del prado,
Lo que ántes era risa, es ya castigo.

Siguiéronle con aplauso y aceptacion de todos estas décimas, probando que en las penas de amor, la mayor de todas es no poder gozar los favores de la cosa amada, quando de entrambas partes es igual el deseo.

Ninguna pena ó rigor
En mi opinion ha igualado
Al corresponder amado,
Si es imposible el favor:
Ser olvidado, es menor,
Pues de no tener victoria,
Es causa agena memoria;
Mas aquí es un mal tan grave,
Que aunque en la gloria no cabe,
Es pena de amor su gloria.
El aborrecido tiene
Tambien piadoso consuelo;
Pues entre pena y desvelo,
Su dicha y su amor previene:
Presume que se detiene
Su bien, porque no ha podido
Ser su amor correspondido:
Que tal vez en caso igual

Trae consigo el mismo mal,
Disculpa de haberlo sido.
Ménos mal en el zeloso
Es la envidia que le aflige;
Pues sus afectos corrige
Un desengaño forzoso:
Aquí el estar temeroso,
Tanto el amor atormenta,
Que con los zelos se ausenta:
Pero á quien se vé estimar
El bien que no ha de gozar,
Su amor y su pena aumenta.
Nadie en fin, que está olvidado,
Aborrecido ó zeloso,
Tiene rigor tan penoso,
Ni tan infeliz estado:
Solo el querido, el amado,
Que á costa de sus desvelos,
No puede ver sus dos cielos,
Digno de lástima ha sido,
Entre quien padece olvido,
Aborrecimiento y zelos.

Alabáron todos el asunto, y algunos que debiéron de ser los aficionados al poeta (ó los que deseáron parecer discretos) celebráron los versos; con esto diéron de nuevo licencia al músico, y él prosiguió despues en otras diferencias de tonos y versos, hasta que una de las recien venidas damas, dando licencia el silencio,

dixo: aunque la música es lisonja de los oidos, y pudiéramos quedar satifechos con la dulzura de tan suave voz, con todo eso, porque las ciencias son adulaciones del entendimiento, y acorde armonía del alma, querríamos tener en la discrecion de la señora Aminta algo que nos colmase el deseo, para que vean los presentes que no se limita la sabiduría solo al discurso de los hombres, y que se apropian injustamente los estudios, por no se ver excedidos de nosotras. Ya Hipólito estaba donde pudo oir estas razones, por haberse acercado á la sala para escuchar la música, y llevado de la novedad y del nombre de su prenda, puso en él ella los ojos, y comenzó á confirmar sus dichas. La discreta dama daba á entender que era mejor excusarse con humildad, que no atreverse con soberbia: mas unos y otros la porfiaron tanto, que ella se dexó vencer cortesmente. Poco ántes habia querido descubrirse Hipólito, y entónces se detuvo, por no interrumpir el silencio en los circunstantes, y perder un rato en que tal gusto esperaba, oyendo por medio de la voz de Aminta la excelencia de su entendimiento. Atento, pues, en esta accion, y cuerdo en su alegría, dió toda el alma á la bellísima dama, que con aplauso comun, aunque con vergüenza propia, po-

nía á su discurso este principio.

Muchas veces parecen mas las cosas por extrañas, que por grandes, quitando la novedad el crédito á la grandeza. Esto es lo que San Agustin dice del milagro de Christo en el desierto, sustentando tan excesivo número de hombres y mugeres, como si no fuese mayor alimentar á todo el mundo cada dia de nada, que á aquella gente uno solo, aunque con tan limitado alimento. Digo, pues, que si bien lo que con mis estudios he adquirido merece alguna alabanza; con todo eso por ser muger, y extraña esta novedad en nosotras, parece en mí mucho mayor y mas dignos de aplauso mis desvelos. Bien quisiera poder excusarlo, mas porque no parezca cobardía, lo que fuera justo encogimiento, cuidadosa de satisfacer á vuestro deseo, aunque sea descubriendo mi ignorancia, trataré alguna materia, que bien dispuesta, no será desagradable; porque los que enseñan sino se valen de la claridad, siempre proceden con enfado, y se deslucen con la afectacion. Es la ciencia manjar sabrosísimo, mas depende del gusto con que se sazona; de donde nace que muchos no la apetecen, teniendo culpa, no la corta capacidad suya, sino la vana obscuridad de sus maestros. Jamas he pensado

yo que puedo serlo; mas válgome de palabras comunes para hacer mas universal la doctrina; y para que esteis ciertos que procuraré claridad en lo que ahora dixere. Tanto ha de ser mi cuidado en esta parte, que no quiero que falte aun en el mismo sugeto; y así, pues esta noche nos han dado ocasion tantas luminarias, será mi asunto tratar de la luz y de su naturaleza. ¡Qué indigna cosa es en algunos, que siendo lo primero que ven, sea lo postrero que saben, y aun no sé si lo que nunca entienden!

Aquí comenzó un dilatado, docto y gustoso discurso, que yo por no unir tan diversas materias dexo, y por evitar molestias de prolixo, pondré entre las demas cosas, que por la misma causa he encomendado al silencio en otras ocasiones. Y despues de haber suspendido los ánimos de los circunstantes, prosiguió diciendo:

De esta tan excelente criatura, refiere treinta propiedades San Dionisio. Es milagrosamente fecunda, como se advierte en la liberalidad con que á todos se ofrece, sin exceptuar á nadie, sin excusarse al pobre, ni anticiparse al rico, sin lisongearse en lo precioso, ni asquear lo mas inmundo: de donde algunos tomáron ocasion para decir, que no habia sido criada en peso y medida como las demas

cosas, si bien esto se ha de entender con la limitacion que dice Santo Tomás, no absolutamente, porque eso fuera darla título de infinita, sino respectivamente, y en comparacion de otras cosas materiales, á quien excede su virtud superiormente. Es la luz el instrumento con que se comunica la influencia de los astros. Añade fuerza á los cuerpos, y tal dixo que es causa de la vida, fundado en que de la luz se causa el calor, y que éste no solo alienta los espíritus vitales en el hombre, sino que los produce y cria, de donde nace hallarse mejor los enfermos con la claridad del dia, que con las tinieblas de la noche. Es increible su celeridad, pues no se mueve poco á poco; ántes ilumina en un instante toda la distancia á que puede extenderse. Con esto se manifiesta tambien no ser cuerpo grosero, pues á serlo se moviera despacio. Tenemos por la luz la diferencia con que se distinguen los dias y las noches, dando al tiempo, segun está por ella repartido, el lugar de nuestras acciones, ya trabajando en su presencia, y ya descansando quando sentimos su ausencia. Es la mas agradable cosa que tienen los sentidos, supuesto que lo viste todo con un resplandor y color de oro. ¿Qué puede haber mas hermoso que la luz, pues no teniendo color, parece que se le

da á todo lo visible? Estan las demas cosas sin ella en un piélago de fealdad y confusion, y con ella en un abismo de distincion y hermosura.

Hay dificultad acerca de si son todas las luces de una misma especie, particularmente la nuestra, y la que tienen los Bienaventurados, en cuya controversia es mas probable la afirmativa, por ser sentencia del Doctor Angélico, y porque así se entienden con mas propiedad algunos lugares de la divina Escritura. Si esta claridad ha de ser en ellos propia ó extraña, no disputo por no ir eslabonando dificultades, donde sea la mayor el verme libre de ellas. Esto es lo que brevemente he podido decir del asunto que tomé, si bien me he dexado muchas cosas, ó porque no es fácil su inteligencia, ó porque no os sirviese de molestia lo que procurasteis para lisonja. El que lo mirare á buen resplandor, hallará que yo he mostrado algo de lo que en mayores materias con algunas vigilias he adquirido; esta me pareció escoger por mas curiosa, si me hubiere declarado habré hecho oficio de luz, y si no bastárame haber cumplido con la obligacion en que me pusiéron mi cortesía, mi obediencia, y vuestros ruegos.

Admirados quedáron quantos entendiéron la propiedad de las locuciones de

Aminta, la prontitud de los lugares, y la leccion de autores, y mucho mas los que no lo entendiéron, porque la admiracion algunos se la prohijan á la ignorancia. Enmudeciéron todos, no sé si ocupados de la vergüenza de oir hablar á una muger de esta suerte, ó si porque pocas veces es eloqüente en la gloria de una cosa, quien está absorto en la grandeza de ella. El que con mayor atencion escuchó fué Hipólito; ni esto es mucho, pues los demas solo ocupaban el entendimiento en lo que Aminta decia, mas él con el entendimiento entendia sus razones, y con la voluntad amaba sus prendas y su hermosura.

Gustára Don Alonso que su hermano hiciera alguna demostracion de sus gracias; y así levantándose del lugar en que estaba, pidió el instrumento á quien le tenia, y se le puso en las manos. Hipólito deseaba la ocasion que su hermano le ofrecia, y recibiéndole con singular regocijo, descubriendo un poco el rostro, y pidiendo que volviesen la luz, de suerte que no fuese conocido, recorrió los trastes, tocó las cuerdas, y cantó dos tonos graves, con tanta suavidad y dulzura, que ninguno de los circunstantes quisiera perder tan apacible rato. Pidióle D. Alonso que dexando las veras en que tan diestramente habia procedido, pusiese alegre

fin con algunas burlas á la fiesta. Hipólito lo puso en execucion, y describiendo la calle Mayor de Madrid en el dia de su feria de San Miguel, cantó estos versos:

En el golfo de Madrid,
Que la calle Mayor es,
Navega todo piloto
El dia de San Miguel.
Andan en coches corsarios
Piratas de seis en seis,
Que tambien en estos dias
Hay para el vellon Argel.
Quando abordan dos navios,
Es cosa notable ver
Los conceptos que se gastan:
Si ya no hay mas, ¿qué han de hacer?
Son las lisonjas las armas,
Quien las tira el interés,
Mal hubiese el caballero,
Que allí espera, si es novél.
Navega con tal donayre
Todo ligero baxel,
Que entre las ondas de enaguas
Temen naufragio los pies.
Cabo de buena esperanza
Parece qualquier muger;
Mas si es tal la posesion,
¿Cómo puede estarnos bien?
Ví volarse los escudos
De un preciado bachiller,

De suerte, que pareció
Desesperacion de ingles.
Y no es mucho que tuviesen
Fin tan extraño y cruel,
Si al calor de cierta niña
Pólvora una anciana es.
Por barros de Portugal
Suelen comenzar tal vez,
De amores, con tal principio,
¡Qué frágil será la fe!
Quien pesca con ménos trapo,
Busca mas humilde pez;
Porque como es mar Madrid,
Para todo pez hay red.
Yo ví seguir á un galan,
Y le ví dar al través,
Porque quiso recogerse
Al puerto de un mercader.
Es cada tienda un baxío,
Un peligro que temer
Cada joya, y un escollo
Cada hermoso parecer.
Este riesgo hay en Madrid;
Quien ha de guardarse de él,
No navegue en tales dias,
Ni se descuide despues.

Descuidada estaba Aminta de lo que le habia de suceder, y deseosa de ver al que cantaba, no porque ella hubiese imaginado quién era, pues nunca habia oi-

do cantar á Hipólito, sino porque habia tratado de encubrirse, que para que una muger desee una cosa, no es menester mas de que se la oculten, ó que no le parezca fácil. Llamáron á los huéspedes para que se sentasen á la mesa; levantóse con ellos Aminta, y pareciéndole buena ocasion de conocer la persona del encubierto músico, se llegó cerca. El, que no quitaba de su beldad los ojos, atendiendo á que tenia lugar á propósito para darse á conocer, dexó caer el rebozo del ferreruelo. Apénas Aminta reparó en él con cuidado, quando sin hablarle palabra, ni darle tiempo para que pudiese lisonjearla con sus razones, le echó afectuosamente los brazos. ¡Qué poco eloqüente es amor! ¡qué de yerros hace inadvertido! ¡y á qué de cosas se atreve animoso! Poco ántes discurria la discreta dama, y hablaba con envidia de quantos la oian, y ahora calla con vergüenza de quien la adora. Poco ántes dudaba que la viesen el rostro, y le cubria con un delgado velo, y ahora extiende los brazos, para celebrar el alegría de su pecho. O amor, ¿por qué te pintan con venda en los ojos, y no en los labios, si tan bien enmudeces, como ciegas? Mas responderásme que fué cordura pintarte de esa suerte, porque en los amantes siem-

pre son las mas discretas razones las que dicen los ojos. Estuviéron en esta conforme union de los deseos, dándose mil parabienes de su dicha hasta que llamáron de nuevo á Aminta, y consultando á su recato, fué forzoso ausentarse.

En el tiempo que sucedian estas cosas á los dos alegres amantes, advirtió Constanza, que entónces no se podria executar su intento, y asi hizo avisar á sus primos de que no habia podido aquella noche; mas que á la siguiente acudiesen puntuales, para que cesase ya de una vez su enfado y su cansancio. Dixo tambien á Don Alonso que lo que le queria decir era, que no dexase de venir á otro dia, en ausentándose la luz del sol, por si acaso le habia menester en algo. El noble caballero se lo prometió, y llegándose á Hipólito, le dixo, que ya era tiempo de recogerse. Todos lo hiciéron despues de haberse despedido de Aminta, y de haber concertado verse en los toros, que á otro dia se habian de correr para mayor alegría de aquella comun fiesta. Pasáronse de camino por la calle adonde Don Juan habia de hablar á su dama, y viendo que por ser tarde no podria tener efecto, llegáron á su casa, Hipólito celebrando interiormente su dicha, Don Alonso alentado con los favores de su

engañosa Constanza, y Don Juan contento de ver el que tenian sus amigos.

Ocupáron con brevedad en diferentes salas blandos lechos, y nuestro caballero gran distancia de tiempo en celebrar con la memoria de su dueño el dichoso hallazgo de sus prendas. Decia (hablando consigo mismo:) ¡ó cómo se descubren en su condicion, que la fortuna es muger! ¡ó qué mal hace quien la busca, pues siempre se esconde! ¡y qué bien quien la dexa, pues siempre se le ofrece! ¡ó quán vil es en la mudanza, y quán breve en la permanencia! Dichoso llega á ser el hombre que no conoce sus bienes; y dichosísimo el que padece sus males. Fundó esta paradoxa en que su rueda está en un comun movimiento, y así es fuerza, que para subir á los que estan en el grado ínfimo, baxe á los que estan en la cumbre. De aquí se sigue, que el próspero debe temer su caida, y el mísero esperar que llegará su prosperidad; pues como es mejor tener esperanza que temor, de consiguiente tengo por mejor estado el que tiene algunos males, supuesto que espera alegres bienes, que el que tiene prósperos bienes, supuesto que teme llegar á padecer terribles males.

Hacia contra la fortuna todos estos

discursos, no obstante que se alegraba con la que habia tenido entónces. Admitió con esto el sueño, hasta que la luz del siguiente dia le despertó, sin que bastasen los desvelos de la pasada noche á ocasionar su quietud por la mañana. Vistióse, y adornado de sus galas, salió á disponer las cosas, y prevenir lugares en las fiestas. Informóse del que habia de tener Aminta, y tomó el balcon mas propinquo, para que la vecindad le hiciese fácil el verla y comunicarla. No se engañó en esto su imaginacion, pues llegada la tarde, se puso de suerte la discreta dama, que solos unos hierros la dividian de su amante. Bien perdonáran los dos la fiesta de los toros, por ocupar el tiempo en tratar de su amor. Mas siendo fuerza en ella haber de asistir al cumplimiento de sus obligaciones, fué voluntaria en él la asistencia con que siempre estaba á sus ojos, contentándose con el lugar que les dió lo que tardáron en soltar la primera fiera. Allí supo Hipólito la causa que la habia obligado á salir de Salamanca, y advirtió que el no haberle escrito desde Madrid, habia sido temor de que no llegase alguna carta á su hermano (que ya habia sabido que estaba bueno de la herida) con que se pusiese en peor término su seguridad, y

en mas infelice riesgo su temor. Conoció tambien la calidad de las personas á quien acompañaba, y que habia tenido su amistad por medio de su agrado, su donayre y entendimiento. Allí quedó de todo punto cierto del amor que Aminta le tenia, viendo que la causa de haber ido á aquellas fiestas, en ocasion que significaba haber estado tan triste, que aun hasta en el vestido lo mostraba, era parecerle que seria (por ser la fiesta comun) posible verle en ella. Mirábala muchas veces, y siempre le parecia mas hermosa. Si la escuchaba, parecia mayor que todo lo demas su eloqüencia; y finalmente, su belleza, su eloqüencia y su aseo, le dexaban mas enamorado, mas rendido, y mas alegre.

Comenzáronse á este tiempo los toros: fiesta, que si bien parece tener su orígen en la antigüedad romana, la continuacion se debe á la nacion española; pienso yo que debe de ser la causa de que en sola ella se conserve el ser los españoles de ánimos tan superiores, y de alientos tan crecidos, que no se saben holgar, ni les parece que puede haber fiesta donde no se exercita el valor, y faltan los peligros. Entráron en la plaza algunos hijosdalgo forasteros; mas tan poco experimentados, que la valentia de

los toros, les hacia tal vez risa del pueblo, y tal lástima de sus amigos y deudos; ya esmaltando con la sangre de los caballos la rubia guedexa de los feroces animales; y ya midiendo con el cuerpo la arena. Vistas, pues, estas desgracias por Hipólito, parte deseoso de vengarlas, y parte cuidadoso de grangear con el aplauso comun mas fuerte amor en su dama, hizo á un criado que ensillase su caballo, y prevenido de rejones, que algunos amigos le habian prometido, se le traxese. Brevemente le avisáron de que en todo estaba obedecido, y quando le pareció que Aminta por volver á hablar á una de sus amigas, no podria verle, se quitó del balcon, y puesto á caballo entró en la plaza con gusto de quantos tenian noticia de su resolucion y destreza. Solo á su cuerda dama la pesó de verle en ella, por el riesgo á que se aventuraba tan imprudentemente, y comenzó en lo descolorido del rostro á dar algunas muestras del disgusto con que la inquietaba su pena. Todos estos efectos advertia Don Alonso, que por ausencia de su hermano habia ocupado su lugar; y conociendo por ellos el amor que Aminta le tenia, quiso, sino reducirle á que se saliese de la plaza (porque eso no podia estar bien á su reputacion, sin

haber probado algunas veces la suerte) hallarse cerca para ampararle, si acaso se ofreciese. Estaba vestido de color, para lucir aquel dia entre los demas forasteros, y así pudo baxarse y esperar á pie ocasion en que manifestar sus intentos.

Sucedia tan dichosamente á Hipólito, quantas veces se aventuraba, que negando á todos lugar de tenerle lástima, se le daba á muchos de envidia, y á Aminta, para que perdiese los temores de alguna inexcusable desdicha. Quebraba tan airoso los rejones, y tantos en un mismo lugar, que tal vez se impedian unos á otros, y los hierros de los pasados, defendian la cervíz del fiero animal de los futuros. Corrido habrian seis á tiempo, que soltáron un toro tan valiente, que solo el temor de su fiereza bastó á desembarazar la plaza de toda la gente mas comun, quedando solamente algunos de los que mas atrevidos y mas diestros, ó se fiáron en su valor, ó los alentó su destreza. Buscóle nuestro gallardo caballero, y esperó sosegado que le acometiese furioso; no se descuidó el bruto en procurar su ofensa, pues le embistió enojado. *Púsole Hipólito el rejon en el principio de aquel nervio, donde está su mayor fuerza, y fué la suerte tan dichosa, que sin que el alentado toro die-*

se adelante un paso, quedó postrada su soberbia á los pies del caballo, que glorioso de verle rendido, hiriendo con las manos la arena, parece que llamaba con los golpes á la celebridad y aplauso de tan deseada fortuna. Eran los parabienes comunes, el gusto universal, el regocijo grande, el amor de Aminta increible, la envidia de algunos necia, y el odio de uno solo imprudente. Este era Don Enrique, aquel caballero, que como dexamos referido, tuvo con Alexandro la reñida pendencia, de donde á manos de nuestro Hipólito salió herido en Salamanca despues de haberle Aminta dexado, como tambien queda advertido. No sabia Don Enrique que ella estuviese en aquellas fiestas, pues solamente le habia llevado lo que á los demas, que era el deseo de entretenerse y divertirse de los pesares con que le tenia su ausencia. Pues como por todas estas causas aborreciese con extremo á Hipólito, y le hubiese en otras ocasiones buscado para vengarse, y entónces le conociese, determino no volver á Madrid, sin tomar satisfaccion de tantos daños como de él habia recibido. Esta digresion ha importado hacer aquí para inteligencia de los sucesos prodigiosamente extraños de aquella noche.

Volviendo, pues, á la continuacion de los presentes, digo: que aconsejáron á Hipólito sus amigos que se saliese de la plaza, y no aventurase la gloria adquirida con alguna suerte adversa, ó que enviase con un criado el caballo, y se quedase con ellos. Escogió este medio último, y dándole lugar subió á ver lo que faltaba en su compañía. Lo mismo hizo tambien Don Alonso, esperando así los demas sucesos que hiciéron el regocijo mayor, si no mas gustoso.

Acabadas de esta suerte las fiestas, se despidió Hipólito de sus amigos, y en compañía de Don Alonso se fué á esperar que Aminta y las demas señoras volviesen á su posada. Procuró no perderlos de vista Don Enrique para saber su casa, y reducir á efecto la intencion, que aconsejado de su enojo habia concebido. Fuéles siguiendo desviado y encubierto, hasta que los vió entrar en casa de Constanza. Parecióle que aquella era sin duda su posada, pues aunque aguardó un rato, no salian, y dando vuelta á la suya previno algunos de sus amigos para que le acompañasen.

Pocas veces hay en los mozos prudencia para preguntar si es justo lo que el amigo intenta, y siempre hay temeridad para acompañarlos, aunque las ac-

ciones sean feas. Por esto, sin que ninguno preguntase adonde los llevaba, todos se dispusiéron á seguirle, y esperar la ocasion que le pareciese á propósito. En el tiempo que se determinaba esta imprudente quadrilla, llegáron á su casa Constanza y sus nobles huéspedes. Apartáronse para no ser conocidos Hipólito, y Don Alonso, y diéronlos lugar para tratar solos de las suertes de aquel dia, y otras materias á que la conversacion se extendió en aquel breve rato. Pusiéronse luego las mesas, y cenáron con alegría comun. Puesto fin á la curiosa, limpia y bien sazona la cena, con el cuidado que Aminta tenia de ver y hablar á su amante, se apartó de los demas, y entró á una sala, en que estaba solo Hipólito, por haber venido Don Juan, y llevadose consigo á Don Alonso. Comenzó la noble dama á reñirle el peligro en que se habia puesto, diciendo: Señor Hipólito, con semejante accion se merece, ó desmerece, y así se debe consultar el tiempo en que se hace. Al principio del amor, yo confieso que obliga, porque el atrevimiento agrada, el valor grangea la suerte, da gusto, y la resolucion enamora; mas en amor que está ya tan crecido, aunque el atrevimiento agrada, la duda del suceso atormenta y asusta á

la que ama ; aunque el valor grangea, el peligro da terribles penas; aunque la suerte da gusto , el temor le quita ; y aunque la resolucion enamora, el aventurarse ofende. Por esto quisiera rogarle, que no tratase de obligarme , agradarme, ni enamorarme de esa suerte , pues si lo advierte bien, no está tan en los principios mi amor, que eso no sea atormentarme , quitarme el gusto , y darme temor. El dió su disculpa, y la desenojó, prometiendo serla en todo obediente , y ella la admitió ; porque fácilmente se admite lo que se desea. Continuáron entónces estas dichas, si bien les duráron poco, teniendo en ellas la misma duracion que las flores que nacen con el alva , viven con el dia , y mueren con las tinieblas de la noche.

Como habia prevenido á sus primos Constanza para que su traycion se efectuase entónces , acudiéron acompañados de otros dos amigos á la calle. Dilatábase la diligencia que le tocaba á ella por haberse ausentado Don Alonso , con cuya tardanza tuviéron ellos ocasion de cansarse de esperar , y aun de disponerse á matarle de la suerte que pudiesen. Fingiéron con este ánimo unas cuchilladas, las quales oyó Hipólito apénas , quando por desengañarse de si eran con Don Juan

y su hermano (que poco ántes habian salido) abrió una ventana que á la misma calle salia, y quiso asomarse por ella: era la misma en que estaba el engañoso balcon, prevenido para la desdicha de Don Alonso, y por esta causa, al punto que Hipólito pusó en él los pies, desprendiéndose con el peso de su persona, dexó el facil asiento que tenia, y dió con él y su máquina en el suelo. Al ruido que para caer hizo, dexáron la pendencia los que ántes parecia tenerla, y se llegáron pensando hallar á su enemigo muerto, ó imposibilitado de ponerse en defensa. Con la obscuridad que hacia, no atendiéron á mas de que estaba vivo, y que seria bien llevarle de allí ántes que la gente de la familia saliese, para poder acabar de quitarle la vida en la muda soledad del campo, y darle sepulcro entre las ondas del cristalino rio. Vista la infeliz caida de su amante, sin aguardar á nadie, baxó Aminta con toda priesa, mas quando salió á la calle, no halló mas que las ruinas del deshecho balçon. Admiróse de esta novedad, y descuidada de que venia gente, no atendió á mas que á mirar una y muchas veces si veía á Hipólito, deseosa de saber si era mucho el daño que se habia hecho. Los que acertáron á pasar en este tiempo, fuéron Don Enrique y sus ami-

gos, con ánimo de tomar satisfaccion de sus pasados enojos. Viendo á una muger de aquella suerte, se llegáron curiosos á saber lo que pasaba. Conocióla al punto Don Enrique, y pusóse á dudar brevemente lo que haria, ó ya para tomar venganza de sus desprecios, ó ya para perdonar sus desaciertos, por el amor que la tenia. Resolvióse á no castigarla por entónces, sino á cogerla ayudado de sus compañeros, y llevarla violentamente á parte en que la ocasion y la fuerza la hiciesen conceder en una hora, lo que en tantos años le habia negado amante, regalada y libre. Dió aviso á los demas de esta determinacion, y cogiéndola entre los dos, la vendáron los ojos y la boca, y todos juntos la lleváron á la posada de Don Enrique. Baxáron quantos se halláron en la casa de Constanza al ruido del golpe que el balcon habia hecho en su caida, y viendo que nadie parecia haber recibido daño, se volviéron adentro, sin echar ménos por entónces á la infeliz Aminta.

Estaban en otra calle, no muy léjos, Don Alonso y Don Juan, quando todo esto sucedia; y viéron que unos hombres llevaban á otro, que segun se pudo inferir, iba mal herido ó muerto; mas no previniendo que á ellos podria importarles, los dexáron pasar y se quedáron

para efectuar sú intento. Habló Don Juan á su dama, esperóle aparte Don Alonso, y juntos se volviéron en casa de Constanza, para irse con Hipólito á la suya. No le halláron por la pasada desdicha en ella, y así fué forzoso que preguntasen si se habia ido, ó dónde estaba. Constanza les respondió, que saliendo de allí le habian herido, y que los agresores (segun habia oido decir) le llevaban al campo, para deslumbrar con la distancia del lugar en que fuese hallado, á la justicia quando quisiese averiguar su delito. Decia esto la impía muger, por disculparse en su engaño, ó pesarosa de que se hubiese trocado la suerte, ó finalmente deseosa de que yendo á buscar á su hermano, encontrasen sus primos á Don Alonso, y acabasen ya con su muerte sus deseos.

Quando oyó esta nueva el noble Caballero, y advirtió que aquel á quien llevaban en los brazos, y á quien él habia tenido tanta lástima sin conocerle, era su hermano, comenzáron á temblarle las manos de enojo, y rompérsele las entrañas de dolor. No pudo detener con el sentimiento las lagrimas, cosa que admiró mucho á Constanza, por el cruel natural que conocia en él; y aun casi lastimada de verle, culpaba en su malicia

el consejo con que se habia ocasionado tanto daño: los demas que se hallaron presentes no tuviéron admiracion de lo que veían, porque en cosas grandes, debe ser grande el dolor, y como es el dolor, es el sentimiento. En mi opinion el llorar un hombre, ántes es argumento de valor, que indicio de cobardía; porque pienso que en semejante ocasion le sucede lo que á un pedernal herido del acero. Es aquí la lumbre que sale, crédito de la hidalguía de la piedra; y allí las lágrimas, centellas del corazon, que herido de las penas, muestra la piedad con que se acredita de noble. El llanto es de naturaleza blanda, líquida y suave; y así se debe temer mas á un corazon que arroja lágrimas, que á una lengua que multiplica amenazas; porque esta avisa con las injurias, y aquel con la piedad asegura y engaña. Demas de que si lo advertimos cuerdamente, corazon que desecha lo que pudiera ablandarle, unas veces lo hace lastimado, y otras para quedar endurecido. Así le sucedió á D. Alonso, pues sin hablar palabra, y sin hacer escrupulo de que le viesen, regó lastimosamente las mexillas con el agua de sus ojos. Sacó despues un lienzo para enxugarlos, de donde presumo yo, que el llanto fué acaso, pues que haciendo pa-

pel del blanco lino, y viendo que faltaba la tinta, quiso firmar con el llanto de sus ojos la venganza que proponia tomar en conociendo los autores de su injuria. Piérdese muchas veces el tiempo neciamente con el sentimiento de los males, quando ó no son de todo punto ciertos, ó no se puede prevenir algun remedio en ellos: de lo qual, advertido el animoso caballero, se salió en compañía de Don Juan, que como en lo demas se la hacia, tambien en el dolor y la pena; y siguiendo las calles por donde habian visto llevar á Hipólito, llegáron á un portillo que en la cerca habia hecho su noble antigüedad, por donde era fuerza haber salido al campo, en conseqüencia de lo que Constanza habia dicho. Comenzáron á hacer varias diligencias para hallarlos, ya andando á todas partes presurosos, y ya poniendo en la tierra los oidos; traza con que habian persuadidóse á que se oia mejor de noche en el campo; mas ni unas ni otras bastaban á dexarles con satisfaccion el deseo. Llegáron con estas cuidadosas ansias á Henares, y el sacro rio, entre su dudoso rumor, y el ruido de sus confusas voces, parece que murmuraba el suceso de que habia sido aquella misma noche testigo.

Divide la industria humana con una presa sus corrientes, para que con ménos

abundancia de agua sea mayor el provecho de un molino que posee en aquel distrito el colegio mayor de la universidad, cuya fundacion se debe á aquel gran Príncipe, para cuya memoria serán instantes los siglos: aquel que supo juntar á la religion el gobierno, la razon de estados, el capelo, la santidad y la milicia; Don Fray Francisco Ximenez de Cisneros, á quien ninguno nombra sin respeto, y toda Europa está reconocida. De suerte, que entre la mayor porcion del rio, y este brazo, que como digo, para el beneficio comun se divide, que da á una isleta, aunque pequeña, tan cubierta de blancos álamos, y otras diferencias de árboles incultos, que fácilmente se perderá por ella quien no tuviere noticia de las sendas, por donde concediendo paso el molino, se suele andar todo el distrito; llegáron, pues, á la márgen de este brazo del rio los dos nobles mancebos, con el cuidado y la pena que dexo referida. Daba muchas voces Don Alonso, para aliviar el pecho algunos suspiros, y entre ellos repetia lastimado de perderle el nombre de su hermano. Una de las veces que le sucedió en aquel lugar esto mismo, oyó una voz, que si bien parecia estar léjos, le respondia. Acercáronse mas por la márgen abaxo del rio, y tornando á llamarle, oyé-

ron que el mísero Hipólito respondia; y que por haber conocido en la voz á Don Alonso, formaba estas razones: hermano y amigo mio, este es tiempo de acudir con todo cuidado á favorecerme, ó ya por el estado en que me veo, ó por el peligro que en mayor tardanza puede tener mi vida. Viendo el piadoso y alentado mancebo, que su hermano estaba de la otra parte del brazo del cristalino rio, y que si reparaba en la profundidad, y acudia á pasar por el molino, podria ser, por lo que de su hermano sabia, que no llegase su favor á ocasion que pudiese serle de provecho, determinó arrojarse al agua, y librarle del que le amenazaba, acosta de su propio peligro. Puso la espada en la boca, la rodela sobre los hombros, y de esta suerte, sin esperar á mas, se echó atrevidamente en el rio. Viendo Don Juan las obligaciones que á Don Alonso tenia, y juntando á ellas la de su valor y su sangre, se determinó á lo mismo, aunque con ménos riesgo, por haber oido á su amigo que no estaba tan hondo como habian presumido, y que solamente le llegaba el agua á los pechos. Con esta confianza se arrojó sin levantar sus armas, cosa que le pudo reducir á demasiado aprieto, pues haciendo el agua fuerza en un broquel que llevaba, por dos

veces le tuvo en estado que hubo menester toda la pujanza del cuerpo para resistirle. Finalmente, vencido este riesgo, saliéron de la otra parte, y procuráron aliviarse del peso apretando los vestidos. Llegáron luego á donde Hipólito estaba, y halláronle entre unas ramas descompuestamente tendido. Cogióle por los brazos Don Alonso, para que incorporado les contase quién le habia puesto en tan infelice fortuna, y halló que tambien sus vestidos estaban mojados. Esto dió mayor confusion á su pensamiento, y obligó á rogarle que les dixese si estaba herido, y qué le habia movido á pedirles con tantas muestras de temor amparo, supuesto que no veian á quien entónces pudiese hacerle ofensa alguna. Hipólito les rogó que le sacasen de entre aquellas ramas, y le pusiesen sobre la blanda yerba, que á trechos hace al espacio mas vistoso y apacible. Ellos lo pusiéron en execucion al punto, y él prosiguió diciendo:

Querido hermano Don Alonso y noble Don Juan amigo, desde hoy estaré mas reconocido á vuestro valor, y desde hoy me hallareis mas pronto á la obediencia de vuestro gusto, que hasta ahora lo he estado; al uno por amistad, y al otro por parentesco. Ni esto será mucho, despues de tan superior benefi-

cio, como es excusarme la muerte que esperaba por instantes. No son heridas las que me amenazan con ella, si bien no puedo levantarme del daño que en este lado izquierdo, la pierna y corazon han padecido con el rigor de un golpe. Lo que me amenazaba con su crueldad, era una traicion que oireis ahora, y que ya no temo, supuesto que el cielo os ha traido en mi ayuda.

Despues que los dos salisteis de aquella casa, en que hallé con la presencia de Aminta el mayor bien que pude desear, (no he querido encubriros mi amor, pues ya teneis noticia de quán justamente me pierdo) oí un ruido de armas en la calle: como habia poco que os habiades apartado de mí, quise salir á ver si era la pesadumbre con vosotros (¿quién duda, que deseoso de acudir á pagaros adelantadamente lo mismo que ahora haceis conmigo?) Púseme en un balcon que en la misma casa habia, y sentí, que sin poderme remediar, baxaba violentamente al suelo; del golpe quedé sin poder menearme, y estuve gran rato esperando que saliese alguien de la familia á ayudarme. Llegáron en esta ocasion quatro hombres, y el uno de ellos que se puso mas cerca, volvió á los demás, y les dixo que estaba vivo. Temí de estas ra-

zones alguna novedad, y por acabar de satisfacerme, dexé que prosiguiesen su intento. No me dexáron averiguar lo que procuraban en las palabras que decian. Antes me cogiéron entre todos, y despues de haber dado vuelta á algunas calles, me sacáron á la soledad, á quien en estos campos acompaña con mucha voz el rio. Callaba yo al principio, porque comencé á oirles decir: cuerdamente lo dispuso Constanza, noble fué la traza del balcon, pues por su medio pagará ahora este infame los disgustos y pesares con que nos tiene ofendidos. Bien sabia yo que no podian decirse por mí aquellas razones, y que si hablára, conocieran que no era quien ellos pensaban; mas si al principio callaba curioso para oirles, despues disimulaba temeroso de que me darian la muerte, porque no descubriese estos secretos. Persuadíme á que me sacaban al campo, para solo dexarme en él; y así ántes ayudé á mi silencio con un desmayo fingido. Traxéronme á esta espaciosa márgen, y al ponerme en el suelo, reparáron en su engaño, y en que no era yo á quien buscaban. Dexáranme sin duda libre, sino advirtieran á que podria haberles oido algunas cosas, que manifestadas á la justicia, ó puestas en las bocas del vulgo, les da-

rian notas de infamia. Atentos á este riesgo de su honor, consultáron lo que se habia de hacer de mi vida. Hubo entre quatro hombres quatro mil pareceres: ¡tal es la ignorancia, y la fragilidad humana! Yo, hermano y amigo, esperando la sentencia de mi muerte, haciendo á Dios testigo de mi inocencia, y pidiéndole con singular fervor me librase de tan notable aprieto, ponia la esperanza en su misericordia, y por intercesora á su gloriosa madre, con que fué (como luego vereis) dichoso el suceso: ¿mas quién se llegó á su piedad, que no hallase consuelo? ¿Y quién se fió de su amparo, que no viese desmentido el peligro, prevenidos los daños, y deshechos los riesgos? Aunque entónces quisiera tratar de defenderme, no pudiera, aunque quisiera; así porque me faltaban las fuerzas, y no tenia armas (por habérmelas quitado), como por ser tan desigual el número de los enemigos. ¡O amigos mios, quán fea, y quán horrible es la muerte! pues aun sin verla me obligaba á tan fuerte dolor esperarla. Finalmente, olvidando todo lo demas que me habia sucedido hasta el presente instante, puse la atencion en sus razones, y oí que el uno decia, que yo sin duda estaba muerto, y que era excusado el temor que tenian. A este parecer en mi

favor, daba yo mil alabanzas, y rendia varios agradecimientos; á sazon que otro se le opuso, diciendo que seria muy posible estar vivo; y así seria cordura para quitar estas dudas, darme algunas heridas, y enterrarme en medio de aquella espaciosa campaña. Con el voto de este cruel contrario mio, se me cubrió de helado sudor el rostro, y torné á hacer de nuevo consideraciones de mi pasada vida, y á tener pesares de no haber procedido cuerda y atentamente en el discurso de ella. El tercero se conformó en que se me diesen las heridas, mas que el enterrarme era pensamiento necio, pues podria (con ménos cansancio suyo) darme sepulcro entre sus aguas el caudaloso rio. Antes que yo me pusiese á ponderar, que estaba mi negocio en infelicísimo estado, pues habia ya dos pareceres conformes en que se me diese la muerte, oí que decia el quarto de esta vil consulta, que lo que se debia hacer en semejante caso, era echarme sin heridas en el rio, pues supuesto que estaba desmayado, yo mismo me ahogaria, con cuyo medio cesaban sus temores; y por otra parte no llevando heridas, quando despues pareciese ahogado, se atribuiria mi muerte á mi desgracia, y no á su malicia. Conformáronse todos en esta última tra-

za, y tratáron de reducirla á efecto. Quando oí su determinacion, cobré un poco de esfuerzo, y previne, que sabiendo yo nadar, podria en echándome en el agua pasar de estotra parte, y quedar libre de aquel aprieto, y su cruedad. A este tiempo llegáron, y entre todos me arrojáron al curso de las aguas. Víme en ellas apénas, quando como si despertára de un pesado sueño; comencé á alegrarme con la libertad deseada, y pasé nadando á esta márgen. Quando la impía esquadra vió mi buena dicha y su yerro, reprehendió ásperamente á su amigo. El con ánimo de remediar lo pasado, les aconsejó que fuesen, pues yo no podia huir, y pasasen á este lugar por un molino que significáron estar algo mas arriba; con que habiendo escapado de uno, empecé á temer otro nuevo, y mayor riesgo. Lo mas presto que pude, si bien arrastrando por el suelo, me procuré meter entre estas ramas, para que no me hallando, dexasen de executar los pesares que tenian por su ya referida piedad. Esto esperaba quando oí la voz de Don Alonso, con cuyos ecos animado y mejorado de aliento, esforcé la mia para llamarle, y pedir el favor que de sus manos tengo; instrumento sin duda de las divinas, que en la mayor necesidad socorren al mísero, al necesitado y

afligido. Lo que de estos trabajos he sacado, aunque tan á mi costa, con singular alegría, es haber hecho experiencia del amor, que como hermano me tiene, y de quán nobles y honrados amigos se acompaña; pues por él, por mí, y por su honor tan alentadamente se aventuran; á cuyo amparo, y á cuya accion, hecha en defensa mia, como hoy me veo obligado, toda mi vida estaré reconocido.

Viendo Don Juan que Hipólito habia callado, y que decia por él estas razones últimas, le pagó en otras discretas, corteses y advertidas, los ofrecimientos que le hacia. Miéntras ellos estaban correspondiéndose de esta suerte, se puso Don Alonso á discurrir por lo que su hermano habia dicho, quién serian los que habian dado lugar á tan alevoso intento; mas á los unos su cortesia, y al otro sus discursos, atajó el ruido de alguna gente que se les acercaba, diciendo: ¡qué rebeldes han estado en abrirnos en el molino! Otro respondió: yo lo confieso, mas debe traernos muy alegres el ver que no han conocido á ninguno. Por esta conversacion se advirtió, que los que venian eran los que primero habian intentado la muerte de Hipólito crueles, y ya llegaban á dársela atrevidos. Pusiéronse en pie Don Juan y Don Alonso, previniéron sus armas, y

esperáron que se acercasen. Ellos lo hiciéron cuidadosos, mas saliendo por un lado los dos valientes amigos, empezáron á tirarlos tan fuertes heridas, que los dos de ellos quedáron luego en la campaña muertos, y los otros dos se arrojáron al rio, haciendo ahora la fuerza, lo que para matar á Hipólito les habia querido hacer emprender la mali :ia. No se echáron tras ellos, por volver á coger en los brazos á su noble hermano y amigo, al qual traxéron á la villa con no poco trabajo; y por si acaso les buscaban en su casa, le llevá-ron en casa de otro amigo suyo. Cuidáron aquella noche del remedio de Hipólito, y luego de su descanso, esperando que algunas de estas novedades se descubriesen con el dia.

Desde este punto no pudo ocultarse á Don Alonso, que era el mismo á quien buscaban para hacerle tanto daño, por haber conocido, que uno de los que quedáron muertos en el campo, era su competidor en los amores de Constanza. Atendia á que ella tambien habia ayudado á la traza, segun lo que Hipólito habia referido, y confirmaba este pensamiento el enfado con que siempre le habia tratado; pues tal vez le habia dicho que era estorbo de su gusto. Veía que habia querido quitársele á su li-

bertad con medio tan áspero como su muerte, y en lugar del pasado amor que la tenia, grangeaba nuevo aborrecimiento con que proponia la venganza.

Estábase Don Juan y Don Alonso en casa todo el dia, y á la noche salian á informarse de lo que pasaba, y á buscar á los otros dos sus contrarios, para hacer su suerte, conforme á la de sus ya muertos amigos; mas es tan cuidadoso el temor, y sabe guardar tambien á los que le tienen, que no bastáron diligencias para hallarlos. La segunda que los buscáron, despues de los referidos sucesos, volviéndose descuidados á su casa, oyéron junto á la puerta de una posada grande alboroto de gente. Llegáron á saber la causa, y halláron miserablemente muerto á uno de sus mismos enemigos. Estaba á su lado una muger bañada en su misma sangre, y casi en los últimos términos de la vida. Acercóse Don Alonso para reconocerla, y vió que era Constanza: mas le admiró éste que los pasados sucesos; y si bien él la habia buscado para executar semejante rigor en ella, con todo eso, ó la piedad, ó la nobleza, que hace á un hombre que fácilmente perdone las injurias, le obligó á que se lastimase de verla en tan miserable estado, y á que miéntras se ponia remedio en la

salud corporal, le procurase algunos medios de la eterna, llamando á quien la confesase, que esa en todos los casos en que se vé á riesgo la vida, ha de ser la primera diligencia. Acudió á esto con cristiano fervor un Sacerdote, y miéntras él se ocupaba en tan piadoso, y tan santo exercicio, quiso saber Don Alonso quien habia sido el que se habia adelantado á lo mismo que su enojo procuraba. Entró con este intento en la posada, donde apénas fué conocido de la huéspeda, quando llena de turbacion y miedo, le dixo: señor Don Alonso, por el amor que siempre he tenido á vuestras buenas prendas, debeis ampararme en la ocasion presente. El cuerdo caballero la respondió que mirase lo que deseaba que hiciese por ella. Á estas razones, dixo la afligida muger, que por entónces no queria mas de que la sacase de allí, y la pusiese en salvo, ántes que la justicia viniese. Parte por saber despacio el origen de tan impensada novedad, y parte porque á qualquier muger (por serlo) debe un hombre bien nacido, amparo y veneracion, la llevó consigo, dexando á Don Juan para que volviese con el Sacerdote hasta su casa; pues quando no fuera deuda precisa, era obligacion cortés acompañarle y dexarle seguro en ella. Poco despues que la refe-

rida muger habia salido amparada de Don Alonso, y ya que Don Juan habia cumplido con lo que su amigo le dexó encargado, llegó el corregidor, á quien se habia dado noticia de este caso, hizo que llevasen á Constanza á los ojos de su madre, que la recibió llorosa y afligida. Vió que el otro estaba de todo punto muerto, y comenzó á hacer inquisicion de quién eran los homicidas. Entró para esto en la posada, y halló al dueño de ella que acababa de venir del campo, por cuya causa no podia saber cosa de lo que le preguntaban. Llamáron á las criadas para que dixesen lo que sabian; mas ellas se disculpáron, diciendo, que solamente su señora podia saber lo que pasaba, porque atendiendo ellas al cuidado de su obligacion, no se habian divertido á ver lo que no les importaba. La huéspeda estaba, como diximos, ausente, y así lo que entónces se averiguó, fué de poca ó ninguna importancia.

A la casa donde Hipólito, para mayor seguridad, estaba oculto, llevó Don Alonso á la afligida muger. Volvió tambien brevemente Don Juan, y puesto cuidado en que nadie abriese la puerta de la calle, sin conocer á quien llamaba, ella se sosegó, y cobró parte del color perdido: rogóla Hipólito que entrase

adonde él estaba, y no temiese que le habia de faltar amparo: ella le obeció, y entró en su sala, para que viese una muger de razonable traza, y airoso despejo. Serian las nueve á este tiempo, y así trató Don Juan de que la cena se previniese. Tráxose tan puntual, como sazonadamente: porfiáron á Justa (así se llamaba la desconsolada muger) que cenase, y perdió cortés, y vencida de tantas porfias, el recato que le aconsejaba, ó su afliccion, ó su vergüenza. Despues de haber levantado la mesa, manifestó Don Alonso, como el que estaba muerto era uno de los principales agresores del daño que su hermano padecia: añadió que era un primo de Constanza, y que á ella tambien la habia hallado casi en el estado mismo. Esto obligó mas á la curiosidad de Hipólito, para que desease saber esta novedad de la boca de Justa, como quien tenia mas cierta noticia de ella. La ya cuidadosa muger, viendo la cortesía de tan nobles mancebos, y el deseo del piadoso enfermo, por desengañarle de que no era él solo á quien sucedian cosas extrañas, y por divertirle sus penas (aunque en lenguage mas humilde) empezó á decir lo que contienen estas razones.

Al principio de las pasadas fiestas, á quien la ocasion ha hecho dos veces gran-

des, y el concurso de la gente, sino mayores, mas comunes, llegó á mi casa un caballero, acompañado de otros quatro, entre criados y amigos. Eran en el trage personas ilustres, aunque las obras desdecian del trage, que no es toda una cosa misma ser y parecer, ni juzga bien quien de la apariencia infiere la nobleza ó la virtud, pues vemos cada dia, que blandas sedas cubren á muchos hombres viles, y que ásperos sayales ocultan costumbres imitables y generosas. Digo esto, porque la misma noche de los toros salió éste (á quien yo oia llamar Don Enrique) en compañia de los demas, y brevemente volviéron con una muger en los brazos. Prevenidos de que ninguno de mi casa los viese, la metiéron en un obscuro y retirado aposento baxo, que mi marido, obligado del interés, les ofreció, tan á propósito de su intento, que aunque diera voces, por ninguna parte pudiera ser la mísera dama, ni remediada, ni oida. De esta suerte la dexáron, y saliéron segunda vez de casa; presumo yo, que á saber sí se sentia la falta de ella en el lugar de donde la habian sacado. Viendo, pues, que parecia venir violenta, y entendiendo, por la fuerza con que arrojaba el aliento, que traía tapada la boca, comencé á cuidar con mas atencion del su-

ceso. Vereis en mí lo que puede en las mugeres la curiosidad con que nacemos, si ois que me determiné á saber quien era, miéntras ellos estaban ausentes. Púselo en execucion, y como por haber llevádose la llave de otro aposento que habia ántes, no pudiese hablarla como deseaba, traté de subir á otra sala que estaba desocupada para mayor secreto, á ruego de Don Enrique, la qual caía sobre la que aquella pobre y desconsolada dama ocupaba. Quité con facilidad una tabla que venia á ser de su techo; y con todo recato para no ser sentida, ví una muger de linda presencia, hermoso rostro, grave compostura, y curioso aseo. Si bien profetizando sus desdichas, todo su adorno se cifraba en un vestido negro, en que mas parecia haberse atendido á la tristeza, que á la costa. Torcia algunas veces sus manos, y regándolas con parte del llanto que sobraba á las mexillas, hacia que naciesen perlas en ellas. Quejábase lastimada, lastimábase afligida, afligíase confusa, y entre quejas, lástimas, aflicciones, y confusiones, ni dexaba de derramar lágrimas, ni parecia tener su mal consuelo. El tocado, á quien las consultas del espejo habian hecho vistososo, el adorno de las cintas curioso, y el rubio color de los cabellos rico, estaba con

el pasado sobresalto descompuesto. Empezó luego á deshacerle desesperadamente, y quando soltaba sobre el cuello los rizos, asiéndose de ellos el oro de las sortijas, estorbaba que no se apartasen de él, ó porque de avergonzado quisiera esconderse, ó porque viéndolos de su misma color, y mas hermosos, los detenia para quedar mas honrado Lastimábame yo de ver sus ansias; por qué ¿á quien no lastimará ver á una muger tan hermosa, tan infelizmente afligida? Veíame llena de compasion, y aunque entónces me admiraba de mí misma, ahora me espanto que os veo tan lastimados de oirlo.

Ya por las señas habia conocido Hipólito á su dueño, y por el nombre á quien la habia llevado á la posada, donde Justa la habia visto de esta suerte; y con el dolor de imaginarla en tanto aprieto, solia mostrar en las acciones exteriores el sentimiento del pecho. Veia que Justa extrañaba el mirarle algunas veces con tan varios afectos, y así la dixo: no os diviertan mis pasiones, porque la blandura de mi natural, y la fuerza de la imaginacion me suelen arrebatar de manera, que me olvido de lo que soy, y me transformo en lo que pienso.

Ella entónces, sin atender mas á lo

que Hipólito sentia, prosiguió diciendo: despues de haberse deshecho el tocado, y maltratado el cabello, empezó la hermosa dama á decir con voz baxa, triste y llorosa: ¡O quánto mejor fuera, á quien nace con tantas desdichas, tener el sepulcro en la cuna, y que limitára una mortaja el término de una vida larga, penosa é infelice! ¡Apénas gozó del bien mi afligido pecho un instante, quando tuvo mil siglos de tormento! ¡O cruel estrella mia, tan opuesta á mis bienes, y tan próxîma á mis males! ¿Cómo es posible que no te cansas de perseguirme, no habiéndome yo cansado de ver executados en mí tan varios sucesos y tan graves pesares como desde que salí de mi patria he padecido? ¿Mas qué mucho que no te canses si soy yo quien los tiene, y tú insensible? De los brazos de mi alegria me hallé en un punto en los de mi muerte, pues aquella me daba Hipólito, que ya sin duda estará imposibilitado de valerme, y esta me da un traydor, cuyo nombre no repito, porque aun no toque mis labios al salir del alma entre el aliento. Mas si en todo esto es causa mi hermosura, y ya Hipólito no ha de verla, si ya solo ha de dar á mi enemigo alegría, ¿para qué la guardo? ¿para qué la quiero? ¿ó por qué razon la estimo? Sobstituya, pues, su lu-

gar la fealdad, y sean el instrumento mis manos. Quede yo de manera, que en lugar de amor, grangee aborrecimiento; y en lugar de deseo, provoqué á horror, á admiracion y espanto. Sean los que primero pierdan su belleza estos viles cabellos. Carezcan del alma con que viven, aunque nunca tienen sentimiento; y pues que yo me abraso, no sea en ellos diferente la pena. Levantóse, cogió la luz, que en el aposento habia. ¿Y qué hizo? (dixo con levantada voz Hipólito) ¿quemólos? ¿fundió el oro de su color? ¿perdiéronse los quilates de su belleza? Decid presto mis pesares, para que comience á sentir tan grave pérdida, pues ménos mal es saber los males para sentirlos, que dudarlos para padecerlos. Vos mismo (respondió Justa) os dilatais lo mismo que apeteceis, pues cortando el curso á mis razones, me divertis, y no dexais que prosiga. Digo, que tomó la luz para llegarla á los cabellos; mas yo entónces, viendo tan apretada accion, determinacion tan fuerte, y resolucion tan extraña, no pude detener mas el silencio, y llevada de un afecto natural, la dixe: señora, esperad un instante, oidme, que aunque soy muger, con todo eso podrá ser que se remedien tantos daños á ménos costa vuestra. Volvió la dama los

ojos adonde yo estaba, y suspensa, extrañó la novedad de que hubiese quien la hablase piadosamente, quando todo lo que veia eran asombros y rigores de su infelice estrella. Quité de todo punto la tabla, quedé mas descubierta, y añadí estas razones. No hay estado de desdicha en que á la esperanza no quede alguna puerta, y al deseo alguna, si bien leve, esperanza. Tanto es esto verdad, que porque sea sin excepcion esta regla, ahora que os parecia estar destituida de todo, os ha venido, si no la libertad, el consuelo que puede daros quien se dispone á defenderos, ó ya con la industria, ó si esta no bastare, con la violencia. Lo que os importa ahora, es tener esfuerzo para executar, que á mí no me faltarán trazas que emprender. Decidme brevemente el daño que os amenaza, para que no erremos el remedio, pues aunque yo le he imaginado, por las razones que habeis dicho, y yo os he oido, quiero hacer cierto con vuestra informacion, lo que mi presuncion ha dexado dudoso. No es posible encarecer la mudanza que en la hermosa Aminta (así me dixo que se llamaba) hizo mi consuelo, y no es mucho que la hiciese, que á grandes males, es de grande importancia qualquier remedio, y mas quando di-

ficultosamente se espera. Respondióme: ¡ó cómo el cielo á nadie desampara! ¡ó cómo de ninguno se olvida! Calló con estas admiraciones, y apartando del rostro los cabellos (por libres) los prendió con una cinta. Desembarazado el rostro de aquel hermoso estorbo, volvió á mí unos ojos, tales, que luego disculpé á quien se perdia por ellos. Y no os admireis de esto, que siempre trae la belleza consigo, agrado para quien la mira; fuego para quien la desea; y disculpa para quien la procura. Díxome: amiga, ya que tengo de referirte mis desdichas, no excuses el decirme quien eres. Yo la satisfice, y ella prosiguió de esta suerte: soy una infelice, aunque noble muger (que no basta dar buena fortuna la nobleza): amo á un caballero, que me corresponde: aborrezco á otro que me cansa. Aquel pienso que está ya en las manos de la muerte, por una desgracia suya y mia; y éste, baxando de la casa en que estaba aposentada mi persona, para desengañarme de si era su daño cierto (como si un desdichado no tuviera la seridad de sus males en su misma estrella, que le inclina á ellos) me traxo á este lugar, donde temo alguna violencia. Estas son brevemente las causas de mi llanto: ved si es justo, y ponderad, quán

grandes son aunque se limitan á tan cortas razones.

Poco habrá merecido mi deseo (la dixe) sino adquiris con la ayuda que os propongo esperanzas de mejor suceso, que hasta este punto el temor os proponia. Mas porque no se pierda el tiempo, ya que no sabemos el que se dilatará la vuelta de ese vuestro aborrecible amante, lo que habeis de hacer por esta noche, supuesto que ya es tarde, y que yo por obedecer á mi marido, á quien él debe haber cerrado la boca con algunos dineros, no me atreveré á dar cuenta á la justicia, es tomar esa llave (diciendo esto le arrojé una de las que traia conmigo, que me pareció á propósito) que si bien no es de esa puerta, con todo eso, dando un poco la vuelta, despues de haberla metido en la cerradura, servirá de estorbar que entre la otra que él traxere, y consiguientemente quedará imposibilitado de veros esta noche, y vos de su violencia segura, que quando nazca el dia, con otro remedio harémos contradiccion á las trazas que él imagináre en vuestro perjuicio. Efectuó lo que le dispuse; dióme las gracias por el referido consejo, y aceptó la promesa que para adelante le hacia. Despedíme con esto, y volviendo á poner la tabla, que cortesmente daba lugar á nuestra

conversacion, baxé á esperar el suceso, que mi industria tendria. Púseme á hablar con mi marido, el qual con secreto y recato me encargó que disimulase aquel negocio, porque Don Enrique era buen caballero, y nosotros aventurábamos mucho en no callar, disimular y servirle. Mas hice en no le descubrir nuestro secreto, que lo que habia hecho en favorecer á Aminta; pero como á mí misma me importaba, por haber emprendido su defensa, callé temerosa, lo que puede ser que no callára cuerda.

Finalmente, despues de un largo rato, vino con sus amigos Don Enrique. Ellos se recogiéron á otra sala, y él viendo que estaba en quieto silencio toda la demas gente de la posada, se fué adonde habia dexado á Aminta. Bien diferente intento llevaba, que fué despues el suceso; pues por diligencias que previno, jamas pudo hacer que la llave entrase para abrir la puerta, ni dar lugar á su deseo. Llegóse adonde nosotros estabamos con esta novedad, aunque para mí no lo era; mas respondióle mi marido, que no era hora de alborotar la familia, ni dar golpes para descerrajar la puerta, por cuya causa podria acomodarse con alguno de sus amigos, hasta que con el dia esta dificultad se venciese, y todo lo demas se remediase.

¡O cómo nunca faltáron compañeros para el mal, y quán pocas veces se hallan para la virtud! ¡Qué inclinados, qué dispuestos vió Don Enrique á unos para que le ayudasen, y á otros para que le ocultasen el rapto de aquella miserable dama! que afiigida y sola por falta de su querido amante (á quien, ó ya por ausente, ó ya por muerto lloraba) se veia sin amparo y con penas, sin favor y con pesares, y últimamente, con temor y sin alegría. Hubo de conformarse el necio caballero con este parecer, y aunque enojado, tuvo en la de sus amigos diversa compañía que tuviera, á no ser mi industria estorbo de sus intentos. Pasó (segun despues me dixo Aminta) toda la noche en un continuo desvelo, ó por no saber lo que al siguiente dia habia de sucederle, ó por pensar en los casos que en tan poca distancia de tiempo le habian acontecido. Amaneció el alva para dar nuevas del sol á otro dia, y Don Enrique se levantó para disponer los medios de conseguir su deseo. Llegó á la puerta, y volviendo á tentar la llave, unas veces con ella, y otras con las razones, procuraba que Aminta le diese lugar para que abriese. Ella estaba tan léjos de obedecerle, como de amarle, y así no le respondia mas de que la dexase, y se fuese, porque no

habia de mirarle jamas el rostro, ni era digno de ser visto de nadie rostro de hombre tan atrevido y imprudente. El porfiaba necio y amante, y ella respondia cuerda y libre, diciendo: mucho yerra, quien intenta hacer fuerza, lo que ha de ser por voluntad; porque el modo de adquirir correspondencia, y grangear á la persona de quien se procura el amor, no ha de ser por medios ásperos; pues quien padece algun agravio, tan léjos está de querer á quien se le ha hecho, que si ántes le tenia alguna inclinacion, toda se convierte en odio; y si algun amor, en fiero y terrible aborrecimiento. Este os tengo yo con justa causa por las razones dichas; y asi parece imposible (¡ó Don Enrique!) que podais reducir vuestra intencion á efecto. Dexadme, como encarecidamente os ruego, porque de querer pasar adelante, publicaré mi injuria á los hombres y al cielo; y quando todos dilaten vuestro castigo, ántes que llegueis á mis brazos, me habré quitado la vida, para que de esta suerte os halleis arrepentido, ignorante y burlado, y yo quede, aunque bárbaramente muerta, honrada, firme y libre de vuestras manos, vuestro poder y deseos.

Si esa es vuestra resolucion postrera (respondió Don Enrique) yo la tengo

tambien de llevar hasta ese punto mi intento, aunque se aventure mi vida. Oía yo las razones de este hombre llena de vergüenza, y ponderaba, no que hubiese quien á tal maldad diese principio, sino que se hallase lengua que tan libremente la dixese. Y la razon de esto es, porque la que se hace en oculto, solamente la sabe quien es cómplice, mas la que se dice á voces, llega á los oidos de quien no tiene parte en ella. Allí la participacion del delito, á unos con otros los disculpa; mas aquí la inocencia de los que escuchan, hace mas fea la libertad del que habla sin recato ni vergüenza. Ultimamente, él reduxo á obras, las que entónces pareciéron palabras, poniendo tantos medios, que aun para referidos son dificultosos. Todos se comunicaban conmigo, y así tenian en su mismo nacimiento su fin, pues ó los remediaba, ó los divertia. Por donde hablé á Aminta la primera vez, nos comunicamos quantas veces fué necesario, llevándole con puntualidad la comida. Pasóse en estas cosas aquel dia, y la futura noche. Acabáronse las fiestas, volviéronse los que habian venido á verlas á sus casas, desembarazóse la posada de los que habia forasteros, y viendo Don Enrique que nosotros, que eramos dueños de la familia, y que á su parecer deseábamos

su negocio, juntamente con sus amigos, quedábamos solos, determinó romper una gruesa pared, que del lugar en que estaba Aminta salia á otro aposento. Aquí ya faltáron las fuerzas al ingenio para prevenir remedio; mas porque no la hallase descuidada, fuí á darla cuenta de este nuevo aprieto. Quedóse la noble señora confusa, y dando con los ojos vuelta á aquel espacio, como para buscar alguna cosa, volvió á suspenderse de nuevo. Largo tiempo estuvo sin responderme, mas rompiendo con el dolor la suspension, y con un suspiro el silencio, me dixo: Amiga Justa, ya es ese el último lance á que me puede reducir la fortuna; si él ha de entrar de esa suerte, mejor será que evitemos el escándalo, y que entre por la puerta. Tendréme andada esta permision, para que me la pague en cortesía.

Pesábame de verla tan blanda, mas por obedecerla, y porque como ella afirmaba no tenia otro remedio, me fuí á Don Enrique, y diciendo que la habia hablado por el resquicio de la puerta, le aseguré de que se mostraba mas apacible, y que estaba reducida á abrir voluntariamente. Alegróse el porfiado amante, y dexando que viniese la noche, por ser la obscuridad mas apropósito, entró y cerró luego por de dentro la puerta. Subíme yo

al lugar que otras veces, aparté (para no ser sentida) ménos que solia la tabla: pero lo que bastó para ver y oir que Aminta le decia que se sentase un poco para sosegar el pecho del enojo que traia. El la obedeció por entónces, y ella pagó con mil agradecimientos su obediencia. Viendo mudada en apacible rostro su primera aspereza, comencé á dudar si era una misma la que habia oido dos noches ántes, y la que estaba oyendo. Don Enrique, algo mas consolado, limitaba su determinacion con la nueva afabilidad de su dama, que no hay en el mundo hombre tan bárbaro á quien una razon cuerda no detenga. Apacible, pues, Aminta... ¡O quán apacible la pintas, dixo, dando un doloroso suspiro Hipólito! Acaba ya de decirme lo que resultó de esa apacibilidad, pues no parece sino que en esto te detienes, para irme dando los pesares poco á poco, como sino fuera mas penosa una bebida amarga, quanto mas despacio la recibe el enfermo.

Nunca he pensado yo, dixo Justa, que á vos os daba cuidado la afabilidad de Aminta; mas pues por las señales que veo, conozco que vos sois el enfermo de esta bebida y de su amor, y á quien ella ha llorado tantas veces muerto; oid con brevedad lo que falta, seguro de que á

saber lo que ahora me sucede, hubiera puesto diferente cuidado en favorecerla, y mejor fin á su peligro, dándola nuevas de vuestra vida, y de que podia llegar con facilidad á vuestra presencia. Digo, pues, que en esto estaba Aminta, quando Don Enrique la dixo: no pienses que la cortesía que hasta ahora me has debido, me has de deber de aquí adelante, que si hasta el punto que llegué contigo á Salamanca la mereciste, desde entónces has sido digna de estos, y aun de mas injustos términos. Ya ves que en esta casa nadie ha de favorecerte, nadie ha de ampararte, y nadie es posible que te escuche. Mira sin dilar mas plazos, lo que determinas. Ella entónces atenta al resuelto ánimo de aquel hombre vil en las palabras, é infame en las obras que deseaba reducir á execucion, llena de valor y osadía, le respondió: ¿qué importa que nadie me oiga, si el cielo á todos escucha? Así que yo me determino, ó traydor Don Enrique (diciendo esto, sacó un cuchillo de la manga, que era el que yo le habia echado para que partiese la comida; el qual buscaba sin duda, quando miraba, como queda dicho, cuidadosa el aposento) á castigarte, y defenderme. Como él estaba tan cerca de Aminta, y sin prevencion de que intentaria tal temeridad,

ántes que se pudiese valer, se halló con una herida en los pechos. Asegundó con otro la valerosa dama, tan presto, que el que se pensó ver en regalada cama, se vió en castigo de su mala intencion, sobre su sangre en la tierra. En el tiempo que habia estado sola, se habia puesto debaxo del hábito de muger un vestido, que el primer dia de las fiestas ví á uno de los amigos de Don Enrique, el qual, muy preciado de galan, aunque pequeño, le habia dexado por vestirse otro mas rico, con cuya prevencion pudo quitarse brevemente la basquiña, y quedar en hábito de hombre. Abrió la puerta, y salióse presurosamente.

Yo que habia estado mirando todo este suceso, aunque no me pesaba del castigo de aquel hombre, á quien con extremo aborrecia por su desvergüenza, temerosa de que á mi marido y á mí nos corriese de sus heridas algun riesgo, baxé de adonde estaba, dando voces y diciendo, que mataban á Don Enrique. Con ellas se alborotáron sus amigos, y cogiendo las armas á que les pudo dar lugar el tiempo, acudiéron al lugar donde estaba. Levantáronle bañado en su lasciva sangre del suelo, y atendiendo á que solamente Hipólito, como galan de Aminta, ó alguno por él podia haber acudido

á sacarla de aquel aprieto, para lo qual no era muy dificil que ella le hubiese avisado, y juntamente considerando que no podrian ir muy léjos, dexándome los dos el cargo de llevarle adonde le curasen; los demas saliéron en su seguimiento. Acertó á pasar entónces, acompañada de un primo suyo cierta dama, bien celebrada en este lugar (como sabe el señor Don Alonso) cuyo nombre es Constanza. Iba de manera presurosa, que pudiéron los amigos de Don Enrique pensar que era Aminta, y el que iba con ella quien le dexaba tan peligrosamente herido. Engañados con la fuerza de esta presuncion, sin atender á informarse para hacer la venganza cierta, metiéron mano á las espadas, y excusando con la brevedad que el otro se pusiese en defensa, le diéron dos estocadas, de que luego cayó muerto. Tampoco dexáron sin castigo á la mísera Constanza, pues dándole otra herida cayó á su lado, pidiendo á los hombres favor, y á Dios clemencia. Ya habian sacado los demas á Don Enrique, con que sin volver adentro, unos y otros se ausentáron. Yo no supe mas de que llegó en esta ocasion el señor Don Alonso, persona á quien por su valor y su nobleza, respetan quantos no son, ó mal intencionados, ó envidiosos. Parecióme que

si se averiguaba la verdad, que pocas, ó ninguna vez dexa de hacerse patente, yo habia de padecer en la cárcel, como quien tan buena parte tiene en esta desdicha; y fiada en su cortesía, quise valerme de su persona y de ella. Roguéle que me sacase de entre tantas confusiones; púsolo en execucion, y ausentéme, hasta que me pueda manifestar con ménos riesgo. Esta es la causa que me tiene triste, la que me traxo á vuestra presencia, la que le obligó á mi amparo, y la que me ocasionó á mí temor, para que determinada me atreviese, ó atrevida me determinase á dexar la quietud de mi familia. Mas puesto que he tenido la dicha de haberos servido en favorecer á la hermosa Aminta, quisiera que aquellos beneficios, si entónces sirviéron de guardarla, hoy sirvan de obligaros á que continueis los que de vuestra afabilidad recibo. Serviránme juntamente de averiguar con la certidumbre que suele tener la experiencia, que nunca se dexa de lograr el bien que se hace, como ni se queda sin castigo el mal que se procura, ó se intenta.

Aquí acabó de contar Justa el suceso, en que Hipólito tenia tanta parte. Quedó el piadoso caballero alegre de saber el valor de Aminta, la firmeza de su amor, y la seguridad de su correspondencia, si

bien á esta alegría ponia límite el pesar de que se hubiese ausentado, pues así era forzoso el no verla, principalmente habiendo ido en hábito de hombre, y no teniendo noticia del lugar adonde habia encaminado su viage, para hacer esta ausencia. Pasáron algunos dias en que Hipólito estuvo bueno; averiguóse todo el caso, conforme á la relacion de Justa, con que volvió sin peligro á su casa. Constanza mejoró de su herida, sin que se supiese de Don Enrique mas de que á otro dia le llevá-ron á Madrid los que se encargáron de socorrerle. Prendiéron al otro primo, que fué cómplice en el daño de Hipólito, el qual declaró á Don Alonso, y á Don Juan por agresores de los homicidios de aquellos infelices, que cerca del rio amaneciéron muertos. Ausentáronse juntos por esta causa con parecer de Hipólito, y él trató de volverse á la corte su patria, ponderando que los casos adversos, quando parece que suceden, sin haber dado causa á ellos, no es porque no la hayamos dado bastante, sino porque nosotros la tenemos olvidada, como si solo se castigasen los delitos presentes á nuestros ojos, en el tribunal adonde todo está presente. Con esto quedará sabida la causa porque fué infeliz el primo de Constanza, y porque halló, quando ménos le esperaba, el

castigo de la traycion, con que se dispuso á quitar la vida á Don Alonso, por el antojo de una muger liviana. Llegó con estos discursos Hipólito á Madrid, y en él á la presencia de Doña Ana, y de los demas de su familia, que alegres celebráron su venida, al paso que habian temido su tardanza. El agradeció el deseo, refirió sus peligros, y pasó de esta suerte, hasta que su fortuna le inquietó para que le aconteciesen los futuros sucesos.

DISCURSO SEXTO.

Habiendo visto en el pasado discurso las acciones viles de Don Enrique, y sus determinaciones, siempre agenas de la obligacion de un noble, me ha parecido en la introduccion del presente decir algo con brevedad de la nobleza. Mnchos años despues de la formacion del primer hombre, no hubo en el mundo mas, ni ménos nobleza, porque todo era una misma sangre. Apartándose por tan diversos ramos las descendencias, fué forzoso que hubiese superiores, é inferiores: estos para que obedeciesen, y aquellos para que mandasen, haciendo la milagrosa armonía, y concertado cuerpo de la república. Entónces comenzáron á distinguirse nobles y plebeyos: mas la diferencia que les hizo distintos, fué la virtud y grandeza de ánimo que resplandeció en los unos, y la miseria y cortedad de los otros.

De donde se debe inferir, que el fundamento de la nobleza es la virtud, pues por medio de ella tuvo origen, y que ninguno hay virtuoso, que no sea noble. La nobleza heredada digna es de estimacion, porque la misma sangre inclina á los ánimos para que emprendan cosas heróycas; mas nadie me podrá negar que si no se continúa en los sucesores por medio de su valor, vienen á tenerla con la ociosidad desconocida; de donde nace que á pocos siglos no hay memoria de ella. Por esta causa se han perdido muchas familias ilustres. De suerte, que la nobleza que por sucesion se pasa, tiene este peligro de acabarse facilmente, si el que la tiene no cuida de conservarla; si bien (como digo) es estimable, mucho mas lo debe ser la adquirida con los hechos famosos, y con las demostraciones de esfuerzo, quanto es mas estimable la virtud propia que la agena, aunque haya sido de los padres, y de los deudos. Prueba esto singularmente aquel dicho de Don Alonso rey de Aragon, que oyéndose alabar de que era rey, hijo, nieto y hermano de reyes, respondió que no habia cosa que ménos estimase que esta, porque aquella alabanza mas era de sus antecesores que suya, pues ellos habian adquirido los reynos con su esfuerzo, los

quales no dan gloria al sucesor, si no toma posesion en ellos, mas por medio de la virtud que de su testamento. Muchas cosas dexo á este propósito, por no divertirme demasiado del principal intento, por no pecar en lo que han delinquido algunos, y por decir que segun esta doctrina, Don Enrique por vicioso é ignorante, aunque era noble por sus padres, degeneraba tanto de aquel heredado ser, que ocultaba su nobleza, y parecia baxamente nacido.

No era de esta suerte el gallardo Hipólito, pues á las demas prendas que le hacian ilustre, juntaba el deseo de servir á su natural príncipe en la guerra, con el mismo fervor que en sus tiernos años lo habia procurado. Determinóse á ponerlo en execucion; y para esto, llamando á Don Gerónimo, le encargó el cuidado de su casa, el gobierno de su hacienda, la cobranza de sus mayorazgos, el regalo de Doña Ana, y la puntualidad de acudir con lo necesario á Don Alonso. Procuró su hermana reducirle, diciendo: que la guerra se hizo para los segundos, no para los primogénitos y sucesores de las casas y familias nobles. A cuyas persuasiones no dió mas respuesta Hipólito, que decir: los segundos y los primeros hijos, todos tienen una sangre; y los primeros,

como mas ricos, mas obligaciones. Tomó lo que le pareció necesario para el camino, y sin haber sabido en distancia de cinco meses cosa alguna de Aminta, se partió con ánimo de tomar puerto en Malta, y hacer demostracion de su valor en las galeras que trae en la mar la religion, para terror de los enemigos de la fe. Embarcóse en Barcelona en un navío que habia de llegar á Sicilia, y con viento favorable navegáron algunos dias, hasta que la mañana del último de esta dicha, descubriéron quatro galeras de Biserta, las quales llevaban á Constantinopla el feudo, que ella y las demas ciudades de aquella costa tributan al gran Turco. Llegáronse á tiro de cañon al baxél en que Hipólito iba, y conociendo que era de católicos, sin que por ser cortas sus fuerzas pudiese el alentado caballero hacer que se defendiesen los que le acompañaban, los rindiéron miserablemente, si no vergonzosamente. De todos los que iban en el referido navío, á ninguno pasáron á sus galeras, sino es á Hipólito, pareciéndoles que á los demas llevarian seguros, si les quitasen el que habia mostrado tan cuidadoso valor: con esto, sin hacer mudanza en las mercadurías que el navío llevaba, por no cargar mas las galeras, llevándole consigo, prosiguiéron

su viage, y su intento. Al siguiente dia (que pocas veces presta por mas tiempo sus bienes la fortuna) descubriéron las galeras de Nápoles á razonable trecho. Viendo, pues, los turcos, que por ir estas ménos cargadas que las suyas, se les acercaban demasiado, que su fin no habia sido salir para pelear, y que el baxel no podia navegar con la ligereza que ellos quisieran, por no ser propicio el viento, se determináron á dexarle, por no ponerse, y poner lo que llevaban â peligro de perderse. ¡O los caminos que se descubren, quando se han de apartar los dichosos de los que naciéron con estrella infelice! Ayer navegaba Hipólito acompañado de diversas personas, y hoy llegan ellos al puerto deseado, y él se mira entre bárbaros cautivo. Llegó de esta manera á Constantinopla, ciudad antigua, populosa, é insigne: corte de quantos, ó por sucesion, ó por tiranía tienen indignamente el título de Gran Señor. Cosas grandes, siempre piden grandes admiraciones; así nuestro caballero, aunque primero afligido, se hallaba despues mas consolado con las novedades que veia. Pareciale que el dinero negociaria con brevedad su rescate, y que á costa de ser poco ménos poderoso, habria visto aquellas provincias, y de sus habitadores las

costumbres y los ritos Como si las cuentas que los hombres hacen con su limitada providencia no tuviesen ménos caminos de efectuarse, que de impedirse.

Entre otros cautivos que presentáron á un turco poderoso y noble, y aunque criado entre barbaros, bien entendido, fué Hipólito el que mas encareciéron en órden al rescate, y de quien mayor estimacion se hizo. Aquí comenzó á manifestarle parte de su rostro la felicidad, pues á quatro veces que habló con él, conoció que le agradaba su modo. Sabia el turco nuestra lengua vulgar, cosa á que si no le obligó la necesidad, pudo persuadirle la curiosidad, ó la malicia. Con esto, aunque Hipólito ignoraba á los principios la suya, no sentia falta en atender lo que le ordenaba, ni la hacia en quanto se ordenase á servirle. Solia llamarle algunas veces para comunicar lo que pertenecia al gobierno de su casa: y en las respuestas que el noble cautivo le daba, advertia claramente el talento con que la naturaleza le habia enriquecido. Pasaban desde este gobierno doméstico al político, y desde el que ellos tienen al que nosotros tenemos en España. Alababa a este Hipólito, y aunque tal vez se le contradecia, se alegraba el turco de verle enojar sobre la defensa de su patria, diciendo: en na-

da me agradas, como en defender tu ley, tu rey, tu tierra y su gobierno; y de ahí infiero que eres bien nacido, porque los que lo son, como defienden á su patria con las armas, saben honrarla con la lengua. Prosigue, defiéndela, que quien hace lo contrario, nada dexa para mí que soy vuestro enemigo. A pocos dias que Hipólito estuvo en aquella tierra, supo su lengua con toda propiedad, procurando (aunque bárbara) enriquecerla con algunas exôrnaciones, grangeàndo con ellas mayor apacibilidad y benevolencia con su dueño, mas seguro amor con los de su familia, y mas crecido aplauso con los que tenian conocimiento de sus prendas. Acudia á visitar á Rezuan (así se llamaba el moro, en cuyo servicio estaba nuestro cautivo) muy ordinariamente un alfaqui, ó sacerdote, á quien todos miraban con grande veneracion. Las ceremonias que al entrar hacian, y el cuidado con que era servido comunmente de todos, pasaré en silencio, por ir abreviando en cosas menores, y no sé si por excusar la vergüenza que deben tener algunas naciones, viendo que aunque son los sacerdotes tan diferentes de aquellos, ni se veneran como es justo, ni se hace mas estimacion de ellos que de la gente comun, y aun esto se pudiera disimular, si los descuidos no

se pasáran á desprecios, olvidándose de que quien los menosprecia, menosprecia á Cristo, y quien á él, á su Padre, como él mismo en cierta ocasion afirma. ¡O cómo se olvida de lo que se debe á esta dignidad, quien no los respeta! ¡Y cómo ignora lo que Dios estima este ministerio, quien los deshonra! Cierto estoy yo de que si todos supieran que en la Divina Escritura tienen tan diversós nombres, parece que mostrando, que no bastaba uno solo á explicar tan superior exercicio, se les diera debida estimacion. Llámalos en diversas partes, ya reyes, ya ministros, ya ángeles de paz, ya doctores, ya médicos, jueces, estrellas, cielos, heredad del Señor, guardas, mediadores, santos, consagrados, ungidos, padres de las gentes, luces y ciudades puestas en lugar eminente. Todo esto son los sacerdotes en la boca del mismo Dios. Permítase, pues, que me lastíme de ver que parezcan nada en la presencia de los hombres, y perdóneseme la digresion, que tal vez rige el sentimiento, como á la lengua la pluma.

A este alfaqui, venerado por el oficio, y estimado por sábio, la amistad que con Rezuan profesaba, dió lugar á que le visitase un dia que Hipólito estaba tratando con él varias cosas de las que

pertenecian á la familia. Quiso dexarlos solos el noble esclavo, mas su dueño le advirtió que no se fuese. Obedeció Hipólito, y oyó que el alfaqui comenzaba á tratar de la astrología, á quien era muy inclinado, y por quien habia grangeado entre aquella gente crédito injusto de docto.

Tenia Rezuan una hija de edad de quince años, tan guardada, que desde el dia de su nacimiento, apénas habia quien hubiese visto su hermosura. Esto habia tenido fundamento en un juicio que el alfaqui habia hecho, diciendo: que un moro habia de enamorarse de ella, y que por no querer la noble mora asentir á su voluntad, habia de quitarla la vida. Vino esta supersticion á noticia de Hipólito, y habia andado con deseo de sacar á su dueño de este engaño. Parecióle buena ocasion la presente, y quando estaban en lo fino de la conversacion, empezó á torcer el rostro, y negar con las acciones quanto el ignorante astrólogo encarecia de la fuerza de las estrellas. Viendo Rezuan que no asentia á aquel parecer, le rogó que les dixese el suyo. Entónces el cuerdo esclavo, componiendo el rostro, y limitando la voz, dixo: siempre he deseado satisfacer á quantos dan crédito á tales cosas, del engaño en que viven; y

pues tú (¡ó señor!) gustas de lo mismo que yo procuro, escucha atentamente, y verás, que cumpliendo con lo que me mandas, te dexo á un mismo tiempo gustoso y advertido.

A los que tratan de esta ciencia llaman en España la gente comun, adivinos, y la mas entendida astrólogos, judiciarios, ó contelias, esto es, juez de nacimientos. Todos los quales, fuera de que ellos, y quien los cree son dignos de castigo, por la mayor parte son ignorantes, y gente que llevada del aplauso del vulgo, desde uno se despeña á infinitos errores, teniendo despues el escarmiento de su mismo engaño. Volvió á mirar á Rezuan, y viendo por las señales del rostro que no le pesaria de que prosiguiese, añadió: y si quieres ver como esto es verdad, escúchame atentamente, que por no verte cansado, yo procuraré ser breve.

Lo primero, faltaria nuestra libertad, pues reducidas mis acciones á lo que disponen las estrellas, no pudiera obrar, ni executar lo contrario: cosa que á mi fé contradice, y á la razon natural, que muestra en todos eleccion para escoger, é indiferencia para conseguir. Puesta esta verdad á una parte, atended os ruego á este discurso. Juzgad las acciones por los nacimientos: ó tienen su firmeza en las

estrellas, ó en algun pacto oculto ó manifiesto con el demonio. Si es esto último, bien ves quan peligroso es comunicar con quien desea engañarnos. Demas de que asentada cosa es, que él no puede saber los futuros con certidumbre, sino por presuncion y corgeturas. ¿Pues cómo quieres tú que se tenga por cierto lo que el mayor enemigo nuestro afirma, si despues de procurar engañarnos, no puede conocerlo? Si eliges el segundo medio, y dices, que por las estrellas se conocen los futuros, porque de las calidades que tienen, se infiere ajustadamente las que tendrán los que nacen debaxo de su influxo, ¿por qué (dime) juzgarás mas de las que influyen al nacimiento, que de las que dominan al tiempo de la animacion del hombre? Y si por estas, ¿cómo sabrás quando fué, si hay en este caso tanta variedad de sentencias? Quiero, pues, darte lo que tú deseas, y confesar que se ha de atender á solo el nacimiento. Dime, (te ruego yo) ¿cómo se puede saber precisamente la estrella en que cada uno nace? Dirásme, que es fácil, sabiendo el dia y la hora en que ve la primera luz, para comenzar á sentir sus mayores miserias; y si es la que yo he referido tu respuesta, convencido quedarás de tu engaño, si atiendes que el cielo adonde

estan las estrellas, que es el octavo, sigue rápidamente al movimiento del primer móvil, y á que segun es asentada doctrina de los astrónomos, en la centésima parte de una hora, se mueve trescientas mil millas. De suerte, que si tú juzgases de uno, como si naciese al principio de una hora, y hubiese sido al fin de ella su nacimiento, juzgarias sus inclinaciones por estrella, que del punto de su nacimiento dista tanto número de leguas, que casi faltan á la memoria términos para explicarlo, y números para contarlas á la aritmética. Mas apretadamente quedará patente la verdad, si advirtiereis que aun sabiendo el instante en que un hombre nace, no es posible conocer su inclinacion, pues no se gasta uno solo en nacer, ántes muchos y muy dilatado tiempo. Siendo esto así, ¿cómo sabrás quál de ellos has de escoger para hacer el juicio? Y como al principio dixe, aunque esto fuera posible, ¿quién me quitará á mí, que sabido el instante, la estrella, la inclinacion y el influxo, no lo venza todo, y obre mi voluntad libremente?

Quedó Rezuan muy alegre de ver confuso al docto alfaqui, y para mayor seguridad, le dixo: pues si estos no lo saben, ¿cómo dicen muchas veces lo mismo que despues sucede? Fácil es la respuesta,

añadió Hipólito, si atiendes á que quando acontece lo que previniéron, es caso; y si alguna vez lo saben por pacto que con el demonio tienen, no es porque él pueda asegurárselo, ni conocerlo, sino porque gustoso de que se le atribuya la gloria que solo se debe á Dios, por grangear con una verdad á mil mentiras crédito, procura que tenga execucion lo que predixo, y hace diligencias para que acontezca, y los ignorantes crean que en lo demas no les engaña.

Acabó aquí Hipólito su discurso, dexando algunas autoridades que pudiera traerles, ó porque para ellos no la tendrian los autores, ó por no gastarles mas el tiempo. Confuso el alfaqui, le dixo: que era grande la fuerza de sus razones, pues sin hallar qué responder á ellas, se habia obligado á confesar que habia gastado inútilmente los ratos que se habia dado á la contemplacion de las estrellas, y que solo valen para pronosticar la mudanza de los temporales, la venida de los ayres, la abundancia de las lluvias, y lo demas que á ellas pertenece. Quedó con esto acreditado Hipólito, su dueño servido, y el alfaqui á un mismo punto corrido y desengañado. Comenzáron á tratarle desde entónces con mayor respeto, porque no sé qué excelencia trae consigo

la ciencia, que aun los bárbaros veneran al que la tiene. Halló tambien particular gracia en los ojos de un hijo de Rezuan, llamado Ali, con cuyo amor iban sus dichas creciendo: mas duráronle poco, para que comenzase desde luego lo rigoroso de su fortuna, y lo prodigioso de sus accidentes.

El caso fué, que aunque pareció que el alfaqui habia llevado bien su desengaño, mas fué por hallarse falto de respuesta, que por sentirse gustoso de verse convencido, y su opinion perdida. Persuadido de este aborrecimiento, comenzó á poner los ojos en las acciones de Hipólito para calumniarlas, y destruirle. Como el piadoso cautivo tenia tanta familiaridad con Ali, pudo, entre las demas cosas de que trataban, proponerle algunas de nuestra sagrada religion, con ánimo de que se inclinase á ellas, y de grangearle á Dios un alma, por quien se dió á sí mismo en precio. Era Ali mozo de lindas gracias, de blando natural, cortés, bien quisto, de hermosa disposicion, y sobre veinte y un años de edad, de grandes fuerzas. A todas estas prendas juntaba una singular aficion á libros, para cuyo efecto tenia de ordinario dos moros que le trasladasen varias cosas, porque allí su ignorancia les hace carecer del curioso ingenio, é impor-

tante arte de la imprenta, á quien se debe, como á instrumento, la memoria de las cosas pasadas, y el haber en todas facultades tan eminentes maestros; lo qual si nos faltára, totalmente faltára con la comodidad, el descanso, y la abundancia que se tiene. No se apartaba Ali un punto de la compañia de su esclavo y amigo; y ya fuese porque llegó á noticia del alfaqui (que tiene muy largos los oidos la envidia) ó ya porque presumiese su deseo, dixo á Rezuan un dia lo que habia entendido, y el peligro que su hijo tenia en la comunicacion de su esclavo. Quiso certificarse el cuerdo moro, y como la verdad no desdecia de lo que el alfaqui le afirmaba, airado, colérico y pesaroso de haberle consentido tal amistad á su hijo, comenzó á convertir en odio el amor que hasta allí habia mostrado al noble cautivo.

Tenia Rezuan una casa de placer, rica, vistosa y fuerte, fuera de la ciudad, y y en ella á Lidora su hija, por las supersticiones y parecer de aquel vil astrólogo. Guardábala con vigilante cuidado una tia suya, hermana de su madre, áspera de condicion, observante en su ley, y anciana en edad. La disposicion que esta casa tenia será fuerza conocer para mayor claridad de los futuros accidentes de Hipólito, y el crédito de tan extraños sucesos.

En su fábrica y asiento era maravillosa, porque demas de tener grande capacidad, hermosas salas, y otras piezas necesarias, ó á la comodidad de su dueño, ó á la abundancia de la familia, estaba fundada sobre el áspero brazo de una peña: por la parte principal deleytaba el arte á la vista con diferencia de labores; por la que miraba á occidente, tenia una cerca, cuyas paredes, por estar mas hondo el espacio de un pequeño bosque, se igualaban con un repecho que hacia el camino, por donde iba á la ciudad. Esta cerca tenia una puerta, de la qual guardaba Rezuan la llave, porque Ali no matase la caza que en ella se criaba. Algunas ventanas de la espaciosa habitacion salian á este inculto distrito, para ver los animales que en él se alimentaban. Al otro lado opuesto habia una puerta pequeña, por donde se entraba á cierta mazmorra, ó calabozo, en que dormian los cautivos quando habitaba Rezuan en aquella espaciosa morada, que eran tres meses de los mas rigorosos del verano.

A este sitio hizo llevar á Hipólito, metiéronle en un espacio corto, que al principio habia, con una pequeña ventana, donde pensó limitar su desconsuelo; mas viendo que abrian una puerta que habia en él, advirtió, que no era tan piadosa su fortuna, principalmente quando le hicié-

ron que entrase, y cerrando por defuera, se vió acompañar de sola la obscuridad de aquella mazmorra, y sus desdichas. Púsose á considerar su estado, y dando vuelta con la memoria á los prodigios de su vida, unas veces se alegraba, y otras se entristecia, vistiendo el ánimo de los afectos que la imaginacion le dictaba. Si llegaba á considerarse en el tiempo que fué correspondido de Aminta, se olvidaba de los males presentes; y advirtiendo que la habia perdido, doblaba con las penas que habia tenido por su causa, las que entónces padecia. Ali llevaba pesadamente su ausencia, con que crecia en su padre el dolor de imaginarle perdido, y el aborrecimiento, al que le habia causado (á su parecer) tanto daño. Daban al infeliz Hipólito la comida que precisamente era necesaria para vivir, y muchas veces se la quitaban todo un dia, para si la obscuridad, la soledad, la hambre, la dureza de la tierra, el desconsuelo, los malos tratamientos, y la miseria le acababan la vida. Dos meses estuvo de esta suerte, donde la ociosidad traia á su pensamiento variamente afligido, si bien consolado en que todos aquellos pesares que recibia eran por causa piadosa; de los quales, aunque dudaba el remedio, esperaba premio copiosísimo. Al cabo de esta

distancia, que sin ver la luz del sol, con tal crueldad le hacian pasar la vida (por la misma parte que otras veces) le diéron para sustentarse un panecillo. La novedad provocó á su admiracion, y la hambre hizo que le partiese luego, y hallase por el tacto un papel que venia dentro. No supo lo que contenia, por no tener luz con que leerle, si bien la novedad le ponia agudas espuelas al deseo. Advirtió, que supuesto que le enviaban aquel papel, para que le leyese, y que sin luz no era posible, sin duda habia alguna parte por donde entrase el dia, la qual á él por su ignorancia habia estado hasta entónces oculta. Llevado de este discurso, comenzó á tentar las paredes, y al cabo de largo rato llegó á una pequeña puerta: hizo fuerza para abrirla, y advirtió, que daba paso á otro mas profundo aposento, al qual entraba alguna luz, si bien escasa, por una pequeña y áspera rexa que tenia. Llegóse cerca, y abierto el papel, en lengua arábiga tenia unas razones, que reducidas á nuestro idioma, decian:

Mi padre está deseoso de quitarte la vida por el beneficio que me hacias, enseñándome el verdadero camino de mi salud; y hoy últimamente, viendo que la desdicha en que estás no te acaba, ha determinado hacer con violencia lo que ella

no ha podido. Ten por cierto, que me acuerdo por instantes de que eres mi maestro, y que de mi parte hago diligencias para excusarte la muerte; tú de la tuya procura, ya que no es posible, paciencia para sufrir tantos males, que este es el remedio que usan los prudentes, quando carecen de mejor esperanza.

No sé yo como podrá la lengua con todos los colores que la retórica enseña, pintar, ni la imaginacion advertir el desconsuelo que recibió el noble Hipólito con este aviso; los sobresaltos que le costó, y los temores que tuvo. Quantas veces oia su movimiento mismo, juzgaba que era el de algun fiero verdugo que venia á privarle de él, y de la amada vida: la hambre que padecia era extraña, y con todo eso se holgaba de que le dexasen y no le traxesen la comida, por el sobresalto con que le atormentaban las dudas, de pensar quando abrian la primera puerta, que llegaban para sacarle al suplicio.

Quatro dias padeció de esta suerte, y al cabo de ellos, con la misma traza, tuvo otro papel, que le decia: viendo la indignacion de mi padre, y que era mayor quanto mas te procuraba defender, y pedia tu libertad, he tratado cautelosamente de ponerme de su parte, con que se ha moderado en sus pasiones. Así que, ya

podrán cesar tus temores, y comenzar de nuevo las esperanzas de felice fin en tan grave riesgo como tienes por mi causa; mas yo espero sacarte de él, sino me falta la vida, para que tengas justo ptemio á tan injusto trabajo.

Resucitó al desalentado espíritu del noble esclavo este mensagero de su dicha, y quedó qual suele el mísero marinero, que despues de fluctuar entre las olas, donde es una amenaza de la muerte cada una, llega á pisar con seguridad la tierra que esperaba. Escribió Ali este papel delante de su hermana Lidora, porque á él no se le negaba licencia de verla; mas ella, que atendió á que la persona á quien su hermano le habia de enviar, estaba dentro de aquella misma casa (como muger, en quien la curiosidad es tan antigua) concibió un deseo de saber quien fuese. Ya dexamos prevenido que á nadie era permitido hablarla, sino es á su tia, ó á su hermano. Viendo, pues, que solamente de su boca lo sabria, le rogó la hermosa mora con grande encarecimiento, que le manifestase la causa que le obligaba á escribir con tanto secreto, y juntamente quién era la persona á quien escribia. Ali entónces, ó por condescender á los ruegos de su hermana, ó por tener con su ayuda mas comodidad para avi-

zarle de lo que pasaba, la manifestó las desdichas de Hipólito, y las obligaciones que le reconocia por maestro y por amigo. Despertó esta piedad de Ali otra no ménos piadosa compasion en Lidora. ¡O misericordiosísimo Dios! ¡cómo dispones, cómo trazas el bien de los hombres, y cómo atiendes cuidadosamente á sus aumentos, y cómo á nadie faltas en el mas fuerte peligro! En este estado estaban las cosas: Ali cuidaba de su remedio: Lidora se disponia entre sí misma á darle su favor, é Hipólito pasaba una vida penosa, miserable y triste. Hacíansele eternidades las noches, aunque partian las horas el sueño, y el discurso. Solia ponerse de dia á ver un pequeño espacio de la cerca, que por aquella corta ventana se alcanzaba, y tal vez (no obstante que le alegraba la luz) deseaba que se ausentase el sol, pareciéndole, que así tendria un dia ménos de tan cansado género de vida.

Estando á la misma ventana, á las primeras sombras de una noche, excesivamente obscura, oyó un ruido, no muy léjos, y al cabo de él unos dolorosos suspiros, y que entre ellos, de una delicada voz salian estas quejas: ¡O si ya estuvieses, estrella adversa mia, contenta de mis males, habiéndome traido á tantas fatigas! ¡O si el haberme puesto en tan mísero

estado fuese para dexar de perseguirme! Mas quien la tiene tan contraria, ¿para qué procura llegar al descanso, sino es con la muerte, que es el término de las desdichas? Tenga, pues, fin lastimoso, en medio de mi mas lucida juventud, la vida, si con eso han de tener límite mis tormentos, que ménos mal será el acabarse de una vez conmigo, que padecerlos de nuevo cada instante. Bien advertia Hipólito que las quejas serian de algun cautivo; mas como no sabia la disposicion de la casa, y que aquel espacio estaba cercado con una cerca de piedra muy fuerte, ménos la parte que (como diximos) igualaba con lo alto del camino, le pareció que la afliccion de aquel miserable, le habia hecho salir á quejarse á la soledad de aquel campo, manifestándola sus males, que es lo que de ordinario hace quien carece de remedio. Deseoso, pues, no sé si de consolar sus daños con la noticia de los agenos, ó si de consolar los agenos con la noticia de sus propios daños, comenzó á llamarle con altas voces, diciendo: amigo, qualquiera que ahora hacias testigo á estas soledades del sentimiento de tu pecho, llega a esta pequeña rexa, para que con la noticia de mayor desdicha, des gracias al piadoso cielo, que ha andado tan liberal contigo, que no te ha querido dar toda la que pu-

do. Al sonido de la voz se fué llegando el cautivo á la rexa donde Hipólito estaba; y despues de haberle saludado cortesmente, le dixo: sino me engaño, tú eres á quien Rezuan mi señor guarda con tanto cuidado, y á quien yo traigo cada dia de comer tan limitadamente. ¿Con quánto encarecimiento es posible te ruego que me digas qué delito has cometido, ó qué causa puede haber sido bastante á prision tan rigorosa? Holgóse Hipólito de saber quien era quien cuidaba de llevarle el alimento, para que compadecido de su miseria, se le aumentase adelante. Quiso moverle mas, y para esto le dió cuenta de lo que pasaba, del amor que Ali le tenia, y de que el procurar que fuese christiano, le habia traido á tan estrecho encerramiento.

Aunque en esta relacion cuidaba de la propiedad de la lengua, con todo eso, la natural le hacia que muchas veces dixese en nuestro idioma lo que queria significar, y no podia, por el poco uso que tenia del ageno. Quando el cautivo advirtió por esta causa que era español el preso, hablándole en su natural lengua, le preguntó su patria y tierra. Díxole Hipólito que habia nacido en la corte de España, y ántes de referir su nombre, sintió que el cautivo habia hecho mudanza en rostro y cuerpo. Reparó mas en lo que

hacia, y vió que derramaba algunas lágrimas, recogiendo parte de ellas, á falta de lienzo, en el cabo de una tunicela con que andan sus hombros adornados y cubiertos. Dexó el llanto, por preguntarle cómo se llamaba, y Hipólito le respondia tan á medida del deseo, que le hizo convertir las piadosas lágrimas en dichosa alegria. ¡O inconstante naturaleza la nuestra, pues casi á un mismo tiempo lloras y ries, padeces y descansas, te atormentas y te alegras! Despues de la breve suspension, que bastó á manifestar sus afectos, arrancando un suspiro del pecho, le dixo: ¡ay Hipólito, quántos pesares, y quántas penas me debeis! mas ignorante soy, pues llamo penas á las que han sido medios de mi dicha, y causa de los bienes que con veros poseo. Admirado el noble preso de estas razones, esperaba la resolucion de sus dudas; mas á este tiempo oyó que desde una ventana del quarto de Lidora llamaban á la persona que habia llegado á dar principio á la novedad pasada, y le decian: amigo, espera, no te ausentes hasta que yo te avise.

Si las razones que habia oido tenian admirado á Hipólito, no lo quedó ménos el esclavo, viendo que á tales horas le hablaban desde el lugar que se guardaba con tanto recato, y aun tuvo pesar de que

le hubiesen visto de aquella suerte; mas como si le habia hecho llegar la piedad, ya le detenia el amor, por responder á Hipólito, que por instantes le preguntaba quién era; obedeció á quien le habia rogado que esperase, y con cautela le preguntó, si se acordaba de un amor que habia tenido en Salamanca, y habia nacido entre el peligro de un arroyo, y la vecindad de una aldea. No tenia el lastimado preso en la memoria cosa que tan dichosamente divirtiese su pensamiento; y así con facilidad conoció que era Aminta el que con tal disfraz hasta entónces habia desconocido. Dexóse llevar de los encarecimientos por esta causa, de manera, que satisfecha de que se podria declarar, prosiguió gustosa lo que habia comenzado, obligada de la fuerza de su afecto. El uno y otro ignoraban el modo de celebrar esta fortuna, y llenos de alegria, quitó su oficio el corazon á la lengua. Nadie en el aprieto mas fuerte pierda de todo punto la esperanza de consuelo; pues en la ocasion presente, quando le parecia imposible á Hipólito de que hubiese cosa que le diese contento, halló el mayor que le pudieran dar humanos bienes. Al fin de esta conforme suspension de entrambos, rompiendo Aminta el silencio, le dixo: ya que he visto claramente vuestro

amor, razon será daros cuenta del mio, y de mi correspondencia, para que en ella, y los demas accidentes que me han traido á este lugar, conozcais, que hicisteis buen empleo de vuestra voluntad, quando trató de corresponder á la mia, y veais que es una misma nuestra suerte. Quiso comenzar sus sucesos, mas volviéron á abrir la ventana, y echando por ella un blanco lienzo, la dixéron que se le diese á Hipólito, y se fuese, pues sabia el peligro en que estaba, y la pena que tenia quien llegaba á aquel lugar, demas de que Ali queria ya partirse. Quando el alegre preso oyó que allí podia tener grave peligro, la rogó que se ausentase, y que buscase ocasion en que pudiesen comunicarse mas de espacio. Ella le prometió hacer lo uno y lo otro, esto por el interés que grangeaba, y aquello porque aunque no tuviera riesgo, era forzoso acudir al servicio de Ali con puntualidad. De aquí coligió Hipólito, que era aquel noble moro su dueño, y dándola uno de los papeles que él le habia enviado, la rogó que se le diese, y juntamente le afirmase que en qualquier negocio se podria fiar de su secreto. Esto hizo el cuerdo caballero, así porque tuviese mas ocasion de hablarle, dando lugar Ali, como porque tratase mas apaciblemente á Aminta, á quien

ellos conocian por Otavio. No se engañó en esta traza, como verá despues quien atendiere ahora á que en habiéndole dado el lienzo, y despedídose, salió la piadosa dama, aunque no con poco trabajo, por la parte que le pareció en la cerca, mas fácil á sus débiles fuerzas, y mas apropósito de su penoso cansancio.

Quedó Hipólito á este tiempo lleno de temor por el peligro en que se hallaba; de amor por la correspondencia de Aminta; de alegria por haberla visto; de deseo por saber quien la habia traido á tan extraña parte; de esperanza por el cuidado que Ali tenia; y de curiosidad por saber lo que aquel lienzo llevaba. Cerró la pequeña ventana que habia sido instrumento de su pasada felicidad; porque si Rezuan visitase aquella casa por defuera, no la viese abierta, y le quitase aqnel breve consuelo. Entróse en el otro aposento, que como diximos, era el primero en que estuvo. Sentóse sobre su pobre cama, que era de un poco de seca yerba, y empezó á desenvolver el lienzo: halló en él una pequeña caxa, un blanco panecillo, y dos trozos de madera, no muy grueso. En todo iba reparando atentamente, sin saber el fin para que le habian enviado cosas tan diferentes. No sabia quien se compadecia de él, y así tam-

poco sabia á qué parte acudir con su discurso, para poner en efecto la intencion de quien habia avisado á Aminta tan piadosamente que se guardase, si bien colegia de este aviso que lo que le habia echado, se ordenaba á su provecho. Vínose al pensamiento la industria de Filomena, quando con la verdad y dibuxo de sus mudos matices, publicó lo que se le negaba á la lengua, y parecióle, que si era Lidora, supuesta la guarda y el recato que tenia, no habria podido escribirle, y por esto le enviaba con enigmáticas labores dibuxado en el lienzo algun remedio de su desdicha. Mas como la obscuridad era tan grande, se hallaba imposibilitado de ver si eran sus presunciones ciertas. Abrió la caxa para saber lo que venia dentro, y lo primero con que encontró, fué con el pedazo de una vela. Llegó mas abaxo, y averiguó con el tacto que habia algunos fragmentos de yerba blanda y seca: hizóse capaz de todo lo que habia, y sin demasiada dificultad advirtió, que eran de laurel los dos pequeños trozos de madera, y que lo demas era para que encendida luz viese lo que se contenia en el lienzo. Púsolo en execucion, juntó el dividido laurel, y llegando en debida proporcion la yerba, comenzó á frotarle de suerte, que con brevedad la halló encen-

dida. Faltábale aquella sustancia con que nosotros hacemos levantar la llama á las centellas que el pedernal arroja entre la yesca; y miéntras miró dentro de la caxa si venia esta prevencion, sin la qual eran inútiles los demas instrumentos, comenzó á arder entre sí la misma yerba; porque como despues reparó, venia por sus mismos remates prevenida de este medio; encendió la vela, con que quedó él alegre y todo aquel espacio manifiesto. Llevóle luego la curiosidad á ver el lienzo, dióle algunas vueltas, y halló que se habia engañado en la pasada imaginacion. No se desconsoló por esto, ántes le pareció que no habian querido mas de darle luz, y aquel pan, con que se alentase, sirviéndole de sustento. Al tiempo de partirle, le halló con el alma que otras veces; esto es, con un papel. Abrióle, y desconociendo la letra de Ali, quedó de nuevo confuso. Pasó de esta confusion á leerle, y vió que decia de esta forma.

En las ocasiones que hemos tratado de vos, me ha dicho mi hermano Ali tantos bienes de vuestra persona, que estoy deseosa de veros, y de comunicar con vos, qué camino es este seguro, en que comenzastes á ponerle, y que él procura conseguir con tantas veras. Si por ser vos cristiano, es ese el que le enseñabais, y el

que oculta temeroso, decidle, si alguna vez le veis, que no se guarde de mí; porque desde que llegué á tener alguna luz en la razon, vivo con el mismo intento, que yo no me atrevo á manifestársele, temerosa de que no sea engaño para saber mi inclinacion, y para que quede mas imposibilitado mi deseo.

Aquí acabó de leer Hipólito, y se puso á discurrir en la providente misericordia de Dios, y á pensar, quán inescrutables son sus secretos, pues hijos de padres bárbaros, criados con tanto regalo, con esperanza de tantas riquezas, con dominio de tantas posesiones, y estimacion de tantas personas, posponian todo esto al ser cristianos, con tan manifiesto peligro de perderlo todo; y juntamente lo que mas se suele estimar, que es la vida. Daba á la Divina Magestad muchas gracias, por haberle querido hacer á él instrumento de la reducion de dos almas; y con este pensamiento quedaba tan glorioso, que tenia por descanso las prisiones, por seguro y hermoso palacio aquel calabozo, y por regalada y blanca cama aquella seca yerba. Para darle de comer, sin que se abriese la segunda puerta, de dos que como dixe, hacian aquel tenebroso lugar mas fuerte, tenian esta traza. Abrian un postigo de la primera, y entraban al corto es-

pacio, que ántes de la otra prevenimos, que habia junto á ella: habia en la pared un hueco quadrado, que se llenaba con una fuerte y ancha caxa de madera; por defuera tenia su llave, y por de dentro un hierro largo, cuyo cabo se dividia en dos partes, haciendo unos anillos en forma de tixera: este instrumento era para dar la comida á los esclavos, quando Rezuan se retiraba á aquella espaciosa habitacion, el qual por ser muchos los que de ordinario tenia, era muy capaz. El hierro servia de que, aunque le tirasen por defuera, quando echaban el alimento, no pudiese salir de todo punto, dexando el hueco donde estaba sin defensa. Los anillos eran, para que ellos tirasen por de dentro, y tomasen lo que se les daba, y para que volviendo á igualarle con la pared de afuera, pudiese cerrar el que cuidaba de su guarda, dexándolos como primero seguros.

No sin causa, como despues veremos, se ha hecho memoria de tan menudas circunstancias, como tenia este artificio, á quien muchas veces en España ha dado ocasion el recato, y allí habia imaginado el temor, que siempre fué gran arbitrista. En este, pues, daban á Hipólito la comida con tantas prevenciones de cuidado, que venia un moro en compañía de Amin-

ta, para abrir la principal puerta, y en entrando cerraba por defuera. Ella se llegaba al referido instrumento, abria con la llave que llevaba, y dando en él golpes para llamarle, venia el noble preso, cogia el sustento que le daban, y volviendo á cerrar Aminta, se salia, para que el moro hiciese otro tanto con la puerta que tenia á su cargo.

Prevenido esto, será bien que prosigamos adelante, uniendo los pasados accidentes de este discurso. Dió Aminta á Ali el papel que Hipólito la habia dado, y díxole que era de su tierra, y su mayor amigo; cosa con que grangeó en él tanta benevolencia que desde aquel dia y punto, mandó que se le excusasen todas las cosas en que el demasiado trabajo pudiera hacer insufrible el cautiverio. Quando desde la pasada noche iba á llevarle la comida, miéntras se descuidaba la molesta guarda, le decia lo que Ali habia mandado que le dixese, y comunicaban algo de su amor. El la decia, que tuviese en tantos trabajos paciencia, y ella estaba tan alegre que decia, que no trocára la libertad mas amada, por aquella dichosa esclavitud. Solia abrir enmedio de esta correspondencia el cuidadoso portero, y dividiendo su amor, se quedaban á medio proferir las cuerdas razones. Trocábanlas

cautelosamente en otras diferentes, y grangeaban con estos sobresaltos, si no mas gusto, mas copioso deseo de buscar modo de continuarlas.

Era tan grande el peligro que Aminta tenia hablando á Hipólito, por donde la primera vez se viéron, que con desearlo la rogaba que lo excusase, y era tan grande el amor que ella le tenia, que sin atender á sus temores, se aventuraba algunas veces, baxando la cerca por un lugar tan escabroso, que el ruido que oyó el piadoso cautivo, quando la llamó sin conocerla aquella noche de su dicha, fué por haber dado una terrible caida, ó ya obligada de la oscuridad, ó ya de la ignorancia del camino. Llegaba tal vez maltratada de aquel riesgo, y con todo eso no dexaba de acudir á verle, fineza, que á él dexaba mas satisfecho de su amor; principalmente despues que le confirmó con la sangre de una herida, que al baxar se hizo en la cabeza. Rogábala Hipólito, que ya que perdia la sangre, grangease escarmientos para no volver, y respondíale: yo lo hiciera con gusto, si sintiera que se ausentaba el amor, quando se vertia la sangre.

Hagamos aquí un descanso á este discurso, servirá de cobrar aliento para pasar adelante, y advertir lo que puede un

grande afecto, aunque el pecho donde está sea flaco, débil y cobarde. Juzguemos lo que podia en el de Aminta; y pensemos la variedad de confusiones en que Hipólito se hallaba. Ya rezelaba que no cogiesen á su querida prenda en aquel lance: ya dudaba si se sabria que le escribia Lidora, pues casi todas las veces que Aminta le comunicaba, tenia papeles suyos: ya cuidaba si se conoceria el intento de Ali: ya temia si llegaria á execucion el rigor de su padre; é imagine qualquiera, cómo se hallaria su corazon á tiempo que sin ver la salida estaba entre tales cuidados, tan pesados temores, tantos desvelos, é importunas dudas.

Una de las noches que Aminta le habló por aquella rexa, llegó diciendo: que no era ya tan grande como hasta allí su peligro, porque á Rezuan le habia dado una enfermedad, de que estaba rigurosamente apretado, cosa que á ella le hacia estar segura de que por entónces no la veria. Oyendo Hipólito estas nuevas, y viendo que se ofrecia la ocasion que tanto deseaba, la rogó que no ocultase el modo por donde habia venido á aquella tierra, disponiéndolo así para el bien de entrambos su fortuna. Ella por darle gusto, y satisfacer á su ruego discreta y brevemente, le dixo:

Despues que para desconsuelo y pena mia, os apartó aquella desgracia de mis ojos, y yo hube visto la mayor de mi vida, pues aunque me he hallado algunas á peligro de perderla, nunca con tan manifiesto riesgo del honor, en cuya comparacion, si no es la del alma, son todas inferiores pérdidas. Aquí contó todo el suceso que dexamos referido en el discurso pasado, hasta dexar por muerto á Don Enrique, y luego prosiguió, diciendo: en habito de varon, bien digno en quien habia tenido tan alentado esfuerzo, me partí de aquella insigne villa. Estuve, por si acaso me buscaban, retirada en una aldea algunos dias, donde daba todo el sentimiento al llanto de vuestra muerte, la qual tuve por tan cierta, que no me dexó lugar la duda para que tuviese consuelo con la esperanza de que seria lo contrario posible. Veíame sola, sin alivio en mis pesares, sin aliento en mis temores, y sin fuerza para estar en España, donde habia perdido con vuestro valor el amparo, con vuestra cortesía la seguridad, con vuestro amor mi alegria, y con vuestra persona el gusto, el amparo, la seguridad y el consuelo. Por esto tomé resolucion de volver á mi patria, echarme á los pies de mi querido padre, ablandarle con lágrimas el pecho, y reducirle á que se

mostrase piadoso, y acogiéndome en su compañía, perdonase mis pasados delitos. Puse en execucion aqueste pensamiento, y partíme de aquella aldea, en que por tan conocido aprieto me habia recogido. Embarquéme en Barcelona, y sin que tuviésemos dos dias sin peligro, ya del alterado mar, y ya de furiosos enemigos, nos hallamos una tarde presos de dos galeras de turcos. Traxéronnos á esta costa, y por pequeño precio nos vendiéron á diferentes dueños: el primero que yo tuve, queria un mozo de fuerza, y como por mi débil naturaleza fuesen cortas las mias, me sacó á la plaza, para que un pregonero publicase el contrato de mi venta, ayudando á mis pasadas desdichas con nuevos instrumentos de afrentas, injurias y golpes, como si de la dilacion de su deseo, ó necesidad, tuviera culpa mi inocencia.

Llegó acaso Rezuan á este tiempo, para que no fuese en todo adversa mi suerte; y como por haberos puesto en prision, necesitaba su casa de un esclavo, que acudiese á vuestro mismo exercicio; pareciéndole mi persona á propósito, porque aun oculta con la diferencia del trage, no sé qué aplauso grangea la hermosura, dió por mí todo el precio que le pedian, que pocas veces se desconcier-

ta el interés, adonde interviene el agrado, y se ha pagado el gusto. Acudia con puntualidad á su servicio, y descuidábame de daros la comida, con que tanto ocasionaba vuestro sentimiento. No fué culpable en mí este descuido; si se atiende al pesar que tengo de no haberos conocido ántes, para moderar con vuestra vista el daño de mi cautiverio, y para limitar con la mia la soledad, y dura prision con que se ha hecho mas pesado el vuestro. Finalmente; viniendo con Ali una noche, me previno de que le esperase, sin llegar á esta espaciosa habitacion. Yo le obedecí, é inadvertida (que siempre vienen las dichas á quien las espera ménos) poniendo mal los pies por la obscuridad que hacia, me hallé con increible sobresalto en lo profundo de esta cerca, cuya caida causó el estruendo, que obligó á vuestra piedad para que me llamásedes. Llegué, aunque sabia la pena que estaba puesta á quien os comunicase (que no es ménos que de perder la vida) quien duda que incitada de mas que humano impulso, pues sin atender á lo que hacia tan fácilmente, me aventuré á lo que tan poco, á mi parecer, me importaba. Hallé con vuestra presencia mi alegria, y en mi relacion mis bienes. ¿Quién imaginára tal suceso? ¿y quién no mira la mudanza de

las cosas? Pues quando os lloraba muerto en España, os veo en esta tierra, si bien en tan graves penas, vivo. Esperemos, pues que el cielo quiso traerme á vuestros ojos, que nos ha de dar tiempo, en que gozando vos la libertad dichosa, yo tenga feliz vida y dilatado consuelo con vuestra siempre amable compañía.

Acabó Aminta á tiempo que sin que pudiese Hipólito responderla con el correspondiente regocijo que sentia su pecho, causado del interior gusto con que se veia estimar, y que la piadosa dama por su causa padecia; vió que por la puerta de la cerca (de quien solo Rezuan tenia la llave) entraba una persona y se le acercaba á toda priesa. Temerosa de que sin duda era su dueño, le vino al pensamiento que la enfermedad era fingida, para satisfacerse de la fidelidad con que sus criados le servian. No se engañó la disfrazada dama de todo punto, pues aunque la indisposicion era verdadera, viendo Rezuan que Ali acudia á ver á su hermana mas amenudo que solia, quedándose con este título algunas noches fuera de la ciudad; concibió en su imaginacion, que la causa era Hipólito, y que por acudir á hablarle decia que se quedaba en compañía de Lidora. Llevado de este pensamiento, no obstante la enfermedad, quiso

averiguar por sí mismo, y ver con sus propios ojos, si era cierto el temor que le oprimia. Llegó al lugar por donde Aminta baxaba, reparó en su negro vulto, y persuadido á que era Ali su hijo, acudió á la puerta lleno de cólera y enojo, metiendo mano al acero, para quitarle sus bien nacidos deseos, darle la muerte, y acreditar con su vertida sangre el zelo que por su falsa ley tenia. Estaba Hipólito á este tiempo, como no podrá pintar la imaginacion mas viva, viendo á toda la causa de su consuelo en tan apretado peligro: tembláronle de temor los miembros, helósele la voz, quitósele la vista, la humedad de la boca se le atravesó en la garganta, y solo le quedó el oido, que por instantes esperaba en Aminta el mas triste suceso, y el último suspiro. Mas la discreta dama, alentada con la imaginacion de que quanto son mayores los riesgos que un amante padece, es mayor la deuda con que el consorte se obliga, se puso animosa delante de su alentado dueño, y le dixo: señor, si por hablar á este esclavo, de quien (segun por su relacion he sabido) tengo no poca sangre, quieres derramar con tal violencia la mia, negarás el amor con que siempre me has tratado, é injustamente castigarás con pena tan grave, tan fácil, tan leve y tan

• • •

pequeña culpa. Reportado Rezuan con el desengaño de que no era el mal tan fuerte como habia presumido, detuvo el movimiento del brazo al tiempo de executar el golpe. Púsose á considerarla á sus pies, y que humilde esperaba, ó la misericordia, ó el castigo. Parecióle que no era accion honrosa matar á un esclavo que no se defendia, un hombre, que en la tierra era entónces estimado, y en la mar habia sido siempre temido, y por esta causa la dixo: levántate, que en tan vil sangre no se ha de manchar mi noble acero; mas no habrá amanecido mañana, quando á uno y otro os haya quitado un verdugo las vidas: á tí, porque te atreviste á dexar de ser obediente, y á ese traydor, á quien veniste á ver, porque es causa de tanto desasosiego mio. Hizo le siguiese, diciéndole mil injurias, y quedó Hipólito temeroso de la execucion de tan cruel sentencia. ¡O quántos sobresaltos le atormentan! ¡ó quántos tormentos le afligen! ¡ó quántas aflicciones le inquietaban! ¡y quantas inquietudes le oprimian! Quando el dolor daba lugar al discurso, y no se le negaba á la lengua, lastimosa y tistemente decia: ¡ó esperanza siempre penosa, y siempre infeliz! Si del bien porque se tarda, y del mal porque llega tan presuroso. No sé como

algunas veces consuelas, si tú en todas ocasiones no sirves mas que de afirmar que falta lo que se desea. A breve rato que estuvo de esta suerte, sintió que abrian la puerta de la prision en que estaba, y que arrojaban con violencia á una persona dentro de ella. Tornáron á cerrar, para que los dos quedasen solos, y nuestro caballero conociese en la voz á su estimada prenda. Sacó luz de las entrañas del laurél, y viendo su rostro alegre, se halló absorto su discurso, y su semblante dudoso, viendo cosa tan agena de lo que le hacia á él tener tan justo sentimiento. Preguntóla: qué novedad podia obligarla á tal consuelo, y aun la rogó que le diese parte en él, si acaso habia ocasion de tenerle. Ella se puso atenta á mirarle, y le respondió: ántes estoy quejosa, ó Hipólito, de que no le tengais, porque supuesto que yo le he adquirido solo con verme en vuestra presencia, el estar sin él me dice, que no me teneis amor. Y claro es el fundamento que me mueve á sentir esta verdad, aunque sea en mi perjuicio, si considero que fueran en vuestro pecho los afectos semejantes, si vuestro amor igualára al que yo os tengo. Antes, le respondió Hipólito, en temer mis penas, no manifiesto que me sean insensibles estas alegrías; porque si yo tengo pesares,

son por el temor de perderos; daño para mí tan grande, que con desear tanto vuestra vista, aun no puedo limitar el dolor de esta pérdida. Animosamente le replicó Aminta: mal haceis ¡ó querido Hipólito!) en temer con tanta fuerza: no os desalenteis tanto, ni para la posesion de un bien os acordeis del futuro mal, porque aun en las mayores dichas, no será posible tener, sino es tristeza. Bien se yo que mañana, quando el sol (¡ay de mí!) haya corrido la mitad de su curso, han de estar estos miembros helados, esta lengua sin movimientos, estas manos sin fuerza, estos brazos sin acciones, estos labios cárdenos, este rostro descolorido, y este cuerpo insensible y falto del alma que alienta; (á este tiempo se le caia á pedazos el corazon por los ojos, deshecho en cristalinas lágrimas) ¿mas para qué tengo de sentir desde ahora esta desdicha? Basta que despues no pueda ver lo que deseo, sin que este corto espacio que llego á gozar de su vista, le ocupe tambien en llantos, de manera que mañana pierda por su causa la vida, y hoy por mi culpa la alegría y el contento que mi pecho adquiere en su presencia.

De hombre, que en tau tierna, tan precisa, y tan lastimosa ocasion no llorara, hiciera yo juicio que, ó no tenia amor,

ó que á natural desabrido, juntaba una condicion bárbara y necia. No fué así en Hipólito, pues llegándose mas cerca, y juzgándola perdida, procuraba anegarse en sus lágrimas, para que se anticipasen á hacer ellas lo que á otro dia habia de hacer en entrambos el cordel, ó el cuchillo. Eran los suspiros que daban tristes ecos, pues Aminta imitaba el acento de los que oia, y él seguia por instantes el dolor de los agenos. Unian tal vez los brazos aquellos nobles pechos, á quien envidiosa habia de dividir tan brevemente la fortuna, siendo para sus almas tan cruel verdugo la imaginacion, que no les dexaba tener el consuelo que pudieran adquirir con la vista. Apartábanse otro rato para disponer sus conciencias, y prevenirse al suplicio, y ofrecer á Dios aquella muerte; porque es cuerda traza de prudentes discursos, hacer voluntario lo que ha de ser forzoso, y dar libres lo mismo que hemos de dexar violentos.

No encarezco la tristeza, el pesar y el dolor que los míseros amantes tenian á este punto, porque adonde sobran los afectos, y es tan conocido el daño, es excusada la eloqüencia, é inútiles los encarecimientos. Quédese, pues, al silencio, que sin lengua él solo ha sabido explicar cosas grandes, y pasemos á decir, que bre-

vemente oyéron que abrian la principal y primera puerta. Creyéron que no habia querido Rezuan esperar á la mañana (como habia dicho) para que se executasen sus rigores; y advertidos de esta presuncion, tornáron á despedirse, y á dar entre los últimos abrazos, principio á mas fuerte sentimiento. Quedóse, ó ya por la fuerza de él, ó ya por la flaqueza de su ánimo, desmayada Aminta: ¿quién duda que para no ver llegar á la muerte, cuyo pálido aspecto á un mismo tiempo temia y esperaba? Mas como á Dios no hay pensamiento que se oculte, ni pesar que se esconda, ni afliccion que no esté patente y manifiesta, viendo en ellos por una parte la intencion piadosa, y que el deseo de Hipólito no le ofendia, por ser siempre tan honesto, y que la principal causa de aquellos temores le habia venido por procurar servirle con la enseñanza de Ali, y traerle á la católica religion, quiso en ocasion de tan fuerte aprieto socorrerlos, y atender mas á su infinita bondad, que á la miseria de sus defectos, pues en lugar del temido enemigo de sus vidas, oyó el triste preso que llegaba el mas fuerte medio de su salud, el qual en voces baxas decia: Hipólito, amigo, acércate un poco, y escucha; Ali soy, que acompañado de Celin, que es quien ha

tenido el cuidado de guardar esta primera puerta, vengo á procurar que sea vano el intento de mi padre, aunque ha jurado de quitarte á la primera luz del sol la vida, juntamente con Octavio, á quien para este efecto él mismo dexó en la prision contigo. Ya está vencido el uno de los dos estorbos que se opone á tu libertad, pues tenemos de nuestra parte á persuasion y ruegos mios á Celin: á estotra puerta la vencerá ó la fuerza ó la industria. Ten esperanza, cobra esfuerzo, y pues tú me has dicho que eres noble, no desmaye corazon que se alimenta de tan ilustre sangre, ni des ocasion al alma, para que la pese de habitar en cuerpo tan débil, que pierde el brio, y aventura negocio tan importante. Oyendo semejantes razones, se llegó Hipólito mas cerca; dióle las gracias que debia á su cuidado, y prosiguió despues, diciendo: señor mio, sabe el cielo como estimo tu ánimo, mas no querria mi libertad con tu riesgo. Mira que será forzoso el tenerle tu persona, si despues de haber salido yo de aquí, se sabe que tú has dado á nuestro atrevimiento principio. Que se haya de descubrir es necesario, sino hay donde podamos estar escondidos yo y Octavio, por cuya causa te encargo que atiendas á lo que haces, y prevengas esto último, porque de

no hacerlo, ni se podrá remediar nuestro daño, ni sé si se logrará tu intento, ni te aseguro el enojo de tu padre, pues olvidado de que eres su hijo, tomará tambien de tí la venganza que procuraba en nosotros. Necio estás (le respondió Ali) ¿tan imprudente me juzgas, que no habré visto inconvenientes, que en este caso tan fácilmente ocurren? No tratemos mas que de tu libertad, y de la de tu amigo, que en saliendo de esta prision, yo tengo adonde ocultaros de suerte que todos nos comuniquemos, y vivamos seguros. Sin que se replicase mas de una ni de otra parte, se llegó Hipólito á la puerta con la luz que tenia, y comenzó á mirar atentamente si ella podria dar con su flaqueza ocasion á la salida. Hallóla tan fuerte, que desesperó de hacer por ella ausencia, y apretada la imaginacion con el peligro, pensó lo que sin él fuera dificil. ¡O, qué discretos suelen ser los que se ven en tan apretados lances! ¡Y quán distinto es el ingenio en la necesidad, que fuera de ella! ¡Allí qué cuidadoso trabaja, y aquí qué perezoso discurre! Pasó desde la invencible puerta al lugar por donde le daban la comida, y viéndole tan capaz, advirtió que metiéndose en él, y ajustándose quanto pudiese, si tirasen Ali, y Celin desde fuera, podrian sacarle fácilmente. Dióles

cuenta de esta traza, y parecióle á propósito; mas al tiempo de llegar Ali al referido lugar, vió que estaba con llave el instrumento de su dicha, y que así era fuerza intentar otra traza. Díxole á Hipólito el inconveniente que habia, cosa que le entristeció pesadamente, por ver que no era posible un medio, donde ni eran necesarios golpes, ni escandalizar la familia de Lidora; y que siendo al contrario, era fuerza que lo supiese su anciana tia, con que se ponia en peor estado su negocio. En el tiempo que se tardáron en buscar otra industria, le vino á Celin á la memoria, que si no le habia quitado la llave á Aminta (á quien él llamaba Octavio) la habia de tener, como persona á cuyo cargo estaba el darle á Hipólito el alimento. Advirtiéndole de esta novedad, el noble esclavo, se puso á esperar que la insensible dama volviese del desmayo. Estuvo así buen espacio, mas viendo que el tiempo se pasaba, y la ocasion se perdia, puso por medio de su felicidad á su diligencia, y halló en la llave la de su importante deseo. Diósela á Ali por el estrecho lugar que permitia la puerta. Abrió el piadoso moro, y tirando Hipólito del espacioso hueco, comenzó á lograr el fruto de su industria.

Reparó el alegre preso, en que si en-

traba primero para hacer la experiencia en sí mismo, no habria despues quien acomodase á Aminta, ni aun sabia si ella querria aventurarse á tan extraño medio de libertad, por el peligro que habia de detenerse el instrumento, á tiempo que embebido en la pared, faltando lugar á la respiracion, quedase ahogado, siendo su ataud el que se ordenaba á su remedio. Por esto se determinó á cogerla ántes que volviese del desmayo, y no poner su resolucion en duda. Metióla dentro del capaz espacio, y sin mucha dificultad, por ser mas delicados sus miembros, tirando Celin y Ali, la sacáron á la parte donde estaban. Grande fué el gozo que el piadoso esclavo sintió en su corazon, viendo que ya por lo ménos Aminta se libraria, aunque él quedase á pagar la pena de quantas culpas le impusiesen: mas Dios nunca dá tan limitados los beneficios; que no llenen colmadamente el vacío de la necesidad, pues habiendo avisado á Ali, porque no pensase que estaba muerta, que era un desmayo que la habia dado, y habiéndola puesto Celin con piedad en el suelo, sintió que volvian á darle lugar para que hiciese otro tanto. Pidió á Dios felicidad en este suceso, y hecha la señal de nuestra redencion sobre el rostro y pechos, entró; previno algunos incon-

venientes; se acomodó lo mas ajustadamente que pudo, para no impedir con su vestido el movimiento; rogó á sus bienhechores que tirasen velozmente; mas como la fuerza de Ali, que tiraba de una parte, era mayor que la de Celin, que estaba de la otra, se torció la espaciosa y fuerte caxa, y quando ya estaba dentro de la pared, se detuvo, sin que bastase su fuerza á acabar de proseguir con su intento. Ali se afligia de que estuviese su amigo de aquella suerte, y él temió mil veces que el querer remediarse habia sido anticiparse la muerte. No advertian en lo que estaba el daño, y así trabajaban vanamente, hasta que trocando Celin y Ali los puestos, éste tiró con tanto aliento, que igualándole de entrambas partes, sacáron al noble esclavo de la prision y del riesgo.

Echóse á sus pies, para pagarle con agradecimientos tal beneficio, ya que no podia corresponder con las obras. Levantáronle apaciblemente, y abrazándole Ali, rogó á Celin que cerrase, y lo dexase todo como estaba primero. Cogió Hipólito á Aminta en los brazos, y alentado con tan dulce peso, lo mismo que habia de cansarle, le aliviaba, para que caminase mas veloz. Adelantóse Ali, para prevenir el lugar donde tenia pensado tenerlos; dexando á Celin el cargo de comunicarle á

la puerta principal de aquella misma habitacion. Llegáron á ella apénas, quando el piadoso moro le dixo, que él no podia entrar dentro, pues si bien por servir á Ali se habia aventurado á lo que queda dicho, con todo eso, en cosa que no era necesaria su persona, no queria empeñarse tan declaradamente. De aquí infirió Hipólito el cuidado con que se guardaba á Lidora, pues aun á Celin, de quien en cierto modo fiaba Rezuan la guarda de su persona, y como él decia, la importancia de su hijo, aun no daba licencia para que pisase aquellas puertas. Nuestro caballero no podia tener mayor riesgo que el que le amenazaba, si le cogiesen; y así no reparaba en estos escrúpulos, ántes disponia entrar animoso. Propuso esto en tan dichoso tiempo, y en tan feliz ocasion, que Ali salia á decirle que subiese, porque ya estaban todos recogidos. No supo mas por entónces, de que siguiendo sus pasos, entró en unas salas llenas de curiosas labores. Vió en la última una cama ricamente adornada. Puso en ella á Aminta, y por obedecer á Ali, que le dixo que aguardase, se previno á esperar lo que disponia.

Al cabo de largo rato salió el piadoso mancebo, y sacó á su hermana en su compañía. Era Lidora de quince años en la

edad, de apacible bondad en la condicion, y el rostro de singular hermosura. Hizóla Hipólito una grande cortesía, y ella, ó por quitarle el temor, ó por mostrar su contento, llegó á darle los brazos. Encarecióla Hipólito en su mismo idioma lo que la debia, el agradecimiento que pensaba tener siempre, y la correspondencia que era justa á tanto beneficio. Con esto, despues de haber rogado á Ali que traxese un poco de agua, para que Aminta bebiese, y haberlo él puesto en execucion, ocupó una almohada del estrado que en la sala habia. Sentóse Lidora junto á él, y díxole de esta suerte: amigo, no pagues tan adelantadamente lo que he deseado hacer por tí, porque sera dexarme con tu paga deudora, sino es que ya pretendas con las gracias que me das por lo que yo no he hecho, enseñarme para que sepa lo que debo hacer de aquí adelante. Si alguno merece estos agradecimientos, es Ali, á cuyo amor se debe el cuidado de tu libertad. El me ha dicho quién eres, y me ha rogado que te escuche algunos ratos. Yo, si he de manifestar mi sentimiento, deseaba verte, para lo qual, desde luego confieso lo que tú sabes por aquel papel que te escribí, que es la inclinacion que tengo á los cristianos, y el deseo de saber la ley que profesan para recibirla. Por

esto me determiné á juntar á su diligencia de sacarte de la prision, el peligro de guardarte en mi quarto, hasta que se dispongan las cosas de otra suerte. Esto he podido esperar de su valor y de tu industria, porque te aseguro que la molesta clausura con que vivo, me tiene llena de cansancio, y determinada á qualquier atrevimiento; si bien, limitándole siempre con la prudencia y obligaciones que á hija de tan noble padre corren, y atendiendo á lo que la razon me dispone, que es no ponerme en ocasion de perder el honor. Esperó Hipólito á que Lidora acabase, y entónces la dixo: señora mia, responder á todo quanto me habeis propuesto, será gastar el tiempo en cansaros; y así, mas facil será aseguraros de que estoy determinado á obedecer quanto por vos, ó por Ali se me ordenare. Yo espero, que pues Dios se sirve de mí para accion tan de su gusto, como es vuestra enseñanza, y en vosotros ha dado principio al deseo de conocerle por mi medio. os le premiará, disponiendo las cosas de manera que llegueis á ser muy sus amigos.

En el espacio que ellos se correspondian con estas razones, volvió Ali con el agua, y Aminta del desmayo con un suspiro, diciendo: ¡ay amado Hipolito,

qué de pesares me cuestas, y qué infeliz ha sido mi fortuna! Apénas me ví en tus brazos, quando á tí de ellos, y á mí el alma de este desdichado pecho me dividen. Abrió luego los ojos, volvió á mirar á todas partes, y tocando á las pestañas con los dedos, deshacia el crédito de lo que esperaban sus ojos con la novedad de lo que veia. Hallábase en una sala, cuyo techo estaba por una parte matizado de flores, y por otra de estrellas, uniéndose tan agradablemente, que parecia haberse baxado el firmamento á un prado, ó haberse subido un prado al firmamento. Atendia á la cama en que estaba, y veíala cubierta de encarnada y rica tela. Si volvia á otras partes la vista, miraba un espacioso estrado de diversos rasos vestido. Reparaba en que se pensó ver en un obscuro calabozo, donde el techo estaba cubierto de fúnebres reliquias del humo, que para expeler el frio solian encender los esclavos, donde habia una cama de yerba, y unas colgaduras que fuéron en su principio veneno. Contemplaba la distancia del lugar en que se hallaba al que poco antes habia visto, y la misma diferencia engendraba en su fantasía dudas de si era verdad lo que por ella pasaba, ó si era sueño que la engañaba con los pareceres fingidos. Volvió los ojos adon-

de los tres estaban, y llevada del afecto, repitió dos veces: ay Hipólito, si durase este engaño de mi imaginacion muchos dias. Oyendo estas razones, y las que poco ántes habia dicho, confirmó Ali algunas sospechas que tenia, á las quales habia dado fundamento la hermosura y delicado cuerpo de Aminta. Rogóles que le manifestasen la verdad de su presuncion, pues ya la hallaba mas cierta, é Hipólito lo hizo para obligarlos y lastimarlos, juntamente con el discurso de su vida. Compadecidos de tan penosos trabajos, Ali le consoló, y Lidora abrazó con grande amor á Aminta. Quiso que desde entónces volviese á su primero hábito, para que estuviese mas decente en su compañía, y desde luego, porque ellos pudiesen descansar, la llevó á la sala, que para dormir Lidora tenian prevenida.

Descansáron un rato Hipólito y Ali, y dexáron luego la quietud, por trazar el modo que se habia de tener para continuar aquella vida. No fué esto muy dificultoso, porque como no entraban á ver á Lidora, sino era su hermano, su padre, ó su tia, guardados de ellos, estaban de todos los demas seguros. Al siguiente dia, que era en el que habia de mostrar sus rigores Rezuan (porque no les faltase sobresalto en ocasion ninguna) entró Ali

presuroso á esconderlos, diciendo que habia enviado su padre con órden de que en el mismo calabozo les cortasen los cuellos, y que por haberle avisado de que no estaban en él, venia lleno de furor y enojo á buscarlos, y á saber por donde habian salido, y á castigar á Celin, si hubiese tenido algun descuido; para lo qual, no obstante su enfermedad, le habia dado aliento su rigor y su furia. Escondiólos Lidora en el espacio de un retrete, solo á su persona reservado, y con fingido descuido, se salió á la sala para esperar lo que sucedia. Llegó Rezuan á las prisiones donde él mismo habia dexado á los cautivos; y como se habia llevado la llave de una puerta, y vió que por ninguna parte habia indicios de haberse salido, quedó confuso, sin atreverse á culpar á nadie en cosa que él mismo habia guardado, y volvió disculpado con su confusion del delito que en Celin estaba oculto. Despues de haber imaginado varias cosas, subió al quarto en que Lidora estaba. Comenzáron los temerosos amantes á dudar si serian descubiertos, y llenos de sobresalto oyéron, que enojado decia: este traydor de tu hermano me tiene en el estado que me veo, pues por querer otra ley me hace vivir con tantas penas, y me ha hecho emprender

mil cosas que no han tenido efecto. Mas pues los esclavos se han ido sin castigo, yo mostraré con él el rigor que pensaba executar en ellos, haciéndole que muera en el mismo lugar de donde se han salido. Lidora le ablandó con razones, y deseosa de que no pasase adelante, le persuadió á que pensase que Ali no tenia culpa de que los esclavos hubiesen hecho ausencia: añadió que si su sentimiento habia sido procurar que le faltase la comunicacion del uno de ellos, habiendo huido, conseguia lo mismo que si le hubiera muerto, y que ántes era su parecer que no los buscasen, para que así él quedase libre de sus temores, y su hermano sin la ocasion de executar su intento, demas de que buscarlos era en vano, supuesto que como ella habia oido decir de la ciencia que el esclavo tenia, le abria sido muy facil hacer alguna traza con que burlar las prisiones y sus esperanzas. Poco ha menester que le rueguen quien desea desenojarse, pues tan facilmente se persuadió Rezuan a lo que su hija le decia. Volvió luego en blandos consejos los que Ali temio crueles castigos. Exhortóle á que no hiciese mudanza de la ley que habian profesado sus padres, y se despidió para volver á la ciudad mas alegre, si bien de la enfermedad apretado, y por

la pasada novedad confuso.

Quedáron con su ausencia Lidora segura, Ali animoso, Aminta alegre, Hipólito contento, y todos dichosos. Gastaba el piadoso esclavo algunos ratos en explicarles los misterios de nuestra sagrada religion, con que ellos quedaban tan satisfechos y tan gozosos, que se manifestaba claramente quán superior era la vocacion, quán cierto el fervor, quán vivo el deseo, y quán verdadero el impulso con que Dios los habia tocado para hacerlos de su gremio. Enseñaba Aminta á su nueva amiga tantas cosas, y tan á medida de la disposicion que hallaba en ella, que juntamente se advertia en Lidora, se adelantaba su buena inclinacion á la del ingenio de su maestra; y que para enseñar se requiere la prudencia que la naturaleza procura en el alimento, que es acomodarle y ajustarla á la edad, calor y capacidad del que le recibe.

Vida era esta que los tenia á todos alegres, mas duró poco tiempo; accidente tan natural, como antiguo, en las alegrías y prosperidades humanas. ¡O quánto se ciega quien no ve quán limitados son estos cadúcos bienes! ¡Y quán poco atiende á su instabilidad quien los sigue! No hubiera, si nosotros abriésemos los ojos, quien mas eficazmente nos predicase

que el mundo; pues en lo mismo que nos da, nos niega lo que recibimos, nos avisa de lo poco que puede, y nos desengaña de lo poco que dura. ¿Quién no ha visto caerse un edificio, primero admiracion de la vista, y luego fundamento de un ilustre mayorazgo? Este, pues, que fué apacible á su dueño, y agradable al mas noble sentido, llegando á destruirle el tiempo, ¿qué hace sino publicar nuestra ignorancia, en pensar que ha de durar el bien, aunque sea mas fuerte el fundamento? ¿qué es cada persona anciana que vemos, si no un desengaño que nos dice: pasóse la mocedad, acabóse la hermosura, heláronse las fuerzas, y perdióse el brio, que como todas estas eran prendas nacidas para acabarse, tuviéron su fin, casi al mismo punto que naciéron? Esto le sucedia á Hipólito por instantes, de donde infiero, que si reparamos en su vista atentamente, será de importancia, para tener un exemplar de la mudanza de las cosas, y de la instabilidad á que se pone quien quando tiene muchos bienes, no los desestima, para que si los perdiere, no los sienta. Como en los accidentes pasados tuvo el suceso en este, pues un dia de los que todos quatro estaban tratando de los aumentos y enseñanza de Ali y Lidora, entró su anciana tia, atendió á

lo que se comunicaba entre ellos; y viendo que era lo que su hermano temia, acudió á darle aviso, por medio de un papel, de todo lo que pasaba. Habia visto Lidora que al entrar se habia detenido para oir lo que hablaban, y que luego se habia retirado para que no la viesen, y de este recato nació en ella una sospecha de lo mismo que trazaba su imprudente tia. Fuése á la sala donde estaba escribiendo; acercóse con lentos pasos, y viendo que no seria posible acabar con ruegos, que dexase de avisar á su padre, cogió la puerta, tráxola hácia sí, torció la llave, y dexándola encerrada, volvió â dar cuenta á todos del pasado suceso. Fuerte era este peligro, y como él fuerte, la salida dificultosa: mas hallando Hipólito, enmedio de su rigor, ocasion para descubrirles su intento, les dixo que convenia ausentarse; pues de otra suerte era imposible escapar con las vidas. Prometióles en España comodidad, regalo y buen acogimiento; y como siempre es amada la patria, dudáron al principio confusos, sin saber si se determinarian. Exhortóles Aminta, acreditando lo que Hipólito prometia. Propúsoles el riesgo, y vistas por ellos las razones de conveniencia que habia, se ofreciéron á obedecer todo quanto Hipólito dispusiese. Ya que nuestro

cuerdo caballero tenia su beneplácito en esto, advirtió á Ali, de que solo lo que les podia faltar era un baxél para hacer segura su fuga. Facilitóle el cumplimiento de este deseo el alentado mozo, de manera que ya le pareció que se veia sobre la espalda del mar, ausente de aquella tierra, y entre la amada libertad de la suya. No fué el efecto contrario á este parecer, pues aquella misma noche se fuéron los dos solos al puerto, y halláron uno de los vasos que Rezuan traia por la mar robando; que esta, aun en los mas poderosos turcos, suele ser la grangería y el oficio. Entráron en él, y Ali habló al Arraez, diciendo que su padre habia perdido entre el rigor de una enfermedad la vida, por cuya causa le convenia tomar posesion de las heredades que tenia cerca de la costa, ántes que el que las administraba supiese su muerte, y se apoderase tiránicamente de lo que por justo título era suyo. El Arraez habia sabido el aprieto en que Rezuan estaba, y así le dió crédito fácilmente. Ali le encargó que apercibiese la gente para de allí á dos horas, é Hipólito habló á los esclavos que habia al remo, diciéndoles lo que pasaba, y lo que importaria que juntasen al valor que mostraban, cuerdo secreto en esperar su dichosa libertad. Volviéron con esto adon-

de Aminta y Lidora los esperaban confusas, así por la ignorancia que tenian de la dicha que se les prevenia, como por el desasosiego con que las inquietaba su encerrada tia, ya dando voces para que la abriesen las criadas, y ya procurando con golpes abrir la puerta. Cogiéron ellas todas las joyas que pudiéron, y ellos todos los esclavos que á aquellas horas halláron, de los que por particulares intereses de sus dueños, aun no estaban recogidos. Diéronles armas de las que en una sala de la misma casa habia (que no eran de baxa estimacion) é hiciéron que se disfrazasen lo mejor que pudiesen en órden á parecer turcos en el vestido. De esta suerte se acercáron adonde el baxél esperaba. Entró en él Ali, diciendo que toda aquella gente llevaba para mas certidumbre de su designio, y para que si alguno quisiese defenderse, le ayudasen á quitarle la posesion injusta de lo que á él le pertenecia. El Arraez le alabó sus prevenciones, y le dió luego el baston ó insignia de dueño de quanto el baxel tenia. Recibióle, y despues de haber entrado todos los que le acompañaban, viendo que sus fuerzas estaban superiores á las del Arraez y los demas turcos, les dixo que él habia sabido que algunos de los que estaban presentes, tenian incli-

nacion al que administraba aquella hacienda, y que por esta razon convenia que saltasen en tierra. El Arraez los excusaba, mas viendo la resignacion de Ali, y que decia: que pues él los disculpaba, debia de ser de los comprehendidos, por cuya causa habia de ser el primero que saliese; quiso grangearle obediente, y no indignarle porfiado, dexando la satisfaccion para quando volviese. Fuéron saliendo todos los que estaban ántes en el baxél, ménos los cautivos que estaban al remo, y los turcos que cuidaban del marinage. Tendiéron las velas, y haciéndose á la mar, se halláron al amanecer tanta distancia de Constantinopla, que pareciera imposible á quien no atendiera que en casos tan importantes, suele prestar ligeras alas la diligencia. Llegáron á los Dardanelos, castillos que defienden la boca del canal, descubrióse Ali, manifestó la causa que le obligaba á hacer aquel viage; y así no hubo quien le estorbase la salida. Pasáron luego por junto adonde tenia sus posesiones, lo qual le decia muchas veces uno de los marineros; mas él le divertia, respondiendo que habia de efectuar primero otro negocio, y que á la vuelta pensaba conseguir el intento con que habia salido de su tierra. Como el marinero vió que ántes iban todos presurosos por

llegar, y despues cuidadosos de pasar adelante, concibió algunas sospechas, y en la necesidad que tenian de su persona, se resolvió á no querer proseguir sino es diciéndole el término de su viage. Llevaban todos pesadamente este parecer, y aun temiéron alguna desdicha, que sin duda les sucediera en estos lances, si uno de los esclavos, de los que habian dado libertad, no supiera las obligaciones de aquel oficio. Comenzó á exercerle con gusto de quantos veian que les importaba la vida el ausentarse á toda priesa, para que no los alcanzasen, aunque fuesen seguidos. Iba entre los demas cautivos un mozo de valeroso aliento, el qual le habia mostrado así en animar á los demas cautivos, como en querer que el moro cuidase, como ántes hacia, del marinage, aunque fuese con violencia. Por su traza y su cortesía se le aficionáron Hipolito y Ali, deseáron saber su nombre, y buscando ocasion para ello, supiéron que se llamaba Fulgencio, que era natural de Barcelona, hermano de Feliciana, y homicida de Don Luis, como en el primer discurso queda referido. Por satisfacer á los ruegos de Hipolito, no se excusó de repetir todo el suceso, grangeando con la verdad la eloqüencia y los afectos de su sentimiento,

en Ali admiraciones, en Aminta y Lidora aplauso, en Jacinto (un mancebo de quien despues se hará mas expresa memoria) apacible diversion, en los demas crédito de su valor, temor de su temeridad, gusto de su discurso, y en todos admiraciones, aplauso y gusto. Finalmente, como ninguno habia que no estuviese gustoso, y la alegría tiene tantos caminos de manifestarse, cada uno declaraba la suya diferentemente.

Solo el moro, que poco ántes hacia contradiccion al intento de pasar adelante, venia tan melancólico y pensativo, que no comunicaba con nadie. Algunos daban á Dios muchas gracias por el beneficio de su libertad, miéntras Hipólito y Aminta trataban de la salud espiritual de Ali y Lidora. Espérabase solamente comodidad para darles el sagrado Bautismo, con el aplauso que tales personas merecian, por estar ya bastantemente instruidos en las cosas que pertenecen á nuestra fe. Al cabo de quatro dias que hubiéron navegado, se descubrió la causa que traia al moro confuso, aunque con harta costa de Ali, pues se llegó á él irritado de un furor diabólico, á que le obligó el parecerle que él habia sido engañado mas que todos los que hizo desembarcar en el puerto, y le dió con

un cuchillo que llevaba dos heridas. Acudiéron Hipólito y Fulgencio ántes que acabase de matarle; consiguiéronlo en ocasion que metiendo Fulgencio mano á un alfange que el mismo Ali llevaba, dió al desdichado moro una tan cruel herida en la cabeza, que cayó en el suelo sin aliento y sin alma. Allí le asegundó con tantas heridas, que á haber muchas muertes para una vida, muriera muchas veces aquel traydor, y desdichado bárbaro.

Cuidadosas del daño de Ali, acudiéron á ver si era notable, y halláron que eran penetrantes las heridas. El pedia fervorosamente el Bautismo, sin acordarse de las medicinas humanas. Lloraban Lidora y Aminta lastimosamente. Todos andaban pesarosos, sino es Fulgencio, que en cierto modo estaba consolado de haber sido quien tomase tan junto al delito la venganza. Por la necesidad tratáron de anticipar el Bautismo de Ali, siendo ministro un sacerdote, llamado Ignacio (que tambien habia estado cautivo) á quien como á persona mas digna, no solo fué razon, sino obligacion anteponerle á los circunstantes para tan santo y piadoso oficio. Recibióle con grande afecto el noble mancebo, y con particular gusto suyo fué el nombre que le pusiéron

Antonio. Notable era el desconsuelo de Lidora en esta ocasion, viendo tan peligroso á su hermano, y hallandose á su parecer sin amparo fuera de su tierra, y entre gente, de cuya fidelidad, hasta entónces no tenia hecha experiencia. Aminta la consolaba, y prometia no apartarla de su compañía, como ella quisiese seguirla en quanto viviese. Hipólito la animaba, diciendo que su sangre y su nobleza no le dexarian desistir de su amparo y su regalo, aun quando él no quisiese hacerlo, y que dexase el llanto y la afliccion con que lastimaba los ánimos de quantos la oian. Estas promesas hacia el piadoso caballero: mas quien no sabe, no puede prevenir lo futuro, tal vez yerra en prometer, y tal se halla engañado en lo que promete. Sucedió, pues, que el patron que sobstituyó al moro que ántes gobernaba el baxél, se enamoró de Lidora, y teniendo por cierto, que miéntras tuviese el amparo de Hipólito, no habia de poder conseguir su deseo, llegó á una pequeña isla con ánimo de hacer agua. Entre los demas, no se excusó nuestro cuerdo mancebo de salir á remediar aquel defecto, que en las necesidades, usar de la autoridad, es insufrible género de ignorancia. No desembarcó Fulgencio ni Ignacio, este por la veneracion que se-

debia á su persona, y aquel por no dexar de todo punto á las dos hermosas damas. Quando el vil patron advirtió que era tiempo á propósito, y vió que todos sus amigos estaban dentro del baxél, atendiendo á que solos Hipólito y Jacinto eran los que faltaban, y á que Don Antonio, si bien por el cuidado de Fulgencio, y la piedad de Ignacio estaba mejor, con todo eso se hallaba impedido de estorbar su deseo: tendió las velas, y con toda priesa se desvió de la isla en que los dos á grandes voces los llamaban. Fulgencio le rogaba que volviese, mas él se disculpaba, diciendo que hacia diligencias, y que no podia, por mas que lo procuraba. Aminta le persuadia afligida que no se alejase. Lidora juntaba á las lágrimas de su herido hermano, el desconsuelo de esta pérdida; é Ignacio intentaba reducirle á que no pagase tan mal, ni dexase en un lugar tan inhabitable y tan solo á quien habia sido la ocasion de su libertad y de su dicha. A todo esto el esclavo que de tanta miseria habia venido á ser patron de aquel baxél, daba al principio disculpas, y despues necias respuestas, hijas todas de un ánimo mal nacido. Baxó la noche, y cubierto de la obscuridad, se metió grande distancia adentro, con que al siguiente dia

se halláron donde no se alcanzaba á ver la isla. Culpaban su poco cuidado los que sentian perder la compañía de Hipólito; y los que se habian hecho sus parciales y amigos, le excusaban, atribuyendo á rigor de los vientos, lo que habia sido maliciosa industria suya

Llevaba Fulgencio persuadida su cólera á matar al impío patron, y de hecho lo executara, si no temiera que los demas se volvieran contra él, como á quien habia estorbado el feliz fin de su viage, quitandoles quien gobernaba el instrumento de su libertad. Viendo, pues, el vil marinero la necesidad que tenian de su persona, y que la mayor parte de los que iban en el baxél eran sus amigos, se resolvió á manifestar el amor que tenia á Lidora, con tanta disolucion, que le pareció fácil llegar luego á sus brazos. Todo esto era justificar mas las razones de enojo que iban encendiendo á Fulgencio, para que hiciese uno mismo el castigo de tan diferentes culpas. Lidora se recató honesta, y se guardó virtuosa, atendiendo á los nuevos deseos de aquel infame esclavo. Mas ni su honestidad, ni su cuidado bastó para que una noche no intentase llegar á coger con violencia el fruto de su recogimiento. Aquí ya no pudo dilatar su indignacion Fulgencio, ántes lle-

gándose á él, le dió dos puñaladas, con que le privó de su lascivo amor, y de su vida. ¿Quién no advierte quánta mas fuerza tiene la razon que la inclinacion, aunque sea deprabada y cruel? Pues este, que de su natural mismo era sangriento y vengativo, quando dudaba la malicia del patron, se detuvo, y quando vió el atrevimiento, sin reparar el inconveniente, se arrojó á procurar el daño ageno, aunque fuese con peligro propio. Quisiéron algunos vengar á su amigo, á título de que les habia quitado el remedio de su pasada desgracia; mas el esforzado mozo se puso á un lado, y con determinacion fuerte les dixo, que el que se acercase habia de imitar á su parcial en la muerte. Ya le habian cobrado temor por las pasadas acciones, y se detuviéron, así por él, como por haber visto que habia tenido ocasion bastante para quitar la vida á un hombre, á quien tan bárbaramente le habia faltado la vergüenza. Representóles Ignacio la infamia de haberse atrevido á persona que todos debian estimar, ya por su ilustre nacimiento, ya por haber dexado á sus padres, ya por su hermosura, y ya por haber abrazado tan cuerda y tan fervorosamente nuestra sagrada fe, y católica religion.

Con esto se aplacáron, y haciendo lo que era fuerza con gusto, esperáron que continuase su comenzada piedad el cielo. Quien espera en su auxîlio, y se acoge á pedirle favor, nunca se ve defraudado en sus esperanzas, ni en sus ruegos desconsolado. De esta verdad hiciéron experiencia el nuevo Don Antonio y antiguo Ali, pues del riguroso peligro, en que tuvo tantas amenazas de la muerte, salió al siempre amable término de la salud; y entre los demas Fulgencio, pues á este tiempo pasó tan cerca de ellos un navío, que pudiéron informarse de que eran mercaderes Venecianos, y manifestarles su necesidad para que la socorriesen. Suplió la liberalidad de estos, la falta que tenian aquellos, y por estar muy léjos de la isla en que habia quedado Hipólito, y no querer sus bienhechores andar tan grande distancia, hubiéron de conformarse con su parecer. Dentro de pocos dias llegáron al puerto de Sicilia, desde donde cada uno tomó el viage que le pareció conveniente. Don Antonio convaleció de sus pasadas heridas, y en compañía de su carísima prenda y querida hermana, y de la hermosa Aminta, partió á Bolonia en cumplimiento de su deseo. Fulgencio hizo lo

mismo siguiéndolos, si bien con ánimo de volver á Barcelona su patria, persuadido á que ya se habrian acabado los antiguos vandos y pasadas enemistades; como si el odio que nace en la voluntad, no viviese en la memoria, y tuviese tanta vida, como el corazon, donde apasionado permanece, provocado habita, y ocasionado se alimenta.

DISCURSO SEPTIMO.

Los daños que suelen nacer de la demasiada riqueza, quando el uso de ella no es prudente, quedáran bastantemente conocidos, si dixéramos algunas alabanzas de la pobreza. La primera grandeza que hace á la pobreza ilustre, es la seguridad con que vive quien la tiene; por esto la llamó Secundo filósofo, prosperidad sin riesgo, y Séneca descanso del ánimo. ¡O quán feliz es la pobreza! ¡y quan segura camina entre enemigos! ¡ó quán dichosa cosa es no anhelar por bienes; y quan grande estar rico de pobreza, pues sola ella no ha menester lisonjear, ni estar pendiente de la fortuna! ¡O quán desembarazada anda de criados, quán libre de rezelos, y quán sola de obligaciones, que tal vez hacen á un hombre peregrinar provincias, peligrar en los mares, y exponerse á varias desdichas! La

segunda gloria que tiene la pobreza, es el desengaño que adquiere para el pobre. Por esto, dice el mismo Séneca, que lo que no se consigue con el mayor beneficio, se adquiere con el mísero estado; pues con aquel todos parecen amigos; y con este, solo quedan los verdaderos. ¿Pues por qué no amarémos la pobreza, supuesto que por ella sabemos de quien somos amados? El tercer lustre con que es (este bien aborrecido) estimable, es, porque jamas ha conocido á la lisonja, por lo qual prosigue el mismo filósofo, diciendo: ¡ó mil veces dichoso estado, que has conocido el bien de que nadie mienta para honrarte! Tiene el pobre muy de ordinario el rostro alegre; y como dice Quintiliano, el ánimo siempre libre. Es gran compañero de la agudeza. Con las riquezas se ablandan de suerte las fuerzas corporales, que despues traen inutilidad para los peligros; mas con la pobreza se aumentan, para que nada nos parezca dificultoso. Con ella es ménos formidable el rostro de la muerte, pues tal vez porque es descanso de los trabajos, se desea; y tal, porque no hay regalos que dexar, no se teme.

Pudieran, pues, las riquezas hacer que nuestro Hipólito sintiese qualquier desdicha, mas ya estaba tan acostumbra-

do á ella, que para todas tenia aliento, y en ninguna le faltaba su antiguo valor. En esta última que le dexamos por culpa del patron, cuyo lascivo amor atajó Fulgencio con su muerte, mostró particular esfuerzo, dándole tambien á Jacinto (así, como dixe, se llamaba el otro mancebo que quedó en su compañía.) No habia cosa que igualase á la pérdida de Aminta, de suerte, que el quedar sin mantenimiento, y en lugar donde no habia poblacion, todo le parecia ménos. Durmiéron aquella noche sobre los duros hombros de una peña, que siendo freno del mar, les dió espaciosa cama. Al dia siguiente miráron á todas partes, y no halláron por unas mas que levantados montes de salada espuma, y por otras dilatados llanos de diferentes yerbas. Comenzó á molestarles la hambre, y temiéron el mayor daño, que es nuestra propia miseria, y con causa justa, porque de los demas se puede un hombre apartar, mas este á todas partes nos sigue. Por esta causa son siempre mas fuertes los enemigos familiares, y por estas razones es la hambre de los mas prolixos. Fuéronse entrando la isla adentro, para ver si habia algun modo de remediar su necesidad. Iban notando las circunstancias del inhabitado sitio, y llegáron á la falda de una levan-

tada peña, diéron vuelta á toda ella, y viéron que naturalmente tenia huecas las entrañas, y que juntándose por la parte superior las pesadas cabezas de dos piedras, dexaban formada una cueva con dos distintas bocas. La distancia que estaba cubierta era tan grande, que tenia mas de sesenta pies de fondo, y tan alta, que pasaban de nueve. Entráron dentro, y halláron que tenia algunos senos, con que se hacia mas á propósito para habitarla por razon del abrigo. A la entrada habia por la una y otra puerta un apacible espacio, donde de virtuosas yerbas, y deleytosas flores habia hecho la naturaleza un apacible y porfiado alarde. Lo tajado de las peñas parecia industria del arte, pues hasta la mas áspera cumbre se vestia de casta salvia, de oloroso tomillo, de fresca hircina de húmeda endivia, y venéreo corlandro. Habia algunas aves tan grandes, y tan espantosas, que mas daban temor, que provocaban á deseo de poner medios de cogerlas para sustentarse. No les faltó de todo punto el consuelo en esta soledad, porque Hipólito habia guardado el instrumento con que en el cautiverio y la obscuridad de aquel calabozo encendia luz. Sacóle, y habiendo prevenido algunas de las que envejeció con calor el verano, encendió

lumbre. Jacinto cortaba ramas de algunos árboles incultos, que la naturaleza nunca ociosa criaba en aquel distrito, con que sin dexarle acabar, procuraba continuar el fuego. En el marisco que la creciente dexaba, quando se recogia la mar, buscaban algunos pescados, que por negligentes, ó por inútiles, se quedaban en la tierra, los quales preparados con el fuego, y tostando algunas raices de yerbas saludables que Hipólito conocia, engañaban la hambre, y si no se satisfacian, por lo ménos se conservaban. Salian algunas veces a ver si podian descubrir algun baxél ó navío donde ser recogidos, para huir de tan infelice estado, y quanto mas lo deseaban, ménos lo conseguian. Entrábanse al venir las sombras de la noche en la referida cueva; alentaban con la leña que habian recogido de dia el encubierto fuego, y recostados sobre la tierra, olvidaban el trabajo y cuidado que les oprimia, porque el sueño es desdicha de los poderosos, pues les impide el gozar sus riquezas, y dicha del pobre, pues le hace que olvide su miseria.

Quince veces habia dado calor el sol á los antípodas, y quince iluminado nuestro emisferio, despues que los dos mancebos quedaron expuestos á tan enfadosa soledad, quando siguiendo el ór-

den que tenian, se recogiéron á las entrañas de aquella peña, de donde de cada aurora nacian para buscar su alimento. Acompañáronse, como solian, de las llamas, para que el frio hiciese apacible el rigor de aquel elemento, y pusiéronse á tratar de las cosas que en tan breve tiempo habian hallado en la isla, y de las novedades que en distancia de un año habian sucedido á Hipólito. Admirábase Jacinto de oirlas, y tal vez dudára su entendimiento el crédito de las cosas que oía, si no temiera ser descortes, ponderando la persona que las contaba y que las referia de sí mismo.

Dando el uno cuerdas lisonjas á la atencion del otro, y pagando éste con el crédito la eloqüencia de aquel, estaban á tiempo que oyéron un presuroso ruido por la boca que á la parte del mar tenia la ántes inhabitada cueva. Llenáronse de sobresalto, y la novedad del caso les hizo poner en pie para hallarse mas prevenidos, si fuese necesario defenderse. Esparció de presto Hipólito la lumata, para que cesasen las llamas, y para que con la obscuridad se hiciese mas seguro su remedio. Metiéron mano á las armas con que habian quedado en la pasada desdicha; recogiéronse en los senos que (como diximos) tenia aquel

rústico alvergue, y oyéron que el ruido que ántes habia salteado á su sosiego, era de una muger que entre desalentados ecos, causados de su cansancio, decia: detente, espera, no me quites la vida, y como me dexes libre mi honor, haz de mí lo que quisieres. A estas lastimadas razones sintiéron que respondia un hombre en castellana lengua: no vengo á darte la muerte, y así has hecho mal en huir de mis manos, metiéndote entre estas peñas, adonde á mí me traes tan cansado de seguirte, como admirado de que á una muger la haya durado tanto el aliento. El temor, respondió ella, hace diversos efectos, segun en los sugetos que se halla, en los que acometen es cobarde, y en los que huyen tan fuerte, que primero faltan las fuerzas corporales que se confiese rendido el ánimo. Con esto quedo disculpada en haber procurado huir, y tu admiracion satisfecha. Aunque quede satisfecha mi admiracion, no lo quedará mi trabajo (respondió el hombre en lengua arábiga) pues me pagarás el cansancio de manera que te pese de haber nacido, y nunca acabes de llorar tu suerte. Estas palabras entendiérou Hipólito y Jacinto, por saber la lengua, y quedáron mas confusos sin discurrir en lo que podia causar cosa tan nueva.

El hombre la decia que se levantase, y ella, que habiendo descansado un poco dió lugar á las lágrimas, parecia que se anegaba en ellas. Tantos eran los suspiros y sollozos que la triste muger daba, que parecia salirse tras cada uno el alma; y tanta era en el que la habia seguido la dureza, que se mostraba mas riguroso quanto mayor era el llanto; que hay corazones á quien avergüenzan las penas. Crecia en él la cólera, en ella la afliccion, en él el enojo, en ella la pena, en él la crueldad, en ella la miseria, en él el enfado, en ella el pesar; y finalmente, en él las injurias y malos tratamientos, y en ella las ánsias, las excusas, los encarecimientos y los ruegos. Hipólito estaba lastimado del temor que la muger tenia, y cansado del rigor que con ella se usaba, por lo qual determinó defenderla, aunque fuese poniendo á riesgo su persona. Comunicó este intento con su amigo Jacinto, y convenidos en un mismo parecer, tratáron de poner remedio. Concertáron el modo que habian de tener para cogerle, sin que pudiese ponerse en defensa, ni dar aviso á otros, si acaso traia compañía. Salió Jacinto por la otra boca que traia la cueva, y Hipólito se quedó cuidando de acudir quando sintiese que su amigo entraba por

la parte donde el bárbaro porfiaba, y cruelmente maltrataba á aquella muger afligida. Presto llegó el alentado mancebo, y entró diciéndole que procedia barbaramente en tratar con tal aspereza á una muger; pues quando está sin defensa, entónces debe estar mas defendida, si es ánimo noble y piadoso el que la escucha. Apénas oyó estas razones el desconocido hombre, quando (advirtiendo por el modo con que llegaba Jacinto, que no era de los suyos) metió mano á un alfange que traía para ofenderle. Llegó Hipólito á este tiempo, y cogiéndole por los brazos, impidió su movimiento. Ayudóle Jacinto, y entre los dos le atáron las manos con una liga que Hipólito habia prevenido. Por el trage y las razones que le habia oido en su lengua, conociéron que era infiel en la profesion, y bárbaro en la ley. Aseguráronle de nuevo los brazos con una vanda que el mismo moro traia ceñida, y dexáronle atados los pies con el tahalí, de que el alfange venia pendiente. Hipólito acudió á consolar á la muger, que ya con el nuevo socorro alentada, dexando el llanto, agradecia á sus bienhechores tan piadoso beneficio. Jacinto trataba de encender algunas ramas, tan deseoso de ver la traza que el moro tenia, como de sa-

ber que desdicha habia obligado á aquella muger á tan peligroso estado, como era haber venido huyendo de un bárbaro á aquella soledad. Consiguiólo fácilmente, y quedó la obscura habitacion llena de alegría, con que la luz á un tiempo consuela, recrea y alimenta á la vista.

Reparáron en el moro con atencion, y conoció Hipólito que era el dueño que habia tenido en Constantinopla, y padre de Ali y Lidora. Con su natural cortesía se llegó á él, y le comenzó á quitar las ligaduras con que le tenian atado, diciendo: no permita el Cielo (¡ó noble Rezuan!) que yo pague con injurias, porque demas de que mi religion no permite que se dé mal por mal, aun en la nobleza de un ánimo piadoso no debe perseverar la venganza, principalmente quando de parte del contrario no puede haber defensa. Tú juntaste á mi cautiverio el rigor de una prision cruelísima, y á ella el deseo de quitarme la vida, y yo opuesto en todo á tus intentos, te quiero dar por el cautiverio, libertad; por la obscura prision, dilatado lugar para que consigas tu gusto; y por el deseo de privarme de la vida, no solo la que tienes, y que tan seguramente te pudiera quitar, sino la que ten-

go y tan cuidadosamente procuraste destruir. Mira quan poderoso es Dios, y como sabe volver por los que obedecen su ley y preceptos, pues demas de haberme librado á mí de tus crueles manos, te ha puesto á tí, quando ménos lo pensaste, en las mias para que adviertas que á las fuerzas mas robustas, al valor mas acreditado, y al poder mas excelente, le sabe dexar vencido con la flaqueza mas débil, el temor mas inútil, y la mas baxa miseria. Ya en este tiempo estaba Rezuan libre, y asi pudo echar los brazos á Hipólito, y decirle: bien se conoce en tus acciones que es ilustre tu sangre. Claramente se muestra en lo que me sucede, que es causa superior la que te ampara; pues como tú dices, unas veces te libra de mi rigor, y otras me sujeta á tu voluntad; mas puédote afirmar que no sé qual es mas en mí, ó la envidia que tengo á la hidalga resolucion de tu ánimo, ó el pesar que me aflige de no haber conocido lo que tenia en tí, para estimarte y ofrecerte con el gusto que tú ahora, la misma libertad que me ofreces. Cuerdo es (¡ó Hipólito!) quien sabe hacer libres los cuerpos para dexar en perpetua esclavitud los ánimos, donde son fuertes hierros las obligaciones. Tener dominio en las vo-

luntades es el mas dichoso imperio; dichoso pues mil veces quien sabe adquirirle, ó ya si es superior en los vasallos y esclavos, ó ya si es igual en los amigos. La mayor dificultad que yo he conocido jamas en cosa que haya procurado, es en saber hacer de los contrarios, parciales; y de los enemigos, amigos; y como es la cosa mas dificil, debe ser la mas estimada. Estima, pues (¡ó Hipólito!) la piedad con que te enriqueció el Cielo, pues á tí es fácil lo que á muchos dificultoso. Estima la cordura con que sabes obligar á perpetua servidumbre los ánimos, y prevente gloriosos parabienes por la dicha de tener imperio en mi voluntad, y consiguientemente en todas las demas, que como tú has advertido, dependen de la mia. Haz cuenta que eres dueño de todas, dispon en mí del modo que quisieres. Hipólito le preguntó la causa que le habia traido á tan remoto lugar, y él le respondió que haberse ausentado sus hijos, y en opinion de algunos en su compañía, le habia sacado de su patria (no obstante su enfermedad, de que ya estaba mejor) para alcanzarlos; mas que ya estaba satisfecho de que habia sido engaño, supuesto que le hallaba sin ellos. No quiso por entónces desengañarle Hipólito de la

verdad, sino dexarle proseguir, y que dixese. Llegando en uno de mis vageles á la vista de esta pequeña isla, vimos otro vaso que parecia haber llegado derrorado, y que atento á que se acercaba el nuestro, se procuraba hacer á la mar: estaba aquella muger en la orilla, y otra que se llegaba en un esquife á su navío, dando voces que esperasen: mas ellos cerraban con el temor los oidos. Volviéron á este tiempo Hipólito y Jacinto los ojos á la parte donde la muger estaba, y admiráronse de ver su trage y hermosura, prendas en que conociéron no ser baxo su nacimiento ó su fortuna, que no es lo mismo que ser infelice. Rogóla nuestro caballero, que no se extrañase ni tuviese temor, porque todos los que veía se preciaban de ser muy corteses. A estas razones respondió la hermosa dama: tan léjos estoy de tener temor, que si sois el que yo presumo, no solo no me prometo mal suceso, sino dichoso amparo. Hizo la animosa muger algunas preguntas, en que conoció ser el mismo que habia imaginado; y en el fin de la última tuviéron principio con notable demostracion de alegría las razones siguientes.

La mayor fineza que puede hacer la estrella de qualquier hombre dic hoso, es

ofrecerle la felicidad quando estaba mas declarada la desdicha. Y esto mismo me sucede á mí ahora, que habiéndome tenido cautiva, triste y sola, me hallo libre, alegre y acompañada de quien oyendo mi nombre, espero ser acogida, guardada, y mirada con respeto y veneracion. Atentos estaban todos á estas palabras, y en particular Hipólito, por no acordarse de haberla jamas visto. Quitólos la suspension con que escuchaban la misma dama, que prosiguiendo dixo: Yo soy (¡ó noble Hipólito!) Marcela, aquella dama de Don Cárlos, cuyos accidentes os contó Alexandro en Salamanca, por ser necesario para explicar sus sucesos. Yo soy hermana de la infelice Vitoria, á quien llamo infelice, porque, como despues sabreis, ella era la que en el esquife se acercaba al navío, quando yo comencé á entrarme por esta tierra adentro, para ser seguida de Rezuan, y amparada de vuestra piedad y cortesía. El modo de venir á la mia vuestro nombre, y el medio por donde supe que habíades tenido relacion de todo, oireis ahora, si atendeis á lo que despues de haberse los dos ausentado, pasó en Bolonia, patria suya y mia.

Ya llegó á vuestra noticia que por la traicion de aquella vil criada tuvo nueva su padre de Valerio de que estaban en

nuestra casa los homicidas de su hijo. Ausentes ellos, cesó nuestro temor, y manifestamos toda la espaciosa habitacion á la justicia, y á un hermano que el muerto tenia, llamado Horacio, hombre tan parecido al otro en las costumbres, como en la sangre. Cobró este vil mancebo tal odio á nuestras personas, y á toda la familia, pareciéndole que por nuestra causa se habian librado sus enemigos, que comenzó con todas las diligencias posibles á manifestar el deseo de su venganza, y nuestro daño. Eusebio, que, como sabeis, fué el criado que nos dió aviso para que Alexandro y Don Carlos se guardasen, andaba siempre cuidadoso de ampararnos: siempre nos acompañaba, y con su presencia impedia que Horacio executase la intencion, á que le habia dado lugar su infame natural, y el injusto aborrecimiento con que nos perseguia. Mi madre, con la edad, con su recogimiento, y con sus devociones, llegó á no cuidar de nosotras, como si no hubiese de ser primero el atender á las obligaciones que el recogerse; de suerte, que ellas no se cumplan, y corra riesgo el recato de sus hijas, y la familia. Con esto teníamos lugar de salir quando queríamos; y las que ántes no eran conocidas de persona alguna en la ciudad, no habia fiesta donde

no nos hallásemos, adornadas de galas, y celebradas (no sé si justamente) por nuestra hermosura. Nunca dimos lugar á otro amor que al de nuestros esposos: así los llamo, porque quando se partiéron, nos diéron palabra de serlo, con que quedará dicho, que el salir tantas veces, mas era vanidad de ser vistas, que deseo de ser amadas. Continuábase nuestra correspondencia por cartas, las quales venian en el pliego del padre de Alexandro, para que nos las remitiese. El lo hizo así muchas veces, hasta que la curiosidad le obligó á que las abriese. Conoció el amor que su hijo tenia á mi hermana, y el que Don Carlos me tenia, y juntamente se admiró de que hubiese quien permaneciese tanto en el propósito de corresponder á nuestro amor, y su primer intento. No le pesó de saberlo, ó ya porque veia que en nada le eramos inferiores, ó ya porque despues que supo la fineza que hicimos por su hijo, nos tenia agradecida inclinacion, que en los que saben ser nobles, casi es lo mismo ser noble y agradecido. Dióme á este tiempo una enfermedad tan grave, que no pude responder al pliego de Don Carlos, ni mi hermana, por excusarle la pena que recibiria, quiso hacer memoria de mí en el suyo. Vista esta novedad por el cuidadoso amante, se par-

...

tió á saber la causa desde Salamanca, como si fuera el camino de un dia. Yo mejoré de mi accidente, y le escribí, si bien á tiempo que no le halló el pliego en España; cosa que nos estuvo tan bien, como vereis ahora.

Ya quedareis advertido de la bárbara inclinacion de Horacio; de sus viles costumbres, y del odio que nos tenia; pues prevenido desto, no os admireis de lo que hizo por satisfacerse en nosotras de sus mayores enemigos. Habia cerca de la ciudad una recreacion, adonde acudian diferentes veces los ciudadanos, para descansar de las fatigas del verano, y divertir los cuidados á que el comun afan de adquirir hacienda obliga. Para llegar á este apacible sitio, se habia de pasar forzosamente á la vista de una casa que su padre de Horacio tenia media milla de la ciudad. Habiendo advertido todas estas cosas, no será ya dificil la inteligencia deste prodigioso suceso.

Pedimos una tarde licencia á mi madre para que nos dexase ir á gozar de aquella fiesta con una señora anciana amiga suya. Los ruegos que llevan circunstancias honestas, siempre consiguen lo que intentan; y así nosotras, viendo que nos acompañábamos de persona de tanta satisfaccion, alcanzamos que se permitiese la

execucion de nuestro intento. No se apartaba Eusebio de nosotras en habiendo de salir fuera, así porque era gusto de Don Carlos, y para mí su voluntad ley precisa, como porque despues nos dixo, que sabia él que su asistencia nos habia importado otras veces. Estuvimos en el ameno espacio de aquel hermoso sitio con regocijo increible; porque Eusebio cantaba excelentemente, y yo le habia dado algunos versos que Don Carlos me habia enviado; los quales, por no ser de importancia, dexaré de referiros. Antes, dixo Hipólito, por ser suyos, recibiré particular gusto; demas de que yo fio que serán tales, que no les pese á Jacinto y á Rezuan de escucharlos. Si vos le haceis ese favor en profecía (dixo Doña Marcela) no será justo que yo pase adelante sin pagárosle con decirlos, y al principio esta Silva, en alabanza de la vida de la corte.

Vanamente se ocupa
Quien de la soledad glorias previene,
Si injurias apercibe
A las delicias que la corte tiene.
Aquí se desocupa
Del exercicio el que contento vive,
El cuerdo cortesano
Busca nobles amigos,
A quien hacer testigos,

Ya de sus dichas, ya de sus contentos,
Y mostrando su rostro mas humano,
Disculpa el ocio vano
Con algun pensamiento,
O algun concepto que explicó su intento.
El donaire y acaso,
Provocando el placer, mueve la risa;
Son los gustos mayores
Cesando del cansancio los rigores,
Y con esto es forzoso,
Que corra mas aprisa
El tiempo que cansado,
A qualquiera en su estado
Le tiene descontento y desabrido.
Son las horas mas breves,
Los cuidados mas leves,
Pues estando el ingenio divertido,
Porque las penas y pesares pierda,
Aun de sí no se acuerda,
La vida se le pasa divertido;
Y es dicha, porque el mundo está de suerte,
Que ha de venir á ser dicha la muerte.
Comunica á discretos,
Ríese de ignorantes,
Júntase á los perfectos,
Y atendiendo á negocios importantes,
Su parecer propone:
Quando no hay cosa que á lo opuesto obligue,
Ve que el suyo se sigue.

La dama se compone,
Sin que nadie se atreva
A mormurar si lleva
Galas que excedan á su humilde estado.
El plebeyo, el soldado,
El oficial, el noble, el caballero,
El propio, el extrangero,
Si bien son desiguales,
En tanta confusion se desconocen;
Solo al que tiene mas, mas le conocen:
El ser patria comun los hace iguales:
Dichoso, pues, con justa causa llamo
A quien por tantos modos,
Siendo inferior, puede igualarse á todos.
Murmura el atrevido,
Sátiras torpes hace,
A nadie satisface,
Y aunque de todos hace tal desprecio,
No le tienen por necio,
Antes por hombre grave,
Que tal vez el temor lisonjas sabe.
Aquí está la riqueza,
Aquí la cortesía,
Aquí tiene su asiento la belleza,
Aquí la variedad causa alegría,
Aquí la Religion, aquí la ciencia
Compiten á porfia;
La política tiene
Aquí lugar lucido;
Las injurias se acuerdan del olvido;
Aquí una novedad otra previene,

Y al fin, quien su quietud aquí codicia,
Ni le hiere el poder, ni la malicia.

Permitid que se sigan estas décimas: el sugeto fué haberme visto en el pecho una Fenix coronada de diamantes.

Marcela, á tu pecho unida,
Aunque de metal formada,
Parece que está animada,
Y tiene esa Fenix vida.
Que es insensible se olvida,
Y ya con razon sospecho,
Que juzgando ardor estrecho
Quanto sin tí puede haber,
Se ha venido á renacer
En el fuego de tu pecho.
Dichosamente se emplea,
Quando en tal rigor se abrasa,
Pues de un elemento pasa
A un cielo, que amor desea;
Feliz será, quando vea,
Que mejorando su suerte,
Es ya su mal ménos fuerte,
Si entre fúnebres desmayos,
De tu claro sol los rayos
Son las urnas de su muerte.
Bien merece la corona,
Que en tu pecho se previene,
Que reyno goza quien tiene
Tal lugar en tu persona;

Ya mi afecto se ocasiona
A envidias, que fueran zelos,
Si mirando tus dos cielos,
No me dixeran aquí:
Tú solo reynas en mí;
Pierde, Carlos, tus desvelos.

De esta suerte cantó, dexándome á mí gustosa, y á los demas entretenidos. Llegóse la noche; y como la licencia no era limitada, ni sabíamos lo que nos estaba esperando, procuramos usar de ella todo quanto pudimos. Fuese volviendo la gente que habia salido aquel dia, y quedámonos solos divertidos en el pasado regocijo. Advirtiónos Eusebio que era tarde, y tomando el coche en que habíamos ido, tratamos de volver á la ciudad. Al tiempo de llegar cerca de la casa que el padre de Horacio tenia en el camino, saliéron á nosotros ocho hombres, los quatro acudiéron á detener el coche, y á sacarnos de él, y los demas á matar á Eusebio, que venia á buena distancia en un caballo, si bien apresurándose para llegar á defendernos. Apeóse, y puesta mano á su espada, comenzó á cumplir con su obligacion animosamente; mas como eran tantos sus contrarios, y los que habian llegado al coche no tenian resistencia, nos lleváron, despues de haber dado al míse-

ro cochero muchas heridas, (para que no dixese quien habia hecho tal traicion) á aquella casa, que habia de ser fúnebre teatro de tan miserable tragedia, é infausto sepulcro de nuestras inocentes vidas. Metiéronnos en una sala. Aquí me detendré á pintárosla brevemente, para que veais de qué suerte persevera en algunos ánimos el rencor y deseo de venganza, para que las circunstancias de su prevencion hagan mas notable aquel peligro. Estaba toda colgada de negros lutos. Encima de ellos habia algunos quadros, donde el pincel representaba á todas horas con su muda eloqüencia los pasados sucesos. Uno contenia la muerte de Valerio, en cuyas cruzadas manos juraba su hermano y padre tomar cumplida satisfaccion. En otro el modo que tuviéron de librarse sus contrarios, y nuestros esposos, segun la vil criada les habia referido: en el opuesto lado tenia otro lienzo, dibuxada la traicion que habian pensado hacer aquella noche: estaba muerto Eusebio, y nosotras á punto de perder tambien á sus manos las vidas. En el último se mostraban retratados Alexandro y Don Carlos tan perfectamente, que llegué á hablarlos, é hiciéron mas en callar, que hicieran en responderme. Tenian sus nobles cuerpos con mil géneros de martirios, hijos de la fiera in-

clinacion de Horacio, y engendrados del odio con que los aborrecia. ¡O Hipólito! nunca pensara que fuera el amor tan poderoso, y nunca pensé que le tenia tan grande á Don Carlos; pues entre el riesgo que me amenazaba, y el dolor de verle de aquella suerte (que tal vez la imaginacion atormenta) casi me holgaba del suceso, porque habia sido causa de haberle visto. En medio de la espaciosa morada habia un túmulo cubierto con un paño de brocado, y á las esquinas quatro hachas, que alumbraban el referido espacio. Todo habia de estar de esta suerte, hasta haber tomado cumplida satisfaccion, para que no se pasase de la memoria el agravio; como si quien tiene el corazon vengativo, no tuviera bastante despertador en la crueldad de su inclinacion, ó en la fiereza de su crueldad.

Quanta lástima tenga yo á quien no sabe perdonar injurias, no me atreveré á explicar, sin temor de que me falten razones; porque dexando á una parte lo que mas se debe ponderar, que es no cumplir un hombre con las obligaciones de cristiano, aun en las cosas de que el mundo se precia, viene á quedar desacreditado y deslucido, puesto que se desvia de lo que le puede acreditar de humano, que es la razon, y se llega á lo que le

pone entre el número de las fieras, que es usar tanto de la ira. ¿Hay en el mundo cosa tan agradable como la liberalidad? Entónces, pues, será un hombre mas liberal, que sea mayor la dádiva, y entónces es esta mayor, que un hombre da la cosa que mas estima; de donde infiero, que el que perdona á su enemigo, viene á tener con superior excelencia esta virtud, pues viene á dar lo que mas estimaba, que es la satisfaccion de su injuria. A este modo le vendremos á hallar casi con todas las virtudes que un hombre puede adquirir. Tiene la templanza, pues se reporta; la caridad, pues dexa el notable daño de su próximo; la fortaleza, pues vence sus mismas pasiones; la prudencia, pues sin ella todas las mas no son posibles; y finalmente muchas de las que se contienen debaxo de estas. De suerte, que de accion tan cristiana, tan piadosa, tan virtuosa, y tan noble, se priva, quien atento al consejo de su pasion no perdona; y al contrario grangea tantos bienes, quien remitiendo la ofensa, se hace superior á sí mismo en las fuerzas, y aun se venga loablemente, si atendemos al parecer de Don Carlos, á quien oia decir muchas veces, que es bastante venganza haberla podido tener. No era de esta suerte Horacio, pues en lugar de prevenir di-

versiones que le traxesen olvido, tenia prevenidas tantas cosas que le solicitasen la memoria de nuestro daño.

Metiéronnos, como dixe, en aquella sala, y dexáronnos solos el tiempo que bastó para reparar en todas estas circunstancias. Al cabo de él entráron presurosos el vil Horacio, y otro primo suyo, diciendo: he dilatado vuestra muerte (¡ó viles mugeres!) hasta que en la presencia de Octavio mi padre (á quien envié á llamar para este efecto) sea nuestra venganza mas comun; mas supuesto que él llega á nuestra presencia, juzgad que ha llegado el término de vuestra vida. Comenzamos á rogarlos encarecidamente que no usasen tal crueldad con quien no les habia intentado daño alguno, y ellos á tratarnos mas ásperamente, quanto eran mayores las lástimas y los ruegos con que los obligábamos. Atáronnos las manos, para hacer mas fácil y mas segura nuestra desdicha. Púsose cada uno á un lado de la puerta de la sala con una de nosotras, para executar en viendo entrar á su padre el prevenido rigor. Yo estaba á los pies de Horacio, pidiéndole que no me quitase la vida; mi hermana á los de su primo, haciendo lenguas los ojos, y razones de piedad las lágrimas, para conseguir lo mismo. Ellos tenian empuñadas

las dagas, y nosotras esperábamos con la presencia de Octavio el fin de tantas desdichas (así han llamado muchos á la muerte.) A este tiempo llegáron dos hombres embozados, y metiéron mano á las espadas. Como solo se esperaba la venida de nuestro enemigo, y ví que el que entraba habia desnudado su acero, temí que, sin dar lugar á su hijo, queria anticiparse á derramar mi helada sangre; mas fué contrario el suceso, pues dando una estocada á Horacio, que llevado del propio pensamiento no se puso en defensa, le derribó casi con el último aliento á sus plantas. Allí le dió otras heridas excusadas, habiendo precedido la primera. Dexóme de esta suerte, y acudió á ayudar al que habia llegado en su compañía, que ya traia tambien mal herido al primo de Horacio. No parece sino que superior fuerza gobernaba el brazo de aquel hombre, segun la resolucion con que andaba, y la poca defensa que para sus armas habia en aquellos desdichados mozos, pues quedáron envueltos en su tirana sangre, y muertos al mismo tiempo que lo habíamos de quedar nosotras á sus manos, que no se dilata á mas el castigo que Dios envia á una venganza bárbara, alevosa é injusta. Llegué á querer agradecer á nuestro bienhechor tanto beneficio, y conocí,

ó Hipólito, que pocas veces es qualquiera persona dichosa de una sola manera: pues como los males se acompañan, tambien las dichas unas á otras se siguen. Conocí á Don Carlos, mi querido esposo; y torpe la lengua con el contento, hablé ménos con ella que con la vista. Decíame despues mi esposo, que nunca le habia agradado discreta, como entónces ignorante; porque las ignorancias que proceden de un grande amor y de una súbita alegría, siempre son mas agradables que las razones atentas y advertidas. Qual se halló mi hermana entónces, dexaré á vuestra imaginacion y á mi silencio, que es el modo de encarecer mas alto, y mas sin riesgo, quando se teme que han de ser los encarecimientos cortos, y dificil la salida. Con esto, y el cuidado que Don Carlos tenia de que nos ausentásemos de allí, no reparamos en quien era el que le habia ayudado, hasta que llegando con aquella anciana señora, que iba en nuestra compañía, y habia estado en otra sala miéntras nos sucedia todo esto, conocimos á Eusebio; agradecímosle la diligencia que habia hecho, y remitiendo para ocasion de ménos sobresaltos el modo de haber encontrado á mi dueño, y haber entrado â defendernos, salimos de aquella espaciosa habitacion, aunque no sin violencia;

porque los dos que habian ido con Horacio y su primo, quando nos sacáron del coche, quisiéron conocer quien eramos, y por qué causa nos dexaban salir libres. Tanto apretáron en esto, que obligáron á Don Carlos y á Eusebio a que metiendo mano á sus espadas, los encerrasen en una sala para que no hubiese estorbo en nuestra ausencia. Cogimos el coche en que habíamos comenzado á temer el infame término de Horacio, y puesto en los caballos Eusebio, porque (como dixe) el cochero estaba imposibilitado de exercer su oficio, nos acercamos á la ciudad. Encontramos en el camino á Octavio, y un criado suyo, que iban adonde Horacio ántes esperaba su venganza en nuestras muertes, y ya habia visto anticipadamente la suya. Quiso Don Carlos apearse para que tuviese el mismo castigo que su hijo, pues tenia la misma culpa; mas yo piadosa le rogué que desistiese de aquel parecer, porque matar un hombre á otro quando la cólera le ciega, y el discurso no puede obrar impedido del enojo, tiene cierto género de disculpa; mas hacerle tan notable daño quando el tiempo ha dado lugar á la prudencia, y libertad á la razon, no solo no tiene disculpa, pero hace su culpa notablemente grave. Detúvose Don Carlos, en que acabé de averi-

guar que me tenia amor, que era discreto y valiente; porque he visto á muchos cobardes enfurecerse mas, quanto mas los reportan, y á muchos ignorantes, que piensan que con las temeridades enamoran; y así las emprenden de ordinario delante de mugeres, ó contra ellas; siendo la accion mas vil que ha podido enseñar la cobardía, atrevérseles en confianza de que lo son, y de que no han de poder defenderse. Por todas estas razones grangeó mi esposo conmigo mayor amor y mayor crédito. Dexé de estimarle y encarecerle el gusto que me habia dado en admitir mi ruego, por tratar del modo que habíamos de tener en guardarnos para no ser hallados de la justicia, á quien luego habia de dar cuenta Octavio, viendo muertos á su hijo y sobrino. Fué comun parecer que nos recogiésemos en casa de su padre de Alexandro: hicímoslo así; y aunque era tarde, fuimos con el mayor secreto posible recibidos, dexando quatro calles ántes de llegar el coche, para que el ruido y señas de él no nos descubriese. Estuvimos allí aquella noche; dimos cuenta á nuestro piadoso huesped de lo que pasaba; y despues de haberles dado noticia de todo lo que habeis oido, llevados del mismo deseo que en vuestros pechos conozco, que es de saber la causa que

entrase en tan dichosa ocasion Don Carlos, rogamos á Eusebio que refiriese lo que sabia. El entónces, por haber adquirido con sus buenas obras nuestro amor, y con la novedad de lo que se le preguntaba aplauso, oimos con doblado gusto estas razones.

Despues de haber acudido á defender á mis nobles dueños, así por lo que yo debo estimar sus personas, como por cumplir con las obligaciones de buen criado, y despues de hallarme impedido de quatro hombres que saliéron á estorbarme el paso y quitarme su defensa y mi vida, me apee del caballo en que iba, y metí mano á este acero para que su violencia y mi ligereza diesen paso á mi intento. No lo conseguí como pensaba, pues ántes le hube menester para ausentarme de su rigor, y procurar por otro camino el remedio de tan apretado riesgo. Aquí acabé de averiguar lo que muchas veces pensé, y es, que debe ser tenido por ignorante quien gasta el tiempo en procurar cosa que conocidamente es superior á sus fuerzas. Determiné dar cuenta á la justicia, y para esto me ausenté con tanta velocidad, que á pocos pasos dexáron de seguirme. Cogió uno de ellos el caballo que yo habia dexado: mas en el tiempo que se ocupó en

cogerle y prevenirle, gané tanta ventaja, que con mucha dificultad me alcanzára, á no sucederme mejor que imaginó mi pensamiento. Llegué al camino real, que se enderezaba á la ciudad, con la priesa que dexo referida, desnudo el acero, y con tan apresurado aliento, que una respiracion se alcanzaba á otra: encontré un caminante, que viéndome con estas circunstancias, preguntó qué causa me obligaba á tan descompuesto y diligente cansancio. Yo, ó porque el cielo quiso librarnos de esta suerte, ó porque me pareció que si se resolviese á darme ayuda, bastaria para conseguir mi intento, le conté lo que pasaba; le exâgeré la traycion de Horacio; le previne del peligro de Doña Vitoria, y de la inocencia de Doña Marcela su hermana. Apénas oyó esto el piadoso caminante (que tambien tiene algunas veces el amor título de piedad) quando volvió las riendas al caballo, y me dixo que le siguiese. Reparó á poca distancia de que habia de llegar cansado y sin fuerzas para ayudar á su intento, y apeándose, me rogó que subiese al lugar donde dexaba á mis dueños con tanto peligro. Yo me excusaba á tiempo que llegó alentado el que me seguia codicioso; conocile, y llegándome á él le dí una estocada con que desembaracé la

• • •

silla de aquel tirano estorbo, y quité á mi caballo el alevoso peso. Subimos con brevedad cada uno en el suyo, para que pagasen con las heridas de los acicates la libertad del freno, y desmintiendo á su misma naturaleza se acreditasen de páxaros ligeros. Llegamos con increible celeridad á la casa donde habia de tener execucion tal delito, sin que viésemos á ninguno de los que me acometiéron despues de haberme aquel desdichado seguido. Dexamos los caballos á una parte, y llegamos á la puerta principal de la referida habitacion. Llamé á ella, y respondiéronme de dentro, si era Felix; yo les dixe que sí, de donde infiero que este Felix habia ido á llamar á Octavio, así por lo que Doña Marcela mi señora dexa adverido, como por haberle despues encontrado en el camino. Abriónos el deslumbrado portero, aunque esta inadvertencia mas se debe atribuir á permision divina, que dispuso el remedio de aquella inocencia en mis señoras, y el castigo de Horacio y su malicia. Entramos, volvió á cerrar la puerta, y avisó de que Octavio habia llegado. Subióse tras él nuestro desconocido bienhechor, y yo en su seguimiento, hasta que llegamos á la sala en que la crueldad de tan viles ánimos habia de ser el

verdugo de su injusta venganza; mas ellos tuviéron castigo al mismo punto que pensaban merecerle, sobstituyendo la misma desdicha con que su rigor á tales vidas amenazaba. Conocimos allí que el caminante era Don Cárlos, para que el contento y la alegría de verle, excediese primero á nuestra diligencia, y luego al pesar grave, al dolor justo y temor fuerte que á todos atormentaba.

Aquí acabó de referir Eusebio, y comenzó Don Cárlos la causa de su camino (que como dixe, fué no haber tenido pliego mio) y todos á darnos mil parabienes de la pasada dicha. Recogímonos lo que faltaba de la noche, y á otro dia tratamos de que Don Cárlos se volviese á España, y que nos llevasen á nosotras á un monasterio, donde estar ocultas y defendidas. Antes de ausentarse dexó poder al padre de Alexandro, para que cobrase su hacienda y la llevase con la suya que ya estaba en estado de poder embarcarla para volverse á su patria, ver á su hijo (á quien tenia en Salamanca) y buscar á Aminta, de quien tambien habia tenido noticia, con intento de que cesasen con su recogimiento los pasados disgustos. No obstante que estaban en este punto las cosas, y que pudiera par-

tirse, estuvo mi esposo algunos dias oculto en la ciudad, y acudiendo una vez á verme para despedirse, me refirió parte de vuestros sucesos (¡ó piadoso Hipólito!) me dixo vuestro nombre, y la apacible nobleza de vuestra condicion y su amistad. ¿Quién pensára que para mí me fuera de tanta importancia el haberlos sabido? Díxome juntamente, que de la pesadumbre que mi madre habia tenido con estas novedades habia caido en una enfermedad peligrosa, que siempre lo son las del cuerpo, quando se causan del dolor que ha padecido el alma. Despidióse de mi parte con el sentimiento que pudiera tener un corazon que se dividiera para no matar á su dueño, y de la suya con la alegría que debia tener quien habia hecho tan grande diligencia, como era librar de la muerte al objeto de su honesto y firme amor, y á la prenda de su mayor amigo. Partióse finalmente de Bolonia, y dentro de quince dias mi noble madre de esta vida. Averiguose la verdad del caso, que siempre trae ciertas luces para que la conozca la razon. Visto el dicho del cochero, y la confesion de aquel á quien dexó herido Eusebio, cuya vida se dilató á tres dias, á Don Carlos le diéron por libre, y nosotras lo quedamos de todas mane-

ras para poder irnos á España en compañía del padre de Alexandro. Hicimos dinero las posesiones, cogimos las joyas que habia, y dándole noticia de nuestro pensamiento, se alegró por lo mucho que nos estimaba, y porque sabia que ni le pesaria, ni le estaria mal á su hijo. Embarcámonos dentro de un mes, y despues de haber navegado quatro dias, se levantó una borrasca que mil veces nos tuvo á punto de perdernos. Derrotados llegamos ya á la vista de esta isla, donde el patron determinó llegar para esperar mejor tiempo. Cansadas de padecer tan prolixo naufragio, quisimos mi hermana y yo besar la deseada tierra en ella. Pusímoslo en execucion, saltamos en un esquife, y con él llegamos á asegurarnos un rato de los temores con que nos traia la fragilidad de una tabla y la soberbia de los elementos. Estuvimos así hasta el principio de la noche, y hasta que avisándonos de que habia mejorado el tiempo, quisimos entrar en el referido esquife. A tan infelice ocasion tuvimos este intento, que descubrimos un bergatin de turcos. Yo me volví á tierra, no sé si por la turbacion, ó pareciéndome que no me seguirian por ser sola. Mi hermana prosiguió, pensando tener amparo en nuestro baxel; mas aunque algunos lo

deseaban, no fué posible que el patron esperase, ántes comenzó á huir á toda priesa. Esto miraba yo desde la orilla, quando advertí que ese moro se arrojó en el vaso donde estaba mi hermana, y que habiéndola llevado á su bergantin, se acercaba á mi persona con ánimo de cogerme, miéntras los demas seguian á los nuestros. Metíme entre la aspereza de estas peñas, y á corto espacio me ví seguida y alcanzada en el distrito que tenia en su principio esta cueva. Allí temí mi muerte ó mi cautiverio; allí comencé á llorar mi desdicha, y allí ví mejorarse mi suerte con vuestro favor, para que Don Cárlos deba mas á vuestra amistad, y para que yo quede alegre, amparada y agradecida.

Puso fin á su relacion Doña Marcela, quedando Hipólito contento de haberla conocido en tiempo que ella se confesase servida, y él la hubiese hecho tan grande beneficio; porque para un hombre piadoso, no hay cosa tan feliz como haberse empleado en hacer algun bien, á quien lo merece, ó haber sacado de algun peligro á quien necesitaba de su amparo. Jacinto estaba gozoso de ver á Hipólito tan satisfecho de su valor, y Rezuan pesaroso de no poder pagarle con buenas obras la liberalidad que con él habia mostra-

do. Pasáron lo mas comodamente que pudiéron la noche, y al dia siguiente saliéron á buscar doblado aliento, miéntras Rezuan esperaba que volviesen sus amigos. Ausentóse el sol primero que él viese cumplidas sus esperanzas, y así le fué necesario volver al referido alvergue. Halló á los demas tan alegres, como si no fuera desdicha el haber de tener aquella vida; que es cordura hacer buen rostro á los males, quando por afligirse no han de tener remedio. Sentáronse entre las yerbas que adornaban la entrada de la cueva, y comenzáron á tratar de varias cosas. Unas veces se comunicaba lo que pertenecia á su estado. Otras de amor, y otras levantando mas el discurso, se trataba de la hermosura del cielo, de la claridad resplandeciente de las estrellas, de la armonía de los elementos, del adorno y lustre de la tierra, tan diversamente vestida de yervas, arboles y flores. De aquí pasaban á la grandeza de su criador (que siempre la soledad es contemplativa.) No se disgustaba Rezuan de oir á Hipólito, el qual era quien mas agudamente discurria. Dilatadamente se habia extendido el prudente mancebo, así en el número, compostura, y movimiento de los orbes superiores, como en la naturaleza y propiedad de al-

gunas yerbas (que yo dexo por no divertirme tantas veces del asunto, dando ocasion á que se piense que es fluxo de erudicion hablar con alguna noticia en tan diversas ciencias) quando viéron que de la parte del mar se levantaban unas ahumadas; púsose en pie Rezuan, y por el número advirtió que era su bergantin, y que le llamaban los suyos. Manifestóles esto á Hipólito y Jacinto, y prosiguió de esta suerte: amigos, á lo que habeis hecho por mí estoy tan reconocido, que procuraré descubrir en la paga quan bueno soy para deudor. Bien quisiera yo, que mi viage pudiera ser á parte donde vosotros quedarades contentos y seguros; mas supuesto que no es posible, para quien tiene tanta prudencia; la misma dificultad es disculpa; lo que yo os prometo, es, procurar que os saquen de esta soledad sin vuestro riesgo, la primera vez que hubiere ocasion á propósito. Agradeciéronle el ofrecimiento, y abrazándolos, se despidió y apartó de su presencia. Aunque las muestras de amor y benevolencia que Rezuan habia dado, pudieran dexarlos satisfechos, con todo esto el temor siempre propone lo que nos ha de estar mas mal. Comenzó á atormentarlos la imaginacion de pensar que el moro habia querido asegurarlos, y casi les pesaba de

haberle rogado al despedirse, que les diese á Doña Vitoria (por el consuelo de su hermana) pues los demas habian de saber la causa de quererla dexar, donde seria posible que quisiesen desembarcar para llevarlos á todos sin que pudiesen defenderse. Quien mas fuertemente imaginaba tantos daños era Jacinto, y mas quando los confirmó viendo volver á Rezuan, y que les decia: supuesto que ha de venir Doña Vitoria, será bien que venga este mancebo, para que desde el puerto la acompañe. No sabia el temeroso mozo que responder: si se excusaba, se desacreditaba de animoso; si iba, temia el cautiverio; mas como siempre es ménos estimable la libertad que la honra (esto vale en quien es honrado solamente) quiso ponerse al riesgo de su pasada esclavitud, por no mostrar su temerosa flaqueza. Siguió á Rezuan, y quedáron Hipólito y Marcela cuidadosos del fin de aquel suceso, y dudosos de la promesa del infiel, que no es mucho que á quien le falta la observancia de la ley de Dios, le falte el cumplimiento de la palabra, y la execucion de la promesa. Quanto mayor era el deseo de que volviese Jacinto, tanto mayor les parecia la tardanza, que á quien espera nunca le parece breve, y siempre le parecen siglos los instantes. Oian ruido de

armas (porque nunca el fuego sabe salir secreto, quando tiene por vecino al plomo, y se mira injuriado de la opresion del hierro) y no sabian qué novedad era causa de lo que los tenia suspensos. Tal vez presumian que habrian tirado para matar á Jacinto, y tal, que habria sido aquel instrumento de la muerte de Doña Vitoria. ¡O imaginacion! ¡qué de cosas diversas engendras entre tí y el temor! quando se juntan las dudas, la razon se ciega.

De esta suerte estaban á tiempo que sintiéron que se les acercaba un buen número de gente, que la noche y la pasion de un ánimo afligido, siempre hacen las cosas mayores. Escondióse Doña Marcela presurosa en la cueva, é Hipólito metiendo mano á su acero, se dispuso á perder la vida ántes que entregarse ni rendirse. Entróse tambien adonde la temerosa dama estaba, para manifestarla su determinacion y consolarla, como si tales desdichas pudiesen admitir consuelo. Volvióse luego á la boca de la cueva para defender la entrada, y fué á tiempo que sintió que tambien por la otra parte habia gente. Hasta aquí pudiera la esperanza de buen suceso desmentir á la imaginacion que los atormentaba; mas desde ahora tuvieron disculpa en imaginarse presos ó muertos, y en culpar á Rezuan, de que

así los hubiese vendido y engañado, pues para que no huyesen los habia hecho coger las salidas, como quien las sabia por haber estado con ellos. Raras veces conocé el valor á la dificultad del peligro, ni la determinacion oye los consejos del miedo; y así no obstante el que pudiera tener Hipólito con tan ciertas circunstancias de su daño, y tan claros indicios de su muerte, salió atrevido y resuelto á bañar su limpio acero en la barbara sangre de Rezuan y de sus amigos, diciendo: bien sé, que se ha de mezclar la mia (¡ó infieles!) entre los matices de estas yerbas: bien sé que han de crecer con su roxo humor, y que lo que ahora es causa de mi vida, brevemente les ha de servir de alimento. Bien sé que ellas me han de servir de túmulo oloroso, y esta obscura habitacion de fúnebre sepulcro; mas lo que os puedo asegurar, lo que tambien sé, es que os ha de salir cara mi muerte, y que muchas vuestras han de ser el precio de la mia. Estas razones acabó de proferir á tiempo que le pudo responder Jacinto las siguientes. Diverso es, ó Hipólito amigo, el suceso que debeis esperar de la imaginacion que teneis; ya veo que os presumis muerto y no rendido, y advierto que os juzgais cercado de enemigos, mas ni lo uno ni lo otro

es cierto, ántes bien contraria la fortuna, pues desde ahora podreis comenzar á vivir alegre, y seguro de que todos son vuestros amigos quantos han llegado á causaros tan grande desasosiego. Yo fuí quien tracé que por la otra boca de la cueva acudiesen algunos, porque el peligro no os obligase á ausentaros por ella, con que se hiciese el trabajo de buscaros mayor, y la desdicha de dexaros solo mas fuerte. Sosegó en parte su alterado ánimo Hipólito conocida la voz de su amigo; salió á certificarse de la verdad del suceso, y halló un buen número de soldados con bizarras galas y español trage. Estaba entre ellos Don Juan, aquel caballero que en Alcalá fué compañero de Don Alonso, hermano de Hipólito. Llegó el noble mancebo á darle los brazos, habiéndole conocido por las señas que Jacinto le habia dado en la distancia que habia desde el puerto hasta la cueva. Hipólito se informó de quien era, y comenzó á corresponder á su afecto con tantas demostraciones de alegría, que pudiéron igualar á la grandeza del beneficio que habia de recibir. Llamó á Doña Marcela para que tuviese parte en esta dicha, como la habia tenido con los pasados temores; y por decirles Don Juan que convenia volver á la mar, todos juntos se apartá-

ron de aquel natural, áspero y solo edificio. Llegáron con brevedad al puerto que nunca conoció la diligencia á la tardanza, y poco á poco se fuéron embarcando en una fragata de la Religion de Malta, la qual venia á cargo del mismo Don Juan, por ser persona que en todas las ocasiones habia mostrado su heredado valor y noble sangre.

Con esta felicidad comenzáron á navegar, hasta que la luz del alva los hizo á todos conocerse mas distintamente. Aumentáronse las dichas de Doña Marcela, viendo á su hermana Doña Victoria, quando ménos lo esperaba. Creció con esto el regocijo de Hipólito, al paso que ántes habia sentido su cautiverio. No fué inferior el que todos recibiéron, quando Don Juan, mostrando el alegría de su pecho en todas las acciones que hacia, manifestó que la causa era haber hallado á Don Jacinto, con quien no tenia ménos parentesco que ser hijos de un mismo padre. Admiróse Hipólito de nuevo, y si bien siempre habia hecho de él justa estimacion por el valor que habia tenido en tanta desdicha, comenzó á mostrársele, y comunicarle mas familiarmente. Deseaba Doña Marcela (nunca olvidan el ser curiosas las mugeres) saber el modo que habia tenido su hermana de llegar á aquel

lugar, á tiempo que ella la lloraba cautiva; rogó á Don Juan que se le refiriese, y sin desistirse del cuidado de la navegacion, el noble caballero se dispuso á cumplir su obligacion, y obedecer á sus ruegos. Pusiéronse Hipólito, y todos los demas en parte adonde pudiesen oirle ellos, sin excusar que Rezuan estuviese presente, el qual tambien se habia embarcado en la fragata. Vista por el noble Don Juan su prevencion, empezó á satisfacer su deseo, diciendo de esta manera:

Despues que me aparté de Hipólito, por los sucesos que en Alcalá hiciéron prodigiosa su fortuna, llegué, en compañía de Don Alonso su hermano y mi amigo, á Barcelona. Estuvimos en aquella ciudad algunos dias, donde Don Alonso comenzó ciertas correspondencias. Determiné yo no dexar pasar el tiempo de mi juventud, sin algun exercicio, porque es muy vil la pereza de un hombre bien nacido, quando le detiene para que no intente cosas grandes, y procuré llegar á ser tan bueno con sus obras, como lo ha sido por su sangre. Escribiame Don Jacinto mi hermano desde Segovia, y con gusto suyo y de mis padres, que desde Madrid me ayudaban con cartas á que prosiguiese este intento, me partí á Malta,

deseoso de hallarme en ocasiones en que emplear mi aliento y fuerzas, y merecer con las armas el blanco adorno de una cruz, que me ilustrase los pechos. He estado en ella desde entónces, bien sé que con gran vigilancia y cuidado de mi parte, aunque no sabré decir si con satisfaccion de mis mayores y superiores, porque á un soldado, ó le han de alabar los enemigos, ó sus mismas hazañas, si procura que no sea la alabanza sospechosa. Ultimamente, por venir con brevedad á lo que mas importa, digo: que habrá catorce dias que la religion me hizo llamar, y con el secreto que acostumbra, me encomendó el empeño de un grave peligro, y el efecto de un importante negocio. Como quien viene á merecer no tiene otro gusto, que ocuparse en emprender grandes dificultades, ó ya porque sea mayor la gloria, ó ya por llevar, quando el suceso es contrario, en la misma dificultad la disculpa, admití la empresa con alegría, y agradecí que entre tantos como lo deseaban, se hubiese tenido memoria de mi persona. Cogí luego esta fragata, y en ella los amigos que veis, en cuya compañía llegué con felicidad á una poblacion, llamada Potu, que está en la provincia Bénica, que es una parte de la Grecia. Si el secreto me diera

licencia para que os contára los peligros en que nos vimos, el cuidado que nos costó, y los sucesos que tuvimos hasta conseguir lo que deseabamos, no dudo que os dexaria mi relacion alegres, y que yo os llevaria largo rato divertidos; mas supuesto que no se me permite, lo encomendaré al silencio, por decir que despues de haber cumplido con lo que se me habia encargado, nos volvimos á embarcar para volver á Malta. Dexamos á la mano izquierda á Constantinopla, y á la vista de los Dardanelos (fuertes que guardan todo el canal) pasamos junto á Lembro, isla despoblada. De allí por el mar Egeo vinimos á Metelin. Luego por el Archipiélago, á Cabeblanco y Samo. Alegres con la felicidad del suceso, llegamos ayer al fin del dia á la vista de Maqueria ó Nicaria, que es la isla en que tuve la dicha de hallaros. Descubrimos junto á ella un bergantin, que luego se conocio ser de enemigos. Esperamos á que cayese un poco mas la noche, para pasar sin tener con él encuentro, y apartarnos hácia Andri, que es la otra isla que está enfrente. No excusábamos este lance, porque temiésemos llegar con los contrarios á las manos, si no por no poner á peligro la importancia de nuestra presa. Dió el bergantin algunas ahumadas

con ánimo (á nuestro parecer) de que entendiésemos que no estaba solo, y con esta presuncion nos desviamos mas trecho. Piensan algunos que es cobardía lo que suele ser prudencia, y siempre juzga así quien es vil en el ánimo. Digo esto, porque cobráron los del bergantin esfuerzo, viendo que nos apartábamos, y se llegáron á nosotros con ánimo de prendernos. Fué el suceso bien contrario de lo que ellos pensáron, y bien parecido al que tienen quantos juzgan ignorantemente del valor de sus contrarios, pues desengañados de que no nos habia desviado el temor, sino la cordura, á rigor de nuestras armas, se viéron ir irremediablemente á pique.

Entre las voces que su desdicha les hacia dar (que pocas veces los trabajos son mudos) oimos las de una muger, que por serlo y pedir favor á Dios en lengua conocida, nos movió á piedad, y á deseo de darla algun socorro. Llegamos cerca de donde los demas andaban entre las manos de la muerte, y ella lastimosamente la esperaba por puntos. Echamosla una cuerda, y prevenímosla de que se asiese de ella. ¡O temor á lo que obligas! ¡ó muerte lo que puedes! ¡ó qué insufrible desdicha es esperarte! ¡y quán feo es el aspecto con que llegas!

...

Dígolo, porque apretó la cuerda tan fuertemente, que despues de haberla recogido arriba, y haber perdido el miedo que ántes le amenazaba, aun no la podian abrir las manos, para que dexase el instrumento de su remedio. En este punto estábamos, quando oimos que desde la isla nos decian, que llegásemos cerca. Admirónos esta novedad, así por extrañar la lengua, como por oir que estaba gente en lugar que siempre habia sido tenido por inhabitable. Volviéron á continuar las voces, y aunque en lengua arábiga, atendimos á que eran estas las palabras: Rezuan, vuestro señor soy; amigos, ¿qué dudais? Llegad, que pues estoy solo, sin peligro podreis venir á recogerme. Viendo que aquel moro decia que estaba solo, me determiné á cogerle y informarme si andaban por allí otros, de quien importase guardarme. Llamé á algunos de los que tambien lo deseaban, y dexando á los demas prevenidos de que si hubiese alguna novedad avisasen, saltamos en la isla contentos. Rezuan pensando que eran los suyos, se nos entregó sin defensa. Pensó lo mismo Don Jacinto, hasta que por el modo de comunicarnos, reconoció que no era tan grande su desdicha, como habia imaginado. Preguntéle su patria, su estado y

nombre, por los quales vine en conocimiento de que tenia el premio de mi pasada piedad, en haber sido el medio de la libertad de mi querido hermano. Manifestéle luego quien habia llegado á favorecerle (que defrauda muchos gustos, quien dilata las nuevas del bien) y pagándome en abrazos la deuda, que yo cobraba en la suya y mi alegría, me refirió que os dexaba en la pasada soledad. Por las señas conocí vuestra persona, ó amigo Hipólito, y le rogué que nos guiase al lugar en que pudiese veros. El contento con que Don Jacinto cumplió mi ruego, lo demas que despues sucedió, no se os oculta, por haber estado á todo presente hasta este punto, en que se ha acrecentado mi regocijo, sabiendo que la noble dama que libramos de las furiosas olas, es hermana de la que traeis en vuestra compañía, y cosa en que todos habeis confesado tener tanto consuelo.

Aquí acabó Don Juan su relacion, para que las dos hermosas damas continuasen los abrazos que la atencion habia dividido en los pasados sucesos. Doña Victoria dixo, como despues de haberla cogido en el bergantin, tratáron los turcos que iban en él de seguir al navio donde ellas, y Don Gregorio ha-

bian padecido aquel penoso naufragio; mas que no le habian podido alcanzar, por cuya causa se habian vuelto donde Rezuan su señor les esperaba, para que sucediese lo demas que Don Juan habia referido.

Ya habian pasado las Islas de Nixia, Fermenta y Zicérigo, y dexando á mano derecha á Sapiencia y Prodeno, entráron en el mar africano, quando pidió Don Juan á su hermano, que contase la causa que le habia traido á lugar tan extraño, pues solos sus accidentes habian quedado ocultos. Previniéronse del deseo de oirle, y ocupando Doña Marcela y Victoria los mas cercanos asientos, el noble mozo, prometiendo verdad y brevedad (partes que suelen hacer á las narraciones gustosas) dió principio á su discurso, diciendo,

Ya tiene Hipólito noticia de mi patria y padres; así por habérsela dado yo en el tiempo que la soledad de aquellas islas nos dió tan prolixa ocasion, como por haber conocido que soy hermano de Don Juan, cuya nobleza le hizo amigo, y compañero del suyo, que la igualdad siempre ha sido tercera de la amistad. Atento á esto, dexaré de decir algunos encarecimientos (que con toda satisfaccion pudiera) de mi sangre, y pasaré

los de mi fortuna. Siempre á los pocos años se junta la imprudencia, como á la vejez la cordura, de donde nacen tan diversos deseos como se experimentan cada dia, no solo en distintos sujetos, sino en uno mismo en tan distintas edades. He dicho esto, porque mi noble padre (cuyo nombre es Laurencio) en su juventud fué de los destraidos de su patria, y en mayor edad, de los virtuosos de la corte. Queria, desengañado de los peligros, á que anda expuesta una mocedad imprudente, que nosotros comenzásemos por donde él acababa, sin acordársele de sus principios, y de que habiendo un hombre de tener las dos edades, juvenil y decrépita, es ménos inconveniente ser mozo en las costumbres, quando mozo en la edad, que no que se truequen los tiempos; y siendo viejo en la mocedad, sea mozo en la senectud. Apretábame tanto, por haber conocido en mí mal natural, que parecia mas mi enemigo, que mi padre; y la verdad es, que á quien él queria mal era á mis perversas inclinaciones; no digo á mis viles, porque en esa parte me importó mucho el ser bien nacido. Castigábame áspera y continuamente, y aunque el castigo suele ser á los hijos importante, quando excede los límites de la prudencia, es tan malo como el des-

cuido; pues llegando los muchachos á acostumbrarse á él, pierden la vergüenza y el temor, con que ni se enmiendan, ni les sirve mas que de endurecerse, ó ausentarse. Iba yo creciendo con mis pasadas costumbres, y con disgusto de mi padre, porque veia doblársele con mi edad las penas y los cuidados. Ya en este tiempo cesáron los castigos, y comenzó otro género de aspereza mas cruel, que era no querer hablarme, negarme el adorno decente á hijo suyo; y lo que en esto grangeaba era, que viéndome mal vestido, y que no podia andar con mis iguales, me acompañaba de otros muchos peores que yo, con que se iban poniendo en peor estado su desconsuelo y mis vicios. Viendo, pues, este rigor para conmigo, y considerando que de aquella suerte me perdia, volví, aunque muchacho, á considerar mis daños, y determiné mudar de tierra, cansado de ver siempre el rostro de mi padre tan desapacible; cogí algunos dineros para el camino, vestíme razonablemente, y sin dar á nadie cuenta, tomé el viage de Segovia: aunque en tan menudas circunstancias os haya gastado el tiempo, me pareció no callarlas; así porque veais la moderacion con que se deben castigar los hijos, y lo poco que se remedia quando

el rigor es desigual á la culpa, pues ántes sirve de irritarlos á cosas peores, como porque tengan disculpa mis yerros en la temeridad de su condicion. Mostráron todos los presentes gusto de haber oido los pasados consejos; y él, prometiendo en lo demas brevedad, prosiguió. Pasé la nevada cumbre que divide las dos Castillas, llegué á la antigua ciudad, á quien entre otras grandezas ha hecho célebre el edificio de su puente, y dentro de quatro dias traté de servir, por no divertirme mas, y por ocupar el tiempo. Acomodéme en casa de un caballero principal (llamado Don Pedro) que, segun Hipólito despues me refirió, y yo advertí, por parecerme que le habia conocido allí, es el padre de Doña Clara, su primer malogrado amor, y de Don Gerónimo, á quien despues de haberle llorado muerto, restituyó á su casa. Contó aquí Hipólito este suceso, como en el quarto discurso queda referido; y causando la misma admiracion que entónces, volvió á dar lugar para que continuase sus accidentes D. Jacinto.

A otro dia se sintió mi ausencia, y dentro de pocos adonde estaba acomodado, ó ya por las diligencias que para buscarme se hiciéron, ó ya porque alguno me conoció, y dió á mi padre noticia.

Holgóse de esto en extremo, pareciéndole que así estimaria el regalo que tenia en Madrid, y reconoceria la verdad de sus consejos. Escribió de secreto á Don Pedro, diciéndole quien era, y la causa que le obligaba á dexarme en el número de su familia, confiado en que cuidaria de mí desde entónces con mayor atencion. Hízolo así el noble Don Pedro; y sin que yo supiese por donde me habia venido el crédito, comencé á ser tratado con tan piadoso término, y á ser estimado de los demas criados, de suerte, que quanto yo disponia, se executaba sin dilacion alguna. Llegó á saber mi ilustre nacimiento Doña Antonia, que, como queda referido, era hermana del gallardo Don Gerónimo; y despues de haberse puesto fin al llanto, y lutos de la mal lograda hermosura de Doña Clara, comenzó á mostrarse inclinada á mis prendas. Yo, en quien con el cuerpo y con los años habia crecido el aliento, leyendo en sus ojos mi dicha, que en la escuela de amor el mirar apacible son las primeras letras de su ciencia, me dispuse á corresponderla. A el amor que crece demasiado sin tiempo, le sucede lo mismo que á los niños, á quien se anticipa en tierna edad la razon; y es, que teniendo la vejez en la puericia, raras veces llegan á la juven-

tud. Digo esto por otros muchos, á quien por haber comenzado desde luego á ser grandes, he visto acabar muy presto, y por el mio (que al contrario), como comenzó poco á poco, ha permanecido firme, y estará fuerte miéntras me durare la vida. En el tiempo que Don Juan mi hermano estaba en Alcalá, y despues se partió á Barcelona, le escribia yo muchas cartas, parte encareciendo mi alegría, y parte deseando saber de la salud de mis padres, á quien porque no me estorbasen el gusto de ver y comunicar á Doña Antonia, no daba noticia de mi persona. Duró nuestra correspondencia algunos dias; mas como las desdichas estan acechando á la felicidad para destruirla, y esto con tanta mas puntualidad, quanto el estado es mas gustoso, brevemente hicimos experiencia de su rigor y su malicia. El caso fué, que otro caballero amigo de Don Gerónimo (que esto adquiere un hombre que no mira de los amigos que se acompaña) por haber entrado con él en su casa muchas veces, se enamoró de su hermana. Ella se habia excusado de corresponderle primero, por ser hombre desigual á sus prendas, y despues por haber empleado su voluntad en las mias. Viendo este vil hidalgo la dureza de Doña Antonia, tomó el mas extraño y mas necio camino de

enamorarla que jamas ha llegado á mi noticia, y fué amenazarla unas veces, y otras injuriarla con palabras. Quando llego á pensar esta ignorancia ó locura, pierdo juntamente el juicio y la paciencia; porque ¿qué conexîon tienen las injurias con la voluntad? ¿ó qué afinidad las amenazas con el amor? No paraban en esto solo los desatinos de este hombre, sino que contaba que Doña Antonia le admitia, y se alababa de cosas, que no solo no eran verdaderas, pero aun de las que yo sabia ser falsas. ¡O lengua bárbaramente vil! ¡O condicion, en qualquiera que te halles, infame! Si lo que no haces publicas, ¿cómo ocultarás lo que consigues? ¿cómo honrarás á quien tal vez olvida su honor por tu gusto, y empeña su honestidad por cumplir tu lascivo deseo? Andaba este hombre con estas cosas insufrible, y la mísera dama deshonrada. Pasando, pues, adelante en su desvergüenza, un dia en que yo la iba acompañando, y ella á su madre, llegó á decir tales razones, que á las nobles señoras cubrió el rostro de vergüenza; y á mí y á otro criado que se halló presente, nos obligó á responderle en el mismo lenguage, y con sus mismos términos. No traia yo entónces espada, porque se lo habia encargado mi padre á Don Pedro mi dueño, deseoso de que de

todas maneras estuviese con quietud, como si el demasiado encogimiento no hubiese engendrado mil veces á la cobardía, y como si esta no debiese estar tan agena de un ánimo noble, como la temeridad de un pecho religioso. Yendo, por estas prevenciones de mi padre, sin espada, pude temer la del contrario, que desnuda nos venia amenazando. Poco importara su resolucion, porque mi amigo tambien la llevaba, si con brevedad no llegaran otros suyos, que desde léjos le venian siguiendo; mas como de nuestra parte estaba la razon, y de la mia el amor de Doña Antonia, viendo herido al que estaba à mi lado, le quité la espada para que se fuese, y pelee tan valientemente con ellos, que de tres que eran, el principal agresor quedó muerto, y los demas se ausentáron heridos, y yo á una Iglesia temeroso.

Estuve allí oculto quatro dias, adonde Doña Antonia me escribió declaradamente lo que me estimaba, y que tuviese por cierto, que aunque me hubiese de ausentar por la muerte que aquel necio tenia tan bien merecida, siempre estaria presente en su memoria. Respondíle con mil agradecimientos, y una noche me salí de la ciudad con ánimo de llegar á Barcelona, donde Don Juan estaba. Busquéle en

ella, y dixéronme que se habia partido á Malta. Quise seguir su fortuna, y embarquéme en un navío que hacia su viage á Sicilia. Desde allí partí en una fragata para llegar a aquella inexpugnable isla. Mas en medio del camino fué impedido nuestro viage, ó por mejor decir, dilatado contra nuestro gusto; pues á mí, y los demas que se hallaron conmigo, nos lleváron á Constantinopla. Allí estuve largo tiempo (nunca en la esclavitud parece breve) hasta que una noche impensadamente (siempre suele llegar de esta suerte la fortuna, ó porque parezcan mayores sus bienes, ó porque la brevedad de su mudanza nos acredite la liviandad de su condicion) encontré á Hipólito, que, sin conocerme, informado de que era esclavo, me convidó con la libertad. ¿Quién hay que no la desee, siendo tan natural, y tan conforme á nuestra naturaleza? Seguíle; y llegamos, despues de varios lances, á aquella isla, donde la malicia del patron (segun yo puedo inferir por algunas cosas que ví) nos dexó en tan grave peligro. Estos son los medios de haber llegado á este punto, para que yo quede á Hipólito deudor, y á mi hermano agradecido; y para que á la alegría de mi buen suceso junte, si el cielo me dexa llegar á España, el contento de ver á Doña

Antonia, y saber si ha cumplido lo que me prometió, pagando igualmente el afecto que en mí ha permanecido constante.

Acabó de esta suerte su discurso Don Jacinto, y comenzáron los demas á agradecerle el castigo que habia dado á aquel deslumbrado necio, que en favor de las mugeres, y de su honor, qualquier hombre bien nacido se apasiona justamente. Ya en esto habian dexado á mano derecha á Sicilia; y excusando el pasár por el Faro de Mecina, por no parecerles tan apropósito, llegáron á vista del cabo de Passera, y luego con brevedad á Malta. Don Juan fué recibido de los superiores con mucho gusto; y aunque no se supo lo que habia hecho, por convenir el secreto, se presumió que fué accion heroica, pues en premio de ella le dió luego la religion el hábito. Fué necesario que se detuviesen allí por esta causa algunos dias, si bien como á Hipólito le llevaba cuidadoso el suceso de Aminta, y á los demas sus particulares intereses, lo mas presto que fué posible, dexando á Don Juan tan noblemente premiado, se partiéron á España. En los ratos que habian tenido de conversacion, viendo Hipólito á Rezuan mas inclinado á nuestra Religion, comenzó á exhortarle en ella. El discreto moro, convencido de Hipólito, se determinó á de-

xar su ley, y á volver á Constantinopla, y traer su hacienda á España, por tener que repartir en obras de piedad. Dióle Hipólito señas del lugar donde en Madrid podria hallarle; y quando tuviéron comodidad, el reducido moro se partió á efectuar su intento, y Don Jacinto, Doña Victoria, y su hermana, en compañía de nuestro heroe, con ánimo de llegar á Barcelona. Tuviéron en esta navegacion una tormenta, que les obligó á echar en la mar la ropa de que Don Juan les habia prevenido. Y finalmente, llegáron al puerto de la referida ciudad con miseria, por la pasada desdicha, y con esperanza de que en el fin de tantos males tendria principio su felicidad, y fin sus desdichas.

DISCURSO OCTAVO.

Terrible monstruo es un avariento. Yo á lo ménos mas fiara de las entrañas de una fiera, que del corazon de un avaro; porque aquellas la necesidad de alimento les obliga á ser crueles, y satisfechas descansan; mas en este no se aplaca la hambre de riquezas, y así nunca llega el dia en que se sosiegue su deseo. Séneca dice estas palabras: ninguno de nosotros es el mismo hoy que fué ayer (esto se debe entender de la edad.) Todo quanto vemos corre con el tiempo: solo no sucede esto al avaro, cuya sed es tan permanente, como si los bienes temporales hubieran de durar siempre, ó su posesion hubiera de ser eterna. Tulio siente mucho, y se lastima, no solo de los avarientos, pero aun de sus mismas riquezas, quando despues de haber venido á poder de un avaro, dice: ¡quán odiosa, quán abor-

recible cosa es ver á una casa, y oir á los que pasan! ¡O infeliz habitacion, quán diferente dueño te posee! ¡quán diverso el ánimo del pasado! ¡y quán mísera la cortedad del presente! Desdichado de tí, dice en las Paradoxas, que no solamente eres atormentado del cuidado de adquirir, sino del miedo de perder. Aunque ya no sé como puede perder un avaro, si en sentencia de Quintiliano tanto le falta lo que tiene, como lo que no tiene. Didimo, escribiendo á Alexandro, dice de esta manera. Tanto poseemos, quanto no deseamos, porque es una tan fiera enfermedad la avaricia, que á los que enferman de ella, los hace necesitados, nunca halla el fin de adquirir. Quando mas poderosa, es mendiga; y á los que la pobreza hace libres, pone ella en el infeliz estado de esclavos. Epicuro, filósofo antiguo, referido de Vincencio, dice á este propósito con singular agudeza. Si á alguno no le parece bastante la riqueza que tiene, aun siendo señor del mundo, ha de ser miserable, porque siendo señor de él, aun no estará contento. Si quieres, pues, vivir alegre conforme á la naturaleza tuya, ó á la necesidad de tu estado, no á la opinion agena, advierte que allegar muchas riquezas, no es tener fin en la miseria, ni mudarla; es sí mudar la mise-

ria de pobre en la necesidad de avariento.

He referido esta variedad de sentencias, ó ya para afear este vicio, ó ya para prevenir lo que en Barcelona sucedió á Hipólito y Jacinto, su nuevo amigo y compañero. Dexamos dicho que llegáron al puerto, si bien con necesidad, con esperanza de hallar en la ciudad algunos que se la socorriesen, ó por el crédito de sus personas, ó por el conocimiento de los padres de Don Jacinto. Tomáron una posada, donde Doña Victoria y Marcela descansasen, y se reformasen del cansancio de la navegacion. Dexáronlas en ella, por salir cada uno de su parte á buscar quien les diese algun dinero con que llegar decentemente á Madrid. Llegó Don Jacinto en casa de un mercader, amigo de su padre; mas como muchos de estos no tienen mas amistad que con el oro, ni mas correspondencia que con el interes (vil costumbre de avarientos) negó juntamente el conocimiento, y las obligaciones que tenia de favorecerle. Hipólito á este tiempo andaba haciendo las mismas diligencias; pero como el trage desacreditaba á su persona, por haberse deslucido en tan largo cautiverio, y tan dilatado viage, ni el llegar le servia mas que de avergonzarse, ni la vergüenza mas de hacer que se le doblasen las penas. A un

. . .

mismo punto saliéron entrambos, á un mismo tiempo una misma pena padecian, y á una misma hora volviéron con igual afrenta, y desigual esperanza que habian salido. No se preguntáron el uno al otro la causa de la tristeza con que venian, porque cada uno conocia por los efectos de su sentimiento los agenos, y de unos y otros la causa. Consoláronlos Doña Marcela y Victoria, viendo que por la falta que ellas habian de tener de regalo, eran en ellos las penas mayores; finalmente, quando ménos le esperaban, y quando ménos diligencias hacian, halláron dentro de su misma posada remedio á su necesidad, que entónces suele estar mas seguro, que ella es mayor, y nosotros la esperamos ménos.

Fué, pues, el caso, que el huesped tenia costumbre de visitar por las mañanas á los forasteros que estaban aposentados en su casa, para saber si querian prevenirse de alguna cosa en órden al sustento de aquel dia. Entró para esto en la sala donde Hipólito estaba, á quien conoció apénas, quando llegó á abrazarle, manifestando la alegría que le habia dado su presencia. Advirtió Hipólito, por las razones que el huesped le dixo, que era Leandro, aquel preso á quien favoreció en Salamanca, y de quien dexamos hecha par-

ticular memoria, al tiempo que él refirió los sucesos de su vida, desde que salió de Jaen su patria. A la alegría que uno y otro tuviéron, se juntó larga conversacion, que no se permite breve entre los que se ven despues de muchos dias. Leandro contó varios accidentes suyos, si bien mas honrosos que los que le habian sucedido en Madrid fingiéndose mendigo. Al cabo de ellos añadió, que caminando por diversas tierras habia llegado á aquella ciudad, donde habia regalado y servido á una viuda, que era señora y dueño de aquella casa, y otra mucha cantidad de hacienda, y que con estos regalos habia conseguido que se pagase de su proceder, y luego de su persona, con tanta satisfaccion, que habia tenido efecto en ella el gusto de que él fuese su marido, y en él el cumplimiento de su deseo; pues siéndolo. habia tomado posesion de su hacienda, y habian tenido fin sus peregrinaciones. Contóle Hipólito parte de su viage, y dióle noticia de su necesidad, para que Leandro, sin esperar á que prosiguiese, se ausentase, y brevemente volviese con no poca cantidad de plata y oro, diciendo: hasta saber la necesidad de los amigos, tienen disculpa los que se precian de serlo, aunque no se la remedien; mas de aquí adelante, ni yo la tuviera, ni me-

reciera nombre de agradecido, sino es correspondiendo al beneficio que de vos recibí en tan apretado tiempo. ¡O quán cierta verdad es (respondió Hipólito) que no hay mayor tesoro que los amigos! Porque demas de ser una riqueza viva que acompaña en los peligros, es una prosperidad cuerda que consuela en los trabajos. Cierto podeis estar, amigo Leandro, de que esta liberalidad que usais tendrá tan fiel correspondencia, si Dios me diere vida, que no haya sido pagar el beneficio que confesais, sino adeudarme para que nunca pueda acabar de satisfacer la merced que me habeis hecho. Por dos caminos suelen ser los préstamos estimables, ó por el tiempo á que vienen, ó por el poco trabajo que cuestan, y por uno y otro me dexais obligado; por la ocasion, pues nunca pudiera ser mas apretada, y por la poca costa que me ha tenido este socorro; pues aun no aguardasteis á que me costase la vergüenza de pedirle. En esto advierto yo vuestra cordura, pues bastantemente pide quien cuenta su necesidad á quien puede remediársela. Leandro respondió cortesmente á los agradecimientos de Hipólito, y los dos juntos saliéron á prevenir todo lo necesario para reparar su deslucido trage. Descubrió Jacinto con el nuevo adorno la bizarra dis-

posicion que traia encubierta con el vestido de esclavo; y finalmente, unos y otros quedáron con la decencia que era justa á sus personas.

Tratáron con esto de llegar á Madrid, cuidadosos de mejorar de estado, y con esperanza de mayor alegría, principalmente Doña Marcela y Victoria (que esperaban ver allí á Don Cárlos y á Alexandro sus esposos) y Jacinto, que estaria cerca de su querida Doña Antonia; solo en Hipólito toda la alegría era bastarda, y natural la tristeza, de no saber qué habria sucedido á Aminta, ni donde habria tomado puerto.

Prevínose el viage; despidiéronse de Leandro; prometiéronle cumplida paga del recibido beneficio; comenzáron á caminar, y llegáron á medio dia á una venta; apeáronse para comer en ella, y entráron para que Hipólito viese á su hermano Don Alonso cerca de Lidora, al nuevo Don Antonio, y últimamente á Aminta, que aun aquí llegó la postrera á sus ojos: tanto como esto parece que andaba excusando su misma estrella los bienes, y el contento que en su presencia recibia. No es posible que se pueda encarecer el que todos tuviéron con tan dichosa fortuna. Abrazáronse, celebrando cada uno el hallazgo de los demas; y despues

de largo rato, que ocupáron en la comida, refirió Don Alonso el suceso con que habia llegado á Aminta para acompañarla y favorecerla. Dixo como por ausencia que de Alcalá habia hecho él y Don Juan, este se habia querido ir á Malta, y él se habia quedado en Barcelona, donde la liberalidad le habia hecho tener muchos amigos, y la ociosidad amor á una dama de no pequeño porte y hermosura. Prosiguió diciendo, que en su competencia andaba otro caballero natural de la ciudad, con quien habia salido desafiado una tarde para desengañarse de la vil condicion de algunas mugeres, que á quantos las festejan corresponden, y á quantos las hablan admiten. Parecióle que le escuchaban con gusto, y así comenzó á dilatarse mas de lo que el lugar permitia, diciendo de esta suerte.

Salimos á la campaña mi contrario Don Gaspar (así se llamaba este caballero) y yo. Habiéndole provocado á salir, tuvo ocasion de decirme: señor Don Alonso, yo no excuso llegar á medir mi espada con ninguno, como ya habeis oido decir en otras ocasiones; mas siempre procuro saber la causa por qué llegamos a semejante punto, culpando la condicion de muchos que sin saber por qué, facilmente se aventuran. Yo, que reparé en las razo-

nes de mi contrario, y ví en ellas su cordura y la grandeza de su ánimo, pues estando con un hombre de mi opinion en el campo, hablaba tan ageno de sobresaltarse, ni hacer mudanza en el rostro, me detuve un poco, me sosegué, y le dixe: lo que me ha obligado á sacaros á este puesto, es querer tratar sin testigos de un negocio en que no sé si hemos de tener conveniencia. Ya sabeis que yo he servido por distancia de un año á Doña Eugenia (heme atrevido á decir que este era el nombre de mi dama, porque aquí no hay quien la conozca, y porque ella no merece mas) los favores que en todo este tiempo he recibido, contára si tuviera yo ménos obligaciones; mas un hombre bien nacido, no ha de sacar en público lo que el amor le ha grangeado en secreto. Antes (respondió Don Gaspar) decis mas de esa suerte, porque quien habla con razones dudosas, dice quanto el que las oye puede ó quiere imaginar. Yo os confieso que es justo ocultar los favores que un hombre recibe; mas en llegando á tan apretado lance, referirlos á quien los ha de saber callar, no es descubrirlos, sino traer testigos por su parte, de la razon que ha tenido para intentar venir á este puesto. Por esta causa yo quiero manifestaros los

que he recibido de la misma que decis que os los hace, y quan justificada tengo mi determinacion. Sacó entónces algunos papeles, y entre ellos los mismos que yo la enviaba, leyómelos, y quedé lleno de admiracion, viendo que Don Gaspar tenia razon de proseguir. No fué menor la confusion que él tuvo quando yo le enseñé otros que ella me habia enviado, y conoció ser los mismos que él la escribia. De suerte que no hacia mas de recibir del uno y otro requiebros, y luego trocarlos, enviándome á mí los que Don Gaspar la daba, y dándole á él los que yo la remitia. Celebramos con mucha risa la traza, y en lugar de reñir, quedamos grandes amigos, y trazamos de vernos en aquella soledad muchas veces, para conferir los sucesos que al uno y otro nos acontecian con ella, que por haberse convertido nuestro amor con este desengaño en gusto de burlarnos de su condicion, fuéron algunos ridículos. Una de las tardes que teniamos este entretenimiento, vimos entrar en la ciudad dos hombres que acompañaban á la señora Aminta y Lidora. Reparó en el uno de ellos Don Gaspar, y díxome: amigo, cuidad de corresponder á quien sois, miéntras yo trato de dar la muerte á Fulgencio mi enemigo. Entendiérades mejor

el caso, si yo tuviera lugar para referiros que este Fulgencio por la muerte de una hermana suya, habia quitado la vida á cierto Don Luis que era primo de Don Gaspar. Hipólito le dixo, que prosiguiese satisfecho de que á ninguno de los que estaban allí era oculto el suceso, por habérseles él referido del modo que nosotros hicimos memoria de él en el primer discurso. Holgóse Don Alonso de que tuviesen esta noticia, por no detenerse, y proseguir diciendo: metió mano Don Gaspar á su acero, y viéndole venir hácia sí, hizo Fulgencio lo mismo: yo os aseguro que tan valiente resolucion como los dos tuviéron, me pudiera dexar envidioso á no haber menester el cuidado para librarme de Don Antonio, que en defensa de su amigo y mi ofensa, ligero y prevenido se dispuso. Llegó la justicia, y como no tenia noticia del lugar para guardarse, quedó solo expuesto á su rigor, y preso en la cárcel pública. Fulgencio y Don Gaspar, renovado el pasado aborrecimiento, se saliéron á la campaña con sus parientes y amigos. Y yo, á quien una pequeña herida que de Don Antonio recibí tuvo algunos dias en la cama, me levanté con animo de tomar satisfaccion. Dixéronme donde estaba, y llegó mi resolucion á tan fuerte

término, que entré en la misma cárcel á executar la venganza. Halléle defendido de la hermosura de su hermana y donayre de Aminta: ¿quién se habia de atrever á él con tal defensa? Conocíla al instante, y viendo que era á quien mi hermano habia llorado tantas veces muerta, ó por lo ménos ausente, no se puede imaginar el gozo que bañó mis entrañas. Díxela quien era, negocié la libertad de Don Antonio, y todos se dispusiéron á estar en mi compañía, diciendo que ya no tenian que temer, pues en ausencia vuestra (¡ó Hipólito!) me tenian á mí por amparo. Bien echaba yo de ver que faltas en el amante no las puede nadie suplir, respecto del que de veras ama, pues muchas veces hallaba á Aminta triste y llorosa. Consulté su parecer acerca del lugar donde queria que la llevase; y despues de algunos dias se resolvió en ir á Madrid, porque allí, como patria comun, podriamos tener mas fáciles nuevas de vuestra persona. Pusímoslo en efecto, y por no dexar su comunicacion Lidora y Don Antonio, deseáron lo mismo. Todos juntos hicimos hasta aquí nuestro viage, para que á las dichas de haberlos servido en esto, junte el contento de haberos visto (¡ó noble hermano mio!) y el que vos teneis habiendo hallado

el cumplimiento de vuestro justo deseo.

Volviéron á continuar los parabienes, hablaronse Aminta, Victoria, y Marcela, celebráron á la hermosa Lidora, y ella pagó en agradecimiento sus favores. Tal era en Jacinto el afecto con que estimaba á Don Alonso, que él se dió por bien correspondido de su amor, y del que se debia por hermano de su amigo Don Juan.

Pocas veces siente la alegría la velocidad del tiempo, hasta que siente su falta; y así la que todos tenian no advirtió que se les hacia tarde, hasta que en la ausencia del sol viéron que ya no era posible pasar adelante sin muy grande peligro, principalmente despues que se habian salido á la montaña, de la una parte Don Gaspar, y de la otra Fulgencio, con los amigos que habian podido, y muchos facinerosos que cada dia se juntaban á sus parcialidades; los quales, siendo necesario el buscar la comida, ó la quitaban á los labradores de la comarca, ó á los pasageros del camino. Por esta causa determináron quedarse en la misma venta; mas como siempre suceden pesares grandes á grandes alegrías, á la que hasta entónces habian tenido, no fué inferior el presente peligro y el futuro desconsuelo.

En el quinto discurso dexamos advertido que Don Enrique mejoró de las he-

ridas que en castigo de su infame resolucion habia recibido á las manos, ántes piadosas, y entónces justas de Aminta; pues la movió á tan apretado empeño el temor de perder violentamente su honor. Esto prevenido, no será dificultoso saber, que despues de haber estado el mismo Don Enrique algunos meses en la corte, con las propiedades que suele engendrar el ocio en la juventud poderosa, regalada y libre, que muy ordinariamente son, ó distracciones por la parte que el apetito se inclina á las ocupaciones venereas, ó por la que malos amigos, cuidando mas de su propio interes que de los aumentos agenos, hacen perder sangrientamente el tiempo, tratando de obedecer mejor las leyes del duelo, que los mandamientos del Cielo, se partio á Barcelona, ó ya con intento de volver á su patria, ó ya con cuidado de salir del lugar adonde dexaba hechas tantas cosas injustas.

Notablemente se debe considerar una cosa que por comun raras veces se advierte, y es ver quán fácilmente se hallan, se juntan y unen con lazo de amistad estrecha los que tienen una misma inclinacion; de donde infiero que para averiguar las costumbres de algunos, ni hay mas segura ni mas cierta informacion, que

saber las que tiene quien profesa su amistad. ¡Qué presto se conforman los maldicientes para murmurar! ¡Qué presto se hallan los tahures para el juego! ¡Qué dispuestos los crueles para la venganza! ¡Y qué fáciles unos y otros para seguir los vicios á que su inclinacion les solicita! De todo esto harémos en Don Enrique experiencia, si atendiéremos á que pocos dias despues que entró en Barcelona, travó familiar correspondencia con Don Gaspar, que como diximos era el enemigo de Fulgencio. Viendo que por la causa referida se habia salido á formar aquella vil esquadra, con ánimo de ofender á su contrario, determinó salir en su compañía, para que no dividiesen los vandos a los que habia unido la paz, si es que la puede tener quien entre los vicios se hace enemigo de sí mismo. Todos los demas que siguiéron á Don Gaspar, obedecian en su ausencia al injusto Don Enrique, que con sus maldades se aumentaban, y él se mostraba mas poderoso; que al que es tan declaradamente malo, las fuerzas le sirven de que no llegue maldad á la imaginacion, que no la executen las manos.

No obstante que la amistad que Don Alonso tenia con Don Gaspar, habia hecho que Don Enrique le conociese, y al-

gunas veces se comunicasen, nunca habia sido familiarmente, ántes tenian una adversion tan natural, que en quantas cosas se ofrecian, se mostraban opuestos, y aun tal vez habian llegado á reducir á las obras el conocimiento de sus contrarias voluntades. Previne que esta enemistad entre ellos era natural, porque nunca habia sabido Don Alonso que este habia causado los disgustos, y en cierto modo las desdichas de Hipólito, con que se pudiera ver obligado á desear con justo título sus daños; ni Don Enrique habia sabido que Don Alonso tenia tan cercano parentesco con su mayor enemigo.

No hay mas segura lisonja para los que tienen mala intencion que avisarlos del modo que podrán executar su deseo, y así uno de los que andaban en la parcialidad de Don Gaspar, se llegó aquella tarde á Don Enrique, y le dixo como habia encontrado á Don Alonso, en compañía de dos mugeres de extremada hermosura, á los quales no habia llegado por venir á darle nueva del caso, y de que si se queria vengar seria fácil, por haberse recogido en aquella venta.

Agradecióle Don Enrique el aviso; pagósele con algunos escudos, y suspendióse un rato para determinar lo que le

pareciese mas á propósito. Impedia á su resolucion el pensar que Don Gaspar habia de sentir mal de esta accion por ser Don Alonso su amigo, mas como en los malos tiene tanta fuerza la malicia, oyendo la hermosura que las mugeres tenian en boca de aquel hombre, á quien sin artificio de razones sobraba infame eloqüencia para persuadirle, se resolvió á quitárselas con tan vivo deseo, que le pesaba de haberlo dudado hasta entónces. Habló á algunos de sus parciales amigos. Repartióles el dinero que consigo traia, y reducidos á que le acompañasen, se acercó con ellos, con la prevencion de armas que de ordinario trae la gente de su exercicio á la venta, en que Hipólito y los demas imagináron pasar aquella noche seguros. Encubrióse Don Enrique con ánimo de ver qué personas eran las que aquel soldado le habia encarecido tanto. Faltaba poco mas de dos horas para que el sol se ausentase, al tiempo que entró, y conoció á Hipólito y á Don Alonso en compañía de Aminta (causa de tantos desvelos suyos) y de las demas damas, á quien con dulce conversacion entretenia Don Jacinto. Admiróse de esta novedad, y mas quando advirtió que eran Doña Victoria y Marcela naturales de su

misma patria, y personas con quien tenia cercano parentesco. Si ántes se hallaba dudoso, por el disgusto que podia tener Don Gaspar, ahora eran penosas, y mas fuertes sus dudas; pues por una parte quisiera la muerte de Hipólito y Aminta, y por otra no quisiera el sobresalto con que habia de inquietar á Doña Victoria y Marcela. Lo que por esta parte le apretaba mas era pensar, que si sus amigos le ayudaban á conseguir su intento, habian de querer usar alguna violencia con ellas, la qual él no pudiese remediar, ó le pusiese en demasiado riesgo. Tanto peso hizo esto en su consideracion que se volvió á salir, sin saber que medio tomar para la libertad de los unos, y la desdichada muerte de los otros.

Apénas se ausentó, quando el ventero, hombre en aquel exercicio piadoso, entró adonde los nobles huéspedes estaban, y les rogó, que por ningun caso saliesen aquella noche, porque uno de los mas viles hombres, que habian salido en muchos años á la montaña, habia llegado, y cautelosamente los habia reconocido, volviendo luego las espaldas, para prevenir á sus amigos, y esperarlos como á otros muchos habia sucedido en varias ocasiones que por no creerle, habian amanecido á otro dia muertos. Hi-

pólito le dixo, que ántes de esto estaban de su parecer, y que le estimaban el aviso. Previniéron todos sus pistolas, por si fuesen necesarias, y olvidando este peligro, volviéron á proseguir en su pasada comunicacion; solo Aminta, por haber conocido á Don Enrique, no obstante que entró encubierto, callaba triste, y no podia dexar la suspension, ni divertir sus temores.

En el tiempo que el ventero dió á nuestros caballeros este aviso, estaba Don Enrique buscando traza con que conseguir su venganza, y la libertad de Doña Victoria y Marcela; mas, á quien deseó hacer algun mal, ¿quándo le faltáron medios para ello? El que pensó, despues de dilatados discursos, fué tratar de acometer por la puerta principal, para que viendo ocasion Hipólito y los demas, se ausentasen por otra pequeña que la venta tenia. Puso á buen trecho parte de sus amigos, prevenidos de que si alguno salia, le esperasen y cogiesen. El ánimo con que Don Enrique disponia todo esto, era patente en su deseo, pues le parecia que al tiempo de huir por aquella puerta, podria cogerlos en el campo, dexar libres á Doña Marcela y Victoria, y fingir para con sus amigos, que ellas habian huido miéntras se ocupó en tomar satis-

faccion de los demas sus contrarios. Los que mandó esconder entre la espesura de unas matas, serian en número seis hombres, y los que dexó consigo pasarian de diez. Temerosos de algun daño, cerráron Don Alonso y Don Jacinto todas las puertas, y no se engañáron; pues apénas cayéron las obscuras sombras de la noche, quando llegáron Don Enrique, y su vil compañía, haciendo demostraciones de que procuraban entrar con violencia. Viendo Hipólito tan desigual número de hombres, cuyo exercicio les hace pelear, como quien ni teme la formidable muerte, ni estima la amada vida, cogió su pistola, y llegándose á la puerta, vió por el hueco que entre dos tablas habia, que podria tener un enemigo ménos. No era tiempo este tan poco apretado, que se pudiese perder ocasion ninguna; y así metiendo la boca de la pistola por entre la puerta, puesta la mira en uno de ellos, y en que convenia defenderse, apretando la llave, dió lugar á que el fuego hiciese su oficio, y escupiendo dos balas de plomo, quitasen una vida. Este que cayó muerto, era quien llevó la nueva á Don Enrique, y le aconsejó que viniese con el intento que queda referido, cuya circunstancia me pareció no excusar, para que se advierta, que

nunca al culpado le ha faltado castigo, y entónces mayor y mas breve, que la culpa es mas grave.

Puesto este desdichado entre los que siguen el miserable triunfo de la muerte, comenzáron los demas compañeros á irritarse, y hacer en venganza de su amigo lo que habian emprendido á ruego de Don Enrique. ¡O quán diferentemente se pelea, quando hacen los soldados suya propia la causa que defienden, ó con la esperanza del premio, ó con el amor del Príncipe, ó con el odio del enemigo, que quando pelean sin esperanza de interes, y con violencia! Pues aquí, aunque en accion diversamente honrosa, primero llegáron estos hombres perezosos, y despues procediéron tan bárbaramente atrevidos, que muchas veces temiéron Hipólito y sus amigos perder las vidas á sus manos, y algunas á rigor de las llamas, que por un lado de la venta comenzáron á poner para que todos quedasen convertidos en ceniza. Viendo el ventero que su hacienda se quemaba, que su familia perecia, y que el fuego le amenazaba con tan extraña violencia, se llegó á Hipólito, y le dixo: la crueldad de las llamas nos cerca, el rigor de estos hombres nos amenaza, el temor nos aflige, y todo nos atormenta: haber de morir aquí, es cosa

desdichada, y aun parece que forzosa, si la industria no suple lo que falta á las fuerzas. Atendiéron todos á lo que el ventero decia, y él prosiguió de esta suerte: yo no hallo modo de excusar tantos daños, sino es dando cuenta á la justicia de un lugar, que está de aquí media legua: para esto yo tengo un caballo, cuya velocidad, unas veces imita al viento, y otras al mas ligero cometa; si la resolucion que habeis mostrado en matar á aquel hombre no os falta para hacer esta diligencia, cesará nuestro daño, y todos os deberémos el remedio.

Quisieran los demas excusarle este peligro, mas como Hipólito jamas los excusaba, ántes bien muchas veces los buscaba y emprendia, no quiso permitirle á nadie, sino disponer su persona y valor á este empeño. Si quando Aminta conoció á Don Enrique recibió desconsuelo, ahora que veia ausentar á Hipólito, aumentaba su pena. Parecióla que ningun riesgo podia ser tan fuerte en su compañía, como en su ausencia, y juzgó que yendo con él podria librarse de los temores que alli la servian de insufrible tormento. Propuso este parecer, y aunque á los principios Hipólito se excusaba, pareciéndole que seria estorbo de su diligencia, al fin, viendo su desconsuelo, atendiendo á las razones de

conveniencia que proponia para afirmar que acertaba en llevarla consigo, y oyendo que decia haber conocido al vil Don Enrique; y últimamente, considerando que sin duda buscaba á los dos solos, y que ausentes ellos, aunque entrase la infame compañía, á ninguno de los que quedaban harian daño, fuera de ser tan preciso el que tenian con la violencia del fuego, quisiéron fiar mas de la velocidad de un animal, que de la crueldad de una fiera con discurso: tal nombre merece un hombre agraviado é imprudente, quando se resuelve á tomar satisfaccion de una injuria. Con esto no dudó Hipólito la salida, ni los demas quisiéron estorbársela. Habíase pasado buena parte de la noche, y la luna hermosamente comunicaba sus rayos, haciendo largas las sombras de los árboles, y claro el espacio del camino. Todas estas circunstancias ayudáron con grande fuerza á la determinacion de los dos infelices amantes, á quien por tan varios modos les perseguian, ya las trayciones de Don Enrique, ya la crueldad de los elementos, ya el rigor de la ausencia, que es el mas fuerte enemigo del amor, y el mas poderoso contrario que tiene la voluntad. Puso á la animosa Aminta en la silla, subió Hipólito á las ancas, y tomando en la mano el freno,

que tal vez sujeta, y tal guia á semejante especie de brutos, hizo que el ventero abriese la pequeña puerta, y despedidos de las nobles damas y de los demas, saliéron animosamente. Don Enrique, y sus amigos estaban á la parte por donde habia comenzado el fuego, para que dando lugar á que saliesen sus contrarios, le tuviese su deseo; lo qual (como dixe) hizo mas facil en los dos amantes la salida. Comenzáron su viage, o su fuga, á toda priesa; mas brevemente viéron lograda la industria de su enemigo, y pagaron su pasada resolucion con el presente arrepentimiento, pues saliéron á ellos los seis hombres que Don Enrique habia prevenido. Sintió Hipólito el movimiento que hacian en las ramas para salir, y advertido se detuvo. Importóle tanto esta prevencion, que fuera muy posible no escapar de allí con la vida, si no reparára, y rezeloso se detuviera, para volver al lugar de donde habia salido. Tenian estos amigos de Don Enrique una seña; para que él, y los demas, acudiesen en habiéndole cogido; mas como le viéron volver donde los otros estaban, hiciéron la misma seña, para que unos por una, y otros por otra parte le acometiesen; y el infelice caballero, viéndose cercado, rindiese las armas, y

entregase el dueño de su voluntad en Aminta. Al punto que oyéron la pasada seña, acudiéron Don Enrique y sus parciales alegres de la presa, y prometiéndose cumplida venganza. El estruendo con que iban era tal, que á buen trecho le oyó el noble Hipólito; y viendo declaradamente su desdicha, comenzó á lastimarse de tan infelice pérdida. Consideraba, aunque brevemente, á la mísera Aminta en manos de su mayor enemigo: ya le parecia que la veia injuriar á sus ojos, quando él no habia de poder remediarla; y ya la consideraba muerta, despues de haber perdido tiranamente su honor. El se imaginaba atado á un tronco, para que fuese testigo de su última y desdichada fortuna. Parecíale que se apartaban, y midiendo la distancia necesaria, exercitaban su destreza, haciendo blanco de sus pistolas en el triste pecho donde estaba Aminta afligida; que un hombre desgraciado de nada puede estar alegre, todo debe vivir con el mismo desconsuelo que él vive. La infeliz dama lloraba, si bien, por no desmayar á Hipólito con su flaqueza, reprimia el llanto, y descuidadamente perdia algunas perlas; que adonde se aventura la vida, son de corta estimacion las riquezas. Finalmente los dos infelices amantes se lastimaban tristes, y sus enemigos

se acercaban presurosos. Bien quisiera Hipólito tomar á uno ó á otro lado el camino para desviarse del mal que le amenaba; mas por el lado diestro habia una áspera cuesta, por donde se subia á mayor y mas impenetrable espesura, y por el izquierdo estaba un valle, que con la profundidad atemorizaba. En concurso de muchos males, siempre la eleccion atiende al menor para seguirle; así Hipólito tuvo por ménos inconveniente subir á la aspereza del monte, que esperar el rigor de sus enemigos. A este parecer ayudó el ver una pequeña senda, que parecia dar paso á la montaña por entre dos grandes peñas. Guió por ella los pasos de su alentado caballo, y con ligereza increible á dos saltos se entró en lo mas espeso del peligroso sagrado de su desdicha. Comenzó á seguir la senda, sin saber adonde se enderezaba, aunque temeroso en aquel peligro, se consolaba del pasado, por parecerle mas fuerte. No se les concedió mucha distancia de este consuelo, pues brevemente perdiéron el camino, y se fuéron entrando en mas prolixa espesura: fuéles forzoso apearse del caballo para proseguir adelante: dexáronle atado á un duro tronco, y metiéronse en un lugar tan penoso, que fuera imposible dar por él un paso á no acompañarse de esfuerzo,

y á no asegurarles su prudencia que ningun mal es tan fiero como la muerte. Acabóse ántes que su paciencia este espacio, y saliéron á mas piadoso trecho, pues aunque conservaba algunos troncos, ni era tanta la aspereza de las peñas, ni tan copiosa la abundancia de silvestres árboles. Cobráron un rato aliento para volver á continuar su incierto viage; y Aminta, acompañando á su voz con su eloqüencia, consoló al noble Hipólito, y aseguró con sus razones la excelencia de su alentado valor. El se animó con esto, y viendo que su sentimiento habia sido hasta entónces tan grande, como la pena que Aminta padecia, y que ella estaba invencible en tanto número de desdichas, ocupó todo el discurso en procurar alguna traza que se ordenase á su remedio. Unas veces se determinaba á esperar en aquel lugar la luz del dia, pareciéndole que con la luz del sol se descubriria, ó el camino que habian dexado, ó alguno que los sacase de tanto desconsuelo. Otras veces advertia, que la misma luz les podria descubrir á sus enemigos, con que seria cierta su muerte. Esto último les ponia tanto temor, que sin saber por donde caminaban, sin esperanza de escaparse, huian, sin atender á qué fin se apresuraban, y con ignorancia, cansancio y desaliento se

afligian. Deteníase algunos ratos Aminta para respirar, y luego con la congoja y sobresalto proseguia. Con qualquier cosa que tropezaba media la dura tierra, porque faltaban ya á los delicados pies sus débiles fuerzas. Tal vez se holgaba de tropezar y caer por descansar con buen título el rato que tardaba en levantarse. Hipólito iba con mayor cansancio, porque al corporal de caminar á pie, se juntaba el ver padecer á Aminta por su causa. Tormento era este que le bastara á matar, si la prudencia natural suya no moderara al dolor, para que no se apoderase totalmente del corazon, principal asiento de la vida. Ayudábala quanto á sus fuerzas era posible, y ella le permitia; mas todo era limitado alivio á tan dilatado trabajo.

Imposibilitada la noble dama de proseguir, se sentó en el espacio que formaba una peña; mas apénas hubo comenzado á descansar, quando se le empezó tambien á doblar el tormento. ¡O estrella infeliz! ¿Qué intentas en estos dos amantes? ¿por qué los previenes tantas desgracias? ¿por qué no los excusas tantos daños? Si esto haces siendo suya, ¿qué pensarás hacer á ser agena? Sintió Hipólito que á razonable distancia venia alguna gente. Manifestó á Aminta este caso, y uno y otro ocupáron la atencion en oir lo que venian

diciendo. Quando estuviéron mas cerca, oyéron que el uno de ellos decia: si Don Enrique acudiera con brevedad, no se hubiera malogrado su deseo, ni nosotros hubiéramos dado tantos pasos sin esperanza de coger á quien (segun dice) le tiene tan ofendido. A estas razones respondió otro de ellos: el trabajo yo os confieso que será mayor, mas dexarlos de encontrar imposible; así porque esta montaña á ellos será dificultosa, y á nosotros fácil, como porque habiendo dexado atrás el caballo, no puede ser otro sino este el lugar adonde han venido. Cosa es para mí tan cierta, añadió el tercero, que no será mucho haberlos ya encontrado Don Enrique, y los demas nuestros amigos, que fuéron por la senda arriba. Aquí se dobló en Hipólito la congoja; aquí creció con increibles aumentos el sobresalto; aquí perdió las leves esperanzas que de su remedio tenia, y aquí comenzó á dudar lo que habia de hacer, y que el haber de morir era tan cierto. Despedíase de Aminta con el dolor á que semejante desdicha le obligaba, y con las razones que el sentimiento le permitia. Aminta, para responder mas eficaz y ocultamente, hacia de los ojos lenguas, y de las lágrimas razones, que explicasen la pena que habia enmudecido su boca, y impedido la

voz en su garganta. Diéronse los últimos abrazos, á tiempo que el traidor Don Enrique llegó cerca; y reconocido lo que buscaba, hizo seña á los demas para que llegasen. Brevemente se juntáron quince ó diez y seis hombres, que para no dexar de hallarlos se habian repartido. Quando Hipólito vio tantos enemigos, se resolvió á morir sin que le viesen rendido, y trató de que no les saliese de valde su vida. Volvio la pistola que llevaba adonde Don Enrique parecia estar, segun que por el afecto y las razones que hablaba claramente se conocia. Apretó la llave, y excusando el pedernal la lumbre, le faltó á este tiempo, para que fuese mayor su pena, viendo que quedaba libre, con vida, y con superiores fuerzas su enemigo. Quando sintiéron el golpe de la llave, y que á ninguno habia hecho daño por la causa referida, se arrojáron todos á cogerle, sin querer usar de los instrumentos de fuego que traian.

Muchas veces la corta providencia nuestra desea las cosas que nos han de estar mal, muchas nos quejamos de que nos falte lo mismo que no nos ha de estar bien. Esto digo, porque Hipólito se quejaba de que en tal ocasion hubiese faltado á su pistola lumbre, siendo esto lo que le excusó la muerte, pues era fuerza que

se la diesen con el mismo género de dolor los que acompañaban á Don Enrique, si le vieran morir tan brevemente á sus ojos, con que no pudiera esperar á los plazos, que despues le fuéron de tanta importancia.

Atáronle con un cordel las manos, y comenzáron á tratarle con impio rigor y bárbara crueldad; y si volvia á mirar á la infeliz Aminta, que en otra parte era despojo del infame Don Enrique, le cubrian la vista, para que aun sus mismos daños no mirase. La mísera dama daba algunas lastimosas voces, cuyos ecos repetidos de los montes, doblaban el pesar de Hipólito, pues así los oía dos veces, si bien algunas se quedaban á medio proferir, de donde inferia que un lienzo se las impedia. Arrancabánsele á nuestro caballero las entrañas de pena, y aunque mas fuerza hacia por desatarse, y acudir al remedio de la infeliz Aminta, su cansancio era en vano, y su pesar recibia mayores aumentos.

En tan apretada necesidad no se vió totalmente destituido de socorro, que nunca falta el cielo, quando es tal el peligro, con el remedio á quien padece, y con el castigo á quien tan injustamente persigue, pues á las voces que Aminta daba, baxáron de entre los corazones de

las mas altas peñas una esquadra de mas de treinta hombres, á quienes hacia fuertes la presencia de su capitan, y traía hácia aquel sitio la seña en que estaban conformes, y que para juntarles hizo. Apénas la oyéron los que tenian al miserable Hipólito de aquella suerte, quando por haberla conocido, le dexáron atado al tronco donde estaba arrimado, y acudiendo á sus armas se apercibiéron para defenderse. Lo mismo hizo Don Enrique, dexando á Aminta, si no atada (porque no tuvo lugar) gozosa de haberse valerosamente defendido. Los que de nuevo viniéron, comenzáron á ofender á los infames amigos de Don Enrique, con bizarro aliento. El los recogió detras de unos troncos que les servian de amparo y defensa, y de esta suerte estuviéron grande rato tirándose, con ánimo de que unos y otros tuviesen en el lugar de su delito, el término de su injusto exercicio. Acudió Aminta en este tiempo, y desatando á Hipólito de donde estaba, le rogó que ayudase á sus bienhechores, para que el suceso fuese mas seguramente dichoso. El lo hizo con doblado aliento, por ser tantas las razones que le movian; y con riesgo de la salud, que poco ántes veia perdida á las manos de sus contrarios, se entraba fu-

rioso á ofenderlos, que tratáron de confesar las ventajas que les tenian, y volviendo las espaldas quisiéron remitir á la velocidad, lo que no habia podido consegir el valor. Antes que Don Enrique les imitase en esta temerosa y vil determinacion, envidioso de que Hipólito volviese á las glorias que él habia pensado quitarle, se dispuso á impedírselas por el medio mas cruel que pudo imaginar, que fué quitar la vida á Aminta. Como los que de una y otra parte peleaban eran muchos en número, y la campaña espaciosa, tuvo lugar de apartarse á un lado, y dexando á los bienhechores de Hipólito que fuesen en seguimiento de los suyos, se llegó adonde Aminta habia quedado, y llevado de su fiereza, su impiedad y su envidia, la dió con un puñal dos heridas: cayó la infeliz dama en el suelo, casi en el último término de su vida; con tales ansias y tal inquietud estaba, que por haber sucedido junto á la orilla de un repecho que la montaña tenia, se sintió brevemente caer, y llegar á la profundidad de un llano, en que aquella aspereza tenia su asiento fertil.

Sintió Hipólito algunas quejas de las que dió á este tiempo Aminta, si bien ignorante de que era ella quien las daba.

Persuadióse á que seria alguno de los suyos, y volvió con gallarda resolucion á vengarle. El bárbaro y vil Don Enrique, creyendo que venia mas de Hipólito, comenzó á huir tan apriesa, que á no ser en nuestro héroe la ligereza excelente, se viera vano su deseo. Alcanzóle al fin, y habiéndole conocido, por no dudar en su muerte, disparó una pistola que llevaba, y habia quitado á uno de sus contrarios, y le hirió tan dichosamente, que ni le dió lugar á quejarse ni á defenderse. Este infeliz fin tuvo el vicioso Don Enrique, y no me admiro que fuese tan lastimoso fin de vida tan declaradamente perdida. Llegó despues de un largo espacio el capitan que habia socorrido á Hipólito, para que viese mejorada su fortuna con el conocimiento de Fulgencio, que como diximos era el que tenia los referidos vandos con Don Gaspar. La alegria de los dos fué grande, y mayor quando Hipólito refirió la desdicha que hubiera tenido, si Dios no le hubiera enviado tan copioso remedio para que cesase la alevosa violencia con que Don Enrique en la pasada ocasion les apretaba. Buscáron luego á Aminta con la atencion que se debe presumir del cuidado de Hipólito, mas ni sus voces negociaban respuesta á su deseo, ni su deseo

veia el efecto de sus diligencias. Por esto se resolviéron á esperar que volviese la gente de Fulgencio, y á que diese su clara luz el dia, pues así verian manifiesta la causa que les tenia ya afligidos, ya tristes, y ya con la presente novedad dudosos.

Amaneció entre cándidos resplandores la deseada aurora; volviéron los amigos de Fulgencio pesarosos de no haber podido alcanzar á sus contrarios, y con los despojos de un hombre á quien habian robado en el camino. Conoció Hipólito que eran los vestidos de Don Antonio, y dando cuenta á Fulgencio, hizo que le traxesen. Llegó el noble mancebo temeroso, y consolóse cuerdo, quando habiendo conocido á los dos, vió que tenia amparo en quien habia tenido mas cruel, bárbaro é injusto término. Refirió como la causa de haberle encontrado allí habia sido el salir Don Alonso, Don Jacinto y él á socorrerle, por haber oido quando salió, el ruido de algunas escopetas, y que se habia perdido por la corta noticia del camino. Alegráronse de verle, y todos juntos comenzáron á discurrir por aquel espacioso distrito en busca de Aminta. Con el movimiento que al caer herida hizo la hermosa dama, se dexó un delgado lienzo. Conocióle lue-

go el infelice amante, y viendo que cerca de él habia alguna sangre, confirmó los temores que primero le habian salteado el sosiego. Miró mas atentamente, y halló señales de todo el suceso, en los despojos que á trechos se habia ido dexando por la parte que cayó. Llegáron al lugar donde era fuerza haber parado el maltratado cuerpo, y causóles mayor admiracion y mayor pena no ver mas de los indicios de que habia estado allí largo espacio por la sangre que habia entre las yerbas. El sentimiento y dolor de Hipólito fué excesivo á quantos encarecimientos son posibles. La pena de Fulgencio fué tal, que sola la de Hipólito pudo parecer mayor. Los demas seguian el mismo desconsuelo, parte lastimados de ver los estremos que nuestro piadoso caballero hacia, y parte compadecidos de ver quán infeliz término habia tenido aquella hermosa dama, cuyo ingenio, amor y belleza habian oido tantas veces de la boca de Fulgencio.

Viendo que las diligencias que hacian para buscarla no servian mas que de engañar al deseo, dilatando la certidumbre de esta desdicha determináron de volver á la venta para ver si hallaban á Don Alonso y Don Jacinto, y para que todos con la compañía de Fulgencio, salie-

sen con seguridad de los peligros de aquella tierra, y del rigor con que los trataria Don Gaspar y sus amigos, si acaso los saliesen al camino. Pusiéronlo en execucion con el pesar que se debe creer que llevaria Hipólito, viendo que quanto mas se alejaba del lugar donde habia perdido á Aminta, mas confirmaba su pérdida, y mas acreditaba la certidumbre de tan lastimosa desgracia. Llegáron á la venta, mas como Don Alonso y Don Jacinto estaban ausentes, fué forzoso esperarlos, y que las nobles damas supiesen la pérdida y todos los pasados sucesos. El llanto que hiciéron mostró claramente el pesar que de su desdicha recibian, en particular Lidora, que ni habia quien se le diese, ni admitiera su dolor consuelo; que el amor nunca le admite sin la presencia del bien que pierde. Viendo Hipólito que su hermano y Don Jacinto no volvian, y que Aminta no habia parecido, presumió que ellos sin duda eran los que por haberla encontrado la habrian llevado para prevenir su remedio en el primer lugar que les pareciese apropósito. Tuvo mas apariencia de verdad esta imaginacion, atendiendo á que no se habia tenido noticia de ellos, aunque los esperáron algunos dias. Manifestóse este parecer de Hipólito, y conformes todos en

él empezáron á cobrar algunas esperanzas de mejor sucesos. Partiéronse de allí por la incomodidad que tenian, dexando prevenido al ventero, de que si volviesen Don Alonso y Don Jacinto, los avisase del cuidado con que se habian partido, y que hasta Madrid no cesaria su viage, donde los esperarian deseosos de saber el fin de tan importante nueva.

Fulgencio y los que le seguian, no quisiéron apartarse un punto de Hipólito, y de las damas que iban en su compañía; mas en llegando á los lugares, se apartaban de ellos, y se iban por defuera de la poblacion, por el peligro en que les podria poner la justicia. Solos dos habian pasado de esta suerte, quando entrando los cuidadosos caminantes por la plaza de un lugar pequeño, oyéron algunos instrumentos con que se procuraba la piedad de los fieles para hacer bien por los ajusticiados. Preguntáron quién eran, y la culpa que habian cometido, para que se executase tan exemplar y tan justo castigo? (pregunta que suele hacer muchas veces la curiosidad) y el que estaba mas cerca respondió: que castigaban quitándoles la vida á dos hombres de los que traian inquietos y peligrosos aquellos caminos, con robos y muertes que hacian, ó ya por la parcialidad de ciertos van-

dos, ó ya por quitar lo que llevaban á los pasageros. Parecióles justo castigo, y pasando adelante viéron un mancebo bizarramente vestido, pusiéron los ojos en él por la desigualdad con que á los demas excedia, así en el trage, como en el modo y gallardía de la persona. No se excusó él tambien la vista, ántes viendo damas forasteras, y no baxamente adornadas, se llegó con atencion á ellas obligado de la novedad. Llevaban cubiertos los rostros, y así no pudo conocer á ninguna; mas Doña Victoria, depuesto su natural recato, (¡ ó amor, qué fácilmente te atreves!) se arrojó de la cabalgadura en que iba, y llegó llena de alegría á abrazarle. Estrañó al principio la novedad Hipólito; mas disculpó su afecto, quando por haberse llegado mas cerca conoció que era su grande amigo Alexandro, á quien habia dexado en Salamanca, al tiempo que se partió de ella para padecer tan estraños accidentes. Descubrióse Doña Victoria, apeóse Doña Marcela, y una y otra tuviéron lugar en los brazos del gallardo mozo, si bien con la diferencia que su esposa merecia. Llegó luego Hipólito, y en su correspondencia vió pagado el beneficio de acompañar á Doña Victoria; y conoció que la amistad verdadera no se

permite deshacer del tiempo, ni borrar de la ausencia. Quiso Alexandro que descansasen allí aquel dia, para determinar tambien su partida, y por esta causa salió Hipólito á avisar á Fulgencio que se detenian, ó para que estuviese sin cuidado, ó porque si le parecia largo plazo, se ausentase con sus parciales, escusando así que no tuviese alguno de ellos el castigo que se executaba en aquellos dos miserables. Fulgencio se lo agradeció, y le dixo: que para quando hubiese de proseguirle, estaria cerca del camino, procurando en todo su seguridad. Volvió adonde Alexandro esperaba, que despues de haber acomodado á las hermosas damas en su misma posada, se salió con Hipólito, para ver á los que habian de padecer la pena de su delito, y para tener lugar de referirle la causa de que se hubiesen hallado en aquella aldea, que era haber venido con un juez muy su amigo, á quien le habian dado comision para buscar y castigar semejante género de gente en toda aquella provincia. En esto, y en la alegría con que celebraban el haberse hallado tan impensadamente (si bien Hipólito siempre la limitaba con la memoria de la pérdida de Aminta) pasáron grande rato. Pusiéronse á esperar á que pasasen los delinqüentes, y como el

cuidado de volver adonde Doña Victoria, y las demas señoras quedaban, les hacia parecer mas dilatado el tiempo, determináron verlos en la cárcel, por si Hipólito conocia á alguno de los que aquella noche los tuviéron tan apretados, ó por si acaso era Don Gaspar, pareciéndole que tal exercicio como el suyo, ni suele merecer, ni aun tener mas dilatado, ni mas honroso fin; permitiendo Dios, que la justicia sea el instrumento del castigo de sus injusticias, y que sea breve la vida de quien la quita á otros, teniendo la impiedad por oficio.

En la distancia que hasta la cárcel habia fuéron tratando de la gravedad del delito que comete quien tiene tan vil, tan infame y tan fiero género de crueldad, que por el vano interes del oro, sale á quitar á los pasageros en un camino las vidas. Alexandro discurria con la agudeza de su ingenio, mas conocióse excedido de las razones de Hipólito, oyendo que decia.

Con toda verdad puedo afirmaros, (¡ó noble amigo!) que no hay castigo mas justo que el que se da á tan crueles hombres; y así vereis, que en los demas la piedad cristiana hace que el pecho se lastime; mas viendo á estos, está tan léjos de compadecerse, que todos se ale-

gran de ver administrada la justicia. Quando yo considero, que la república es un cuerpo, que consta de varios miembros, que son los ciudadanos; que se compone de un rey ó superior, que tiene título de cabeza; de los soldados, que son las manos; de los labradores, que son los pies, pues la sustentan; y de los ministros, que por algunas propiedades merecen el nombre de corazon; suelo pensar, que para que este cuerpo tenga vida, son necesarias tres almas, ó una que tenga el oficio de tres: la vegetativa, para su aumento; esta consiste en el premio de los dignos: la sensitiva para su conservacion, que es la justicia; y la racional, que es la religion. De aquí se deben inferir tres cosas. La primera es, que la república sin la verdadera religion, es bárbara, es fiera, es irracional, y sus costumbres en todo á esta propiedad correspondientes. La segunda, que adonde falta el premio, parece imposible el aumento, como es imposible que un cuerpo crezca sin alma vegetativa. La tercera es, que sin la justicia no siente, pues no remedia los daños, viniendo despues con la insensibilidad la perdicion. Vereis (¡ó Alexandro!) que adonde hay jueces atentos, á quien yo suelo llamar médicos de la república, todo anda

bien regido y bien dispuesto; y porque no salgamos de la metáfora, considerad, que en el cuerpo humano, no son los miembros los que hacen el daño, sino los humores, que destemplados deshacen la armonía que entre sí tenian; y así causan la enfermedad, que pone al enfermo en tan apretado peligro. El prudente médico, entónces purga el humor que hacia daño, para que los demas no se inficionen. Con esto el enfermo mejora, y queda libre del mal que le amenazaba. De esta misma prudencia usan los jueces, pues viendo que por la maldad de sus costumbres, algunos hombres, no solo son dañosos á sí mismos, sino á todos los demas, los castigan, para que con su muerte quede evacuada la república, y cobre de todo punto la salud. De manera, que es tan necesario el castigo de los malos, que debe temer justísimamente su muerte qualquiera comunidad donde hay descuido en aplicar esta medicina. Con el fin de este discurso llegáron á la prision, de donde los dos míseros hombres esperaban salir, para el lugar del suplicio. No los conoció Hipólito, si bien en la misma cárcel halló á Don Alonso su hermano, y á Don Jacinto, y llevado de su afecto, ántes que ellos le hubiesen visto, llegó piadoso á

abrazarlos. Reparáron los dos nobles mancebos en la persona que hacia tales demostraciones de amistad, en lugar donde se suelen negar ella, el parentesco, y limitáron el consuelo que tenian con su presencia. Todos los circunstantes se admiráron, y mas que todos Alexandro, oyendo las razones de su amigo, y que trataba de hermano á uno de los que él tenia por delinqüentes. Pesábale de que hubiesen llegado cosas suyas á tan mísera prision, y lo que mas cuidado le daba era, que Hipólito hubiese declarado quien era Don Alonso, y tratádole de hermano, no porque entónces hubiese perdido nada, sino porque conocia de la integridad del juez, que si estuviese culpado, no bastaria su nobleza para que le excusase el castigo, adornado en esta parte de la justicia vindicativa, con la propiedad de la distributiva.

Sin que diese lugar á otra cosa su diligencia, se fuéron en casa del juez Alexandro, é Hipólito. Recibió á aquel con el amor que su amistad permitia, y á este con la cortesía á que su persona obligaba. Tratáron de la verdad del caso, y de la inocencia de los presos; y como la verdad no tiene mas que un camino, eran en sustancia unas mismas las razones que Don Alonso y Don Jacinto habian

dicho en sus confesiones, y las que Hipólito referia. El juez lo dificultaba por los indicios que le habian movido á traerlos presos, que era el haberlos hallado solos á pie, entre la aspereza del monte, tan fuera de camino, con escopetas al hombro, y pistolas en la cinta, instrumentos del vil oficio, porque habian de ser castigados; mas á todo daba Hipólito tan eficaces respuestas en la verdad de haber salido á defenderle á él la noche que para tantas desgracias salió de aquella venta, que el juez quedaba satisfecho en sus dudas, y cierto de que su primer juicio, sin esta informacion, pudiera ser errado, é injusto; porque la corta providencia de los hombres no tiene obligacion á juzgar por lo que es verdad precisamente, si lo ignora, si no segun lo que por escrito consta, aunque no lo sea; si bien quando tiene ciencia particular de lo contrario, puede limitar con varios medios el rigor, que persuade la noticia, que de lo escrito concibe.

No obstante, que el discreto juez veia la verdad, para mayor justificacion de la causa, quiso que se hiciese el descargo, advirtiendo, que quien está en su lugar, aunque desee el buen suceso de alguno, no ha de usar de este

deseo en las cosas de justicia, sino en aquellas á que da lugar la gracia. Pareció á Hipólito tan bien la resolucion del juez, que no pudiera ser tan gustosa respuesta el darle á su hermano, y á Don Jacinto libres, como el mandar constase por el dicho de muchos su inocencia; así porque fuese jurídica su libertad, como por quitar la sospecha de algun maldiciente, que á no ser de esta suerte, pudiese presumir, que habia sido verdad el delito, y la soltura solicitada mas de la amistad, que de la inocencia. Hízose el descargo, en que juráron Don Antonio, Doña Victoria y su hermana. Para mayor abundancia recibiéron los dichos del ventero y un criado suyo, y hecha tan copiosa informacion, constó de todo punto, quán inculpablemente estaban presos, y que todas las sospechas que habia dado su hábito en la pasada ocasion, eran vanas. Soltáronlos al fin de treinta dias de prision, en cuyo tiempo Hipólito no podia admitir sosiego, desengañado de que habia sido falsa la presuncion con que habia pensado que Don Alonso, y Jacinto tendrian consigo á Aminta. Despues de haber hecho varias diligencias para hallarla, determinó ponerse en camino, volver adonde Fulgencio habia de esperar, y proseguir su viage con Ale-

xandro, que quiso no apartarse de su compañía, y de la presencia de Doña Victoria su esposa. Andaba nuestro caballero tan lleno de melancolía, que dió motivo á Alexandro para que desease saber la causa de ella. Despidiéronse del Juez, partiéronse y obligado de sus ruegos (adelantándose los dos un poco) le dió Hipólito noticia de algunos sucesos suyos, ménos el ser ocasion de ellos Aminta su hermana, ó porque ignoraba como seria recibido su deseo, ó porque el honor en los nobles, siempre suele ser demasiado escrupuloso.

Poco mas de una legua habrian caminado, quando descubriéron á Fulgencio y á su gente, que presurosa iba en busca de Don Gaspar su enemigo. Viendo que no se detenian á hablarlos, alargáron los dos nobles caballeros el paso, y atendiéron á que se apartaban del real camino, y que brevemente encontráron lo que tan cuidadosos buscaban. Don Gaspar (conocido su contrario) apercibió su gente para ofenderle, y unos y otros se dispusiéron á tomar sangrienta venganza. Miéntras Hipólito y su amigo atendian á todo esto, llegáron cerca de ellos un caballero y una muy bizarra dama, seguidos de algunos criados. Conociéron que era Leonardo y Feliciana su

esposa, de quien Hipólito habia sido huesped en Salamanca. Celebró este tan impensada ventura, en ocasion de que su presencia podria ser de importancia, y corresponder hidalgamente á su deseo. Sin dar lugar á inútiles cumplimientos, le manifestó Hipólito el estado de aquellas enemistades, y le rogó que por su causa se conciliasen, pues por su ocasion se habian inquietado tan valerosos pechos. Leonardo le aseguró de que no le habia sacado otra cosa de Salamanca, sino el deseo de que no llegasen á rompimiento, con cuya respuesta apresuráron el paso al lugar donde los dos contrarios estaban. Llegáron á tiempo, que puestos en medio Feliciana y Leonardo, fuéron conocidos de todos, y ella acudió á la parte de Fulgencio su hermano, miéntras él llegó á la de Don Gaspar su primo. Admiróse Fulgencio de ver viva á quien tantas veces habia juzgado muerta, y dexando las armas acudió á recibirla en los brazos. Acercáronse mas, aunque con diverso intento que primero, y oyéron que Leonardo referia sus sucesos. Quando dixo que era esposo de Feliciana, llegó á abrazarle Fulgencio, para que hiciese lo mismo Don Gaspar con la apacible dama, y luego con su mayor enemigo. De suerte, que el que habia

de ser campo de batalla, fué lugar de amistad y concordia. Con este regocijo volviéron al camino, y entráron en él apénas, quando conoció Hipólito que Aminta venia en compañía de Don Cárlos. Admiróle esta no imaginada dicha, y casi no daban crédito los ojos á lo que aseguraba la razon, y procuraba el deseo. Doblóse con esto en todos el contento, ménos en Alexandro, que dudoso de si le tocaba tomar satisfaccion de la libertad con que habia hecho de su casa ausencia, comenzó á manifestar en la suspension el intento. Reprehendiósele Don Cárlos, y todos le persuadiéron á que depusiese tales dudas, supuesto que Aminta habia procedido siempre atenta á sus obligaciones, y que quien tenia la culpa, que era Don Enrique, habia pagado su atrevimiento con la vida. Alexandro dexó la tristeza, é Hipólito no acababa de celebrar esta dicha. Agradecia á Don Cárlos el haberla amparado, y viendo que llegaban las damas que él y Alexandro se habian dexado atrás, quando se adelantáron para tratar de sus penas, cuidadoso de pagar este beneficio, acudió á traerle á Doña Marcela. Don Cárlos admitió la paga, ella no sabia como encarecer su alegría, y unos iban excediendo á otros

en contento añadiéndose regocijos á regocijos. No le pesaba á Alexandro de ver los afectos de Hipólito, conocidas sus ilustres prendas, y aun de ellos inferia que tenia su hermana buena parte en sus pasados accidentes. Determináron que fuese uno mismo el viage de todos, y prevenidas en el primer lugar dos mulas para Don Gaspar y Fulgencio, llegáron por sus jornadas á Madrid, corte de España, y patria de nuestro ya dichoso caballero.

Si fué grande el alegría en la pasada ocasion, no fué menor quando en casa de Hipólito halláron á Don Gregorio, padre de Aminta y de Alexandro, que (como despues refirió) habiendo escapado del bergantin de Rezuan, llegó con su hacienda y con la de Don Cárlos prósperamente á Alicante, y desde allí á la casa de su hermano, si bien con tristeza, por la pérdida de Doña Marcela y Victoria. Advirtio Hipólito por esta relacion, que Aminta era su prima, pues que su padre era hermano del suyo ya difunto, como se ha dicho, y el tio que tenia en Italia, y cuyo paradero no le habia querido decir su padre quando pasó á ella; y añadiendo á su amor el parentesco, creció con nuevas fuerzas su

gozo. Dióle no pocos aumentos la venida de Don Pedro (padre de Don Gerónimo) con su anciana muger, y su hermosa hija, á los quales habia sacado de su patria Segovia el deseo de ver al recienvenido Don Gregorio. Quien participó aquí de mayor regocijo, fué Don Jacinto, viendo al dueño de su primer amor en Doña Antonia. Finalmente, no hubo quien no tuviese ocasion de regocijo, considerando despues de tantas desgracias tan comunes alegrias. Descansáron aquella noche, y á otro dia refirió Hipólito, á persuasion de algunos, el modo que habia tenido de cobrar libertad, para que entre el gusto y admiracion conociesen y estimasen á Don Antonio (primero Ali) y á su hermana Lidora, así por las prendas personales, como por su ilustre nacimiento. Deseaba Hipólito (sin que fuese solo en este deseo) que Aminta dixese el suceso de sus heridas, y el modo de encontrarla Don Cárlos. Rogáronselo Doña Victoria y Don Alonso; y la discreta dama, ó por cumplir sus ruegos, ó por satisfacer el deseo de su primo, descansando algunas veces por la flaqueza con que el accidente la habia dexado, pidiendo justo aplauso su eloqüencia, y cuidadosa

atencion la novedad, dixo de aquesta forma.

Al tiempo que comenzó á mejorarse nuestra suerte (¡ó piadoso Hipólito!) con el ayuda de aquellos hombres, á quien si bien no conocí, debo estar reconocida, y al tiempo que comenzó á declararse por nuestra parte la victoria, llegó al lugar donde yo estaba Don Enrique, y dándome dos heridas, dexó en mí la pena que merecian mejor sus infames deseos. No escapó sin ella entónces (dixo Hipólito) y así podreis (¡ó noble Aminta!) proseguir, satisfecha de que nadie queda sin castigo de sus delitos. Digo, pues, prosiguió, que caí sin esperanza de la vida, aunque con dolor de mi mal lograda juventud. Sentíme despues despeñar por la aspereza de un risco, para que á un tiempo me sirviesen de cama y de sepulcro las verdes yerbas de un llano. Comencé á pedir á Dios ayuda en semejante aprieto, y como la oracion era fervorosa, y para oirla siempre está con atencion el cielo, sin atender á mis culpas, por sola su misericordia, quiso el que por excelencia se llama padre de ellas, enviar remedio á mi precisa necesidad, y fué, que viniendo Don Cárlos de Barcelona, donde habia estado aguardando á Don Gregorio mi señor, y amado padre, y á su querida esposa Do-

ña Marcela, se perdiese; y á las voces ó quejas que yo daba llegase piadosamente para recogerme y llevarme á un lugar que á poca distancia hallamos. Lo que he debido á su cuidado en esta ocasion, las diligencias que ha hecho para que yo consiguiese la salud, quedarán á mi agradecimiento el tiempo que viviere, si es que Don Cárlos quiere paga, á beneficios, donde el tenerme por deudora, dice que es la que mas desea. Con los dolores de las heridas, el lugar que me ha dado la enfermedad, y la soledad que en ella he tenido algunas veces, he grangeado un desengaño de mi propia miseria, y he pensado lo que ahora oireis brevemente: solo á una persona puede parecer extraña mi resolucion, que es á Hipólito; mas si me escucha atento, yo sé que se verá convencido, y que le parecerá cuerdo mi pensamiento.

Esperáron todos á que la hermosa Aminta prosiguiese, y ella, viendo á Hipólito con mayor atencion, añadió. Desde el primer instante que ví su persona, le estimé con el mismo amor que ahora, porque el que siempre le he tenido, nacia de la sangre que tengo suya (como ahora se ha descubierto) y esta siempre ha sido una misma, y

por supuesto tambien ha sidó uno mismo el amor. Bien sé que el que me ha tenido ha sido grande, y aunque no tengo de confesar que hace ventaja al mio, con todo eso no puedo negar, que procedia de la misma causa, pues siempre ha estado limitado, y conforme á los preceptos de la razon. Prevenido de esta verdad, y que le he correspondido igualmente, como ha constado de los peligros en que me he puesto, y que á nadie en el mundo estimo, como á su persona, digo: que habiendo visto la inconstancia de las cosas, los peligros de que Dios me ha sacado por su bondad, habiéndome metido en ellos mi malicia: mirando á que ninguna cosa parece que me ha sucedido prósperamente, puede ser, que por la libertad con que traté á mis padres, y la temeridad con que desprecié sus consejos: atendiendo á que Séneca dice, que ninguno hay tan temeroso, que no quiera mas caer una vez, que estar siempre pendiente; en cuya sentencia entiendo, que es ménos riguroso dexar el siglo, que estar siempre puesta á las dudas de su mudanza, y á los golpes de mi desdicha; he determinado dexarle, y que una religion sea el sagrado de tantos peligros, y el

puerto de tan desiguales naufragios.

O muerte, dice el príncipe de la eloqüencia latina, solamente eres horrible á aquellos con quien se acaba su memoria, no para los que perseveran despues de ella en la gloria de sus virtudes. Consideraba yo, que el camino de hacerse una persona dueño de todo, es despreciarlo todo, porque no hay tan alto modo de poseer los bienes, como es tenerlos de la suerte que sino se tuviesen. De Crates filósofo se cuenta, que arrojó en la mar sus riquezas, diciendo: anegueos á vosotras yo, porque vosotras no me anegueis á mí. Pues si esto decia un hombre gentil, ¿qué mucho que yo dexe el peso de las riquezas, el gusto de mi amor y el regalo de sus delicias, porque el peso de ellas no me sepulte en el mar de este siglo? Demas de que yo me persuado á que el amor que á Hipólito he tenido, no puede perjudicar á mis intentos, pues siempre ha sido honesto, y ahora lo será mucho mas que se ha juntado á nuestra inclinacion el conocimiento de tan propinquo parentesco. El amor que es verdadero, es desinteresado, y no cuida tanto de su propia comodidad, como del deseo de la cosa amada; y así pienso, que supues-

to que el de Hipólito lo ha sido, ha de tener aquestas propiedades, y querer lo mismo que yo quiero. Siendo esto así, mi resolucion pasará adelante; y en caso que le pese de perderme, si es perderme para él, lo que para mí es asegurarme, piense que de esta última desgracia perdí la vida, y atienda á que pues Dios milagrosamente me la ha dado, será bien que la gaste en su servicio: enterrándome viva entre las paredes y clausuras de un monasterio, mejoraré de sepulcro, puesto que si su piedad no me socorriera, habia ya de estar ocupando otro mas espantoso, hasta el último dia. Este es el desengaño que he adquirido entre los dolores y falta de salud pasada. Dexad (¡ó noble padre y señores mios!) que haga yo dichosos los males que me han costado tantas penas, con la reduccion de mi vida á mas seguro estado; y permitid que no se malogre por vuestra culpa un deseo tan digno de alabanza.

Acabó de esta manera Aminta, y con el mismo aplauso fué oida la respuesta de Hipólito, que atento á su cordura y á la prudente relacion de su querida prima, respondió de esta suerte. Quien no tuviera vuestro ingenio

(¡ó piadosa señora!) dificultosamente hubiera pensado tan acertado empleo, si bien de todas nuestras mejoras, y la de la claridad de ese desengaño, Dios es la luz y la causa á quien doy gracias por el beneficio que os ha hecho. Tan léjos está mi amor de contradeciros (¡ó amada prima mia!) este parecer, que ahora con razones, y despues con las obras ayudaré á la execucion de vuestro intento; y si tengo de confesar verdad, nunca como ahora os estimo, que veo quanto mejorais de esposo. Cierta estais de la veneracion con que os he mirado, y que tal vez se pasaba mi amor á respeto: ¿pues cómo habia ahora de contradeciros tan piadoso deseo, quien siempre os ha venerado tanto? Nunca os he querido mas, que por quereros. Y pues en mi mismo amor tengo el premio de haberos amado, ni yo busco otra correspondencia, ni pretendo otra paga. Antes os agradezco el que hayais puesto fin á nuestros accidentes, con una determinacion tan piadosa, y un intento tan loable. Proseguid, proseguid dichosamente, que en esta parte solo me queda un pesar, que es presumir que vos juzgasteis tan mal de mi amor, que pensasteis que os habia de contradecir lo que es justo favore-

cer y envidiar. Quiso levantarse para abrazarla Don Gregorio su padre, en señal de que aprobaba su parecer; mas atendiendo Aminta á esta demostracion de su amor, se anticipó á besarle la mano, y á regársela á un mismo tiempo con lágrimas de piedad, y de alegría. Alexandro, que vió tan conforme á Hipólito, con el cuerdo parecer de Aminta, le estimó la cordura, le agradeció el aliento; y atendiendo todos á la prudencia de sus razones, dixo: ¡ó quán dichosamente acredita la fuerza de su reconocimiento, quien procura dexar los materiales regalos presentes, por la posesion de los futuros inmateriales bienes! ¡Y ó quán dichoso debe llamarse quien tampoco se detiene á contemplar su leve bondad, que ántes los tiene por estorbos de la verdadera alegría, que por seguros contentos! He dicho estas razones, querida hermana mia, para significar quán gustosos debemos estar todos en el cumplimiento de tan piadosa resolucion, y quán dispuestos á ayudar, que por nuestra parte no se impida. Bien puede estar algun tiempo dormida la razon, con la suave armonía, con que el mundo lisonjea los sentidos exteriores, é interiores; mas quando llega el desvelo de la

prudencia, quando abre los ojos el discurso, y á la clara luz de la contemplacion se miran con propiedad las cosas como son, y sin los fáciles visos que ántes tenian vistas, con los antojos de nuestra débil naturaleza, ni se puede negar el crédito á los verdaderos bienes, ni se puede ocultar la mentirosa apariencia de los humores. Dichosamente has empleado el caudal de tu ingenio, pues ayudada de superiores fuerzas has tenido tan claro, y tan imitable conocimiento, en cuyo exemplo acabo de confirmar quán grande beneficio hace Dios á quien enriquece de entendimiento superior; pues aunque muchas veces vemos, que engañado se distrae, por la mayor parte con facilidad desengañado se reduce, cuerdo se reconoce, y advertido se mejora. Acabó Alexandro estas razones, para que en Aminta comenzasen los agradecimientos, y en los demas el aplauso y la alabanza de su resolucion. Descansáron aquella noche, y otro dia se trató del bautismo de Lidora. Recibióle con singular devocion, y dentro de un mes tuvo la misma vocacion que Aminta, pues se entró en un monasterio. Manifestóse el amor que Jacinto tenia á Doña Antonia, y con gusto de los

padres de uno y otro se casáron: Don Carlos y Alexandro tuviéron el mismo estado, en compañía de Doña Marcela y Victoria, con increible gusto suyo. Leonardo, Feliciana, Don Gaspar y Fulgencio volviéron á Barcelona, donde por medio de esta union cesáron los antiguos vandos. Dentro de un año llegó Rezuan con gran copia de riquezas y reducido á la verdad de nuestra fé; despues de informado de lo que debe creer quien llega á la Iglesia por la puerta del sagrado bautismo, le recibió el dia que profesáron Aminta y su hija Doña Ines (así se quiso llamar Lidora): él se llamó Diego, y prosiguió el curso de su vida loablemente. Don Alonso se partió á Malta á servir al rey con Don Juan su amigo, y Hipólito se quedó en compañía de Doña Ana y Don Gerónimo su esposo, en Madrid. Visitaba por deudo á su prima Aminta, y á Doña Ines muchas veces, acudiendo liberalmente á quanto era necesario, sin perdonar al trabajo, á la solicitud, ni á los gastos. Entre las demas veces, fué á visitarlas el primer dia de mayo, célebre en Madrid, por la fiesta que en él llaman de Santiago el verde. No la habian visto Aminta, ni Doña Inés;

y como la fama de aquel comun regocijo es tan insigne, le rogáron que se la describiese. El lo hizo en estas estancias, que no quise excusar, por parecerme que está pintada con razonables colores. Volvió al tiempo que las tuvo acabadas, y con el papel en la mano, gusto de Doña Inés y de su querida prima, dixo así.

DESCRIPCION
DE LA FIESTA
DE SANTIAGO EL VERDE.

Pasa (¡ó Apolo!) por tu dulce lira,
Mas cuidadosamente el arco de oro,
Divino aliento á mi furor inspira,
Será mio el honor, tuyo el decoro:
Barbara Eutorpe, sin tu ardor respira,
Y yo su canto, sin tu auxîlio ignoro,
No excuses, no, el favor, porque presuma
Dichoso acierto mi dudosa pluma.

Podrá, imitando vuestro dulce acento,
Cantar mi voz con mas dichosa suerte,
Grave ocasion, en que Madrid atento,
Junto se mira, cuerdo se divierte:
Dulce asunto ha de ser de mi instrumento,
Aunque el temor á su peligro acierte,
Célebre el dia, á quien veloz la fama,
Con voz comun, Santiago el Verde llama.

Adonde Manzanares mas lucido
Sepulcro de cristal da á sus arenas,
Y cortesano ya con el vestido,
Que serrano nació se acuerda apénas,
Donde por tosco roble deslucido,
Trueca á Madrid, galan de sus almenas,
Y rendido á su adorno y hermosura,
Aquí enamora, como allí murmura.

Donde vestido de lucida plata,
Cobrando las pensiones de unas fuentes,
Tan escondidamente se dilata,
Que parecen hurtadas sus corrientes:
Adonde mercader en cristal trata,
Y aumenta su caudal con las crecientes,
Para que el sol de su valor tirano,
Le usurpe en los ardores del verano.

Donde á Jarama, poderoso rio,
Pidió favor, y vió que anduvo escaso,
Pues limitando el curso en el estío,
Por no prestarle apresuraba el paso:
Tal de un avaro el corazon impío
Suele ser, que presumo en este caso,
Miéntras al mar furioso se descuelga,
Que por no dar, de no tener se huelga.

Ultimamente, donde fiel vasallo
Del palacio del sol las plantas besa,
Y hechas sus puentes dos balanzas, hallo,
Que lo que entra en Madrid registra y pesa,
Donde á varias injurias que yo callo,
Muestra los pardos dientes de una presa:
Y siendo voz el ruido algunos dias,
El agua es lengua, y mimbres las encías.

Yace un espacio, cuya márgen verde
Por todas partes en cristal se engasta,
Cobrando en esmeraldas lo que pierde
En alimentos, que de aljófar gasta:
Siempre la envidia venenosa muerde,
Pues manso el rio, su verdor contrasta;
Y despues de apretarle entre los brazos,
Se divide por verle hacer pedazos.

Allí la verde juncia y la bervena,
El mastranzo oloroso, y flor de acanto,
Miran la yerba, que en su aumento suena,
Y á infestos animales pone espanto:
Allí la flor que fué de Adonis pena,
La Heraclea, cuya fuerza alcanza tanto,
Que unida á Baco, á Venus hace guerra,
A Ceres ama, y al amor destierra.

Allí el eneldo, el alfaro precioso,
El maratro, ó hinojo y la borraja
Hacen el ancho espacio mas vistoso,
Y del jacinto son verde mortaja:
El tomillo florido y oloroso,
Y la nudosa grama que se baxa,
Y siempre al suelo donde nace unida,
Paga en abrazos lo que cobra en vida.

Allí el gamon crecido, y la artemisa
Favorable al cansado caminante,
El campo llena de fecunda risa,
Siempre dichosa, de Lucina amante:
La anclusa, flor, que por la mano Elisa,
La cutis hiere, que aprisiona el guante,
Y quanto mas con presa se limita,
Con afrenta de pez, púrpura imíta.

Silvestre allí la caña se amontona,
Cobarde presuncion de quien se exâlta
Sin fuerza en su defensa, pues abona,
Con ageno valor el que le falta:
El cardo, que se guarda y se corona,
El trebol, que se aumenta y que se esmalta,
Y con su siempre blanca lechuguilla,
Dorada de cervíz la manzanilla.

La flor de Apolo allí, y la siempre viva,
Se acompañan del cálido romero,
Y con las hojas, como verde oliva,
Batió en color el alelí grosero:
Allí el euforvio, que la vista aviva,
El napelo á los ojos lisonjero,
Malo para vecino, pues se niega
Aumento á yerba ó flor, donde se llega.

Se ve el ditapno dedicado á Marte,
La celidonia, que el pastor desea,
Y el elitropio con cautela y arte
Por mirar siempre al sol su flor rodea:
No hay corto espacio, ni escondida parte
Donde el trifolio alegre no se vea,
Bueno para la tez, y así segura,
Ven en Madrid las damas su hermosura.

El yezgo, felipéndula y elecho,
Y la flor del que fué su propicida,
El sisimbríco sano para el pecho,
La mandragora al hombre parecida:
A la sed la espartaria de provecho,
El melifolio bueno en toda herida,
Y con la malva, el apio, y mayorana,
Betónica feliz, ruda villana.

Por todas partes repartidos miran
Arboles infructíferos los ojos,
Tan variamente unidos, que suspiran
Las yerbas, por mirar del sol despojos:
Gigantes de aquel prado se conspiran,
Y á Júpiter, tal vez, le dan enojos,
Pues con rayos de hielo en el octubre,
No ser lo que otra vez temió descubre.

Allí el aliso los peligros quita,
Que da en su mordedura el can rabioso,
El sauco, á quien hoy desacredita
Un bárbaro ministro codicioso:
Allí el álamo negro, no limita
Su curso, hasta que el fuego luminoso
Sus hojas tuesta, y le maltrata el viento,
Viendo que despreciaba su elemento.

El fresno, digno asunto de que Homero
No le ocupase su alabanza en vano,
Y que le hiciese, quando mas grosero,
Noble la sangre del mejor troyano:
El lentisco oloroso y lisongero,
Propiedades de ilustre cortesano,
Cuya raiz, quando á los dientes toca,
Afirma y pone cándida la boca.

• • •

La yedra al olmo rústico enlazada,
Tan blandamente le aprisiona y prende,
Que muere en una cárcel regalada,
Y quando mas le injuria, le defiende:
La zarza, que viviendo recatada,
Por todas partes enfadosa, ofende;
Y aunque es así de condicion escasa,
Nos da la fruta de color de brasa.

Allí la parra, que silvestre nace,
Se arrima al tronco, que miró vecino,
Y paga en sombra, que á las flores hace
El humor que les bebe cristalino:
Con los sauces tal vez se satisface,
Y tal le alegra con el verde espino,
Villana al fin, pues esmeraldas tales,
Quiere adornar con sarta de corales.

La mimbre débil, y el taray pequeño
Se acompañan de árbol, cuya fruta
Del corazon humano es fiel diseño,
Y el vientre aprieta, si se come enjuta:
El mitro peligroso para el sueño,
Cuyo verdor el tiempo nunca inmuta,
Y como es ciudad de árboles tan noble,
Solo se excusa de nacer el roble.

Allí canta suave Filomena
A Iphis endechas, sátira á Tireo,
Publicando á las aves, quanta pena
Suele costar un bárbaro deseo:
Resuena el eco por la selva amena,
Y el viento goza de su dulce empleo,
Hasta que en tanta repetida queja,
Triste tal vez por suspirar lo dexa.

Allí su hermana, remendada á trechos,
De aquel suceso viene mal segura,
Que adquiere el escarmiento mil provechos,
A quien no falta para el mal cordura:
Adornado de púrpura los pechos,
En los hombres honor, allí hermosura,
Hace garganta el Pardo tan suave,
Que duda quien le oyó, si es hombre ó ave.

Al son que el viento toca entre las flores
Al gilguero galan de la mañana,
Procura, con vestirse sus colores,
Dar á entender, que sus favores gana:
Al dulce cuello con que dice amores,
Trae adornado de color de grana,
Mostrando así, que quien á amar comienza,
Pocas veces se atreve sin licencia.

En este sitio, pues, el primer dia
Del mes, que alegre resucita Flora,
De suerte el prado al alva desafia,
Que ella de verle tan risueño, llora:
Auméntase en las aves la armonía,
Madruga el sol, que su perjuicio ignora,
Pues entre visos de costosas lamas
Han de afrentarle de Madrid las damas.

En los apriscos que las parras forman,
Toma la guia dilatados puestos,
Mesas asientan, que de yerba informan
Cándida con martirios tan molestos,
Del cansancio y camino se reforman,
Y cuida cada qual de sus repuestos,
Porque llega á saber quien mas ignora,
Que suele ser el hambre cazadora.

Sobre cimientos de molida arena
Ponen estrivos de madera á trechos,
Y pinos dan á la campaña amena
Edificios caducos, y deshechos;
Con los mas gruesos los espacios llenan
La diligencia de robustos pechos,
Y cortando del rio las corrientes,
Quedan así formadas breves puentes.

Cúbrenlas luego de diversas flores,
Entre la tierra unidas de tal suerte,
Que aquel llama perfume sus olores,
Y este una alfombra en su labor advierte:
Pasamanos orlados de colores
Hacen aquesta hermosa, aquella fuerte,
Y tal, que aventajarse mas procura,
Arcos labra en silvestre arquitectura.

Su medio curso el sol apénas toca,
Quando exército vario se descuelga
De juventud, que con risueña boca
Al compañero de burlar se huelga:
Tal vez, quando el contento le provoca,
De los hombros del uno el otro cuelga,
Cae en el suelo, y miéntras no se quita,
De enojada la yerba se marchita.

Levántase, advertido de su daño,
Y tras quien fué la causa ayrado corre;
El otro, que advirtió su desengaño,
De un tercero se ampara, y se socorre:
Detiénenle, diciendo que fué engaño;
Todos le van gritando, y él se corre,
Múdasele el color, la capa arroja,
Y mas le gritan, quanto mas se enoja.

Por otra parte, con igual contento,
En tropas salen tantos cortesanos,
Que al animal imitan avariento,
Quando sale á encerrar los rubios granos:
Unos gustan de ver tan grande aumento,
Otros con las mugeres hablan vanos,
Y á todas cansan, porque los desprecios,
Nunca son escarmientos en los necios.

Al hombro unida de su amado esposo
Sale tambien alegre la casada,
O ya adornada de su honor precioso,
O ya de su familia acompañada:
Llega despues con su disfraz brioso
La dama poco honesta; aunque tapada,
Siente de su consorte sus desvelos,
Y la que alegre fué, vuelve con zelos.

En Apuleyos de diversas pieles,
Salen las damas de mediano porte,
Al reves que en la corte los doseles;
Mas todo suele ser así en la corte:
Procuran los galanes mas noveles,
Por si hay alguno que les pague el porte,
Llegan, y lo que á muchos se reserva,
Al apearse suele ver la yerba.

Tantas casas portátiles de lino,
Por el camino presurosas baxan,
Que no basta el espacio del eamino,
Y á sí mismas se impiden, y se atajan:
Parece que en el margen cristalino,
Por fabricar otro lugar trabajan,
Tanto, que justamente se podria
A este sitio llamar Madrid de un dia.

Como de ruedas es el fundamento,
Goza comodidad tan oportuna,
Solo quien junta con lucido aliento
El próspero favor de la fortuna:
Fácil á qualquier parte el movimiento,
(Yo no suelo envidiar dicha ninguna)
Mas aquí no envidiar, es desatino,
El poderse mudar de un mal vecino.

Quando el cristal pala pasar divide,
El que ántes edificio parecia,
Nave parece, que su espalda mide,
Y que en el puerto descansar porfia:
Es la salva las valas que despide
De animado cañon la planta fria,
Forzado vil el animal ligero,
Remo el tirante y cómitre el cochero.

Tal vez el paso mas seguro dexa,
Y probando su fuerza, ó su ventura,
Halla confuso quanto mas se alexa,
Que atreverse sin ciencia, no es cordura:
De la arena y del rio forma queja,
Y con ser agua su paciencia apura,
Mas adentro se mete, mas se encalla,
Todos le miran, pero nadie calla.

Si un caballo cansado de hacer fuerza
En el arena á descansar se arroja,
A mayor grita, mas placer se esfuerza,
Y al paso que se rien, él se enoja:
Ve que apearse á levantarle es fuerza,
Mucho le anima, pero mas se moja,
Mucho se moja, y entre varios modos,
Mas es el gusto con que alegra á todos.

Al coche, que alma de bellezas lleva,
Otro de noble juventud se ajusta,
Aquel se cubre, porque así se deba
De este á los ruegos, lo que el mismo gusta:
Corren los velos, quando alguno prueba,
Que hacerlos tal favor es cosa justa,
Y aunque ser vista cada qual desea,
Atenta aquí su industria lo escasea.

Si va alguno preciado de entendido,
Picado de otro amor, busca desquite,
Habla, enamora, muéstrase rendido,
Y él mismo se responde, y se compite:
Si algun concepto no le dan oido,
Hasta que le celebran le repite,
Negocia mas, si prometió el mas mudo,
Y él, como herege, se perdió de agudo.

Sale á caballo con ayroso brio,
El que puede preciarse de gallardo,
Y el bizarro animal, al hierro impío
Muerde, porque es de su lealtad resguardo:
Si el pie le hiere, venga en el rocío
La ley del freno, y con el paso tardo
El cuello baxa, y con la clin se enreda,
Y en un mismo lugar anda, y se queda.

Otro, que ménos cuerdo se corrige,
Se enfurece, se oprime, y se congoja,
Y quando mas con el furor se aflige,
Con blanca espuma, pecho y brazos moja:
Si de la rienda alguna vez colige,
Que le dará licencia, si él se arroja,
Corre en el viento, sosegado para,
Y los pechos se limpia con la cara.

Quando su dueño con dichoso aliento
Sigue en el coche un sol en nada esquivo,
Haciéndole capaz de aqueste intento,
Parece que va unido al mismo estrivo:
No diré yo, que á la beldad atento,
Tan quieto está, que no parece vivo,
Pero diré, que á su quietud se debe,
Tal vez poder trocar al fuego en nieve.

El que no lleva prevencion tan grave,
Se vale de la industria de las puentes,
Paga corto estipendio, porque sabe,
Que nacen de no darle inconvenientes:
Tal gusta de que el dueño no se alabe,
Que le lleva interes, y así impacientes,
Sobre si ha de pagar, ó si no paga,
Lo que Neptuno enciende, Baco apaga.

En carros yace aquel licor precioso,
Que en Yepes nace, ó vive en la Membrilla,
Y de Lillo el mulato tan brioso,
Que aun viendo su color nunca se humilla:
Llega el de Manzanares perezoso,
Porque el crédito pierde en esta orilla;
Mas todos dicen, viéndole tan hombre,
Que es diverso el valor, si es uno el nombre.

Si alguno, que se precia de destreza,
Un poco se descuida, y no se escapa,
Qual diestro jugador, en la cabeza
Le da el del santo de la media capa:
Cae en el suelo, á levantarse empieza,
El celebro de tufo se le empapa,
La gente se le acerca, y con la risa,
A los muchachos del fracaso avisa.

Pasa el galan, y si miró á su dama
Con mas despejos que permite el dia,
Zelos avivan de su amor le llama,
Que con zelos amor nunca se enfria:
Ella atendiendo á su pesar la llama,
El de lo mismo que ama se desvia;
Ella se va acercando, si él se alexa,
Y él se vuelve á llegar, si ella le dexa.

Apriétase el sombrero, al cielo mira,
Ablándase la barba, el labio muerde,
Baxa al suelo los ojos y suspira,
A otra se llega á hablar, y el tiempo pierde:
Si ella se acerca, entónces se retira,
Zelosa llega, él dice que se acuerde
De aquel suceso en que su amor la culpa,
Y la venganza viene á ser disculpa.

Como si él fuera ménos agraviado,
Los enojos pasados vuelve en ruego,
Dícela de su amor y su cuidado,
Trátala de su pena, y de su fuego:
Ella finge de verle injusto, enfado,
Llega la amiga á intervenir, y luego
Su amor piadosamente le recibe,
Que es estrangero, y de invenciones vive.

Si de alguna el donayre, ó la hermosura,
Rindió en otro la vista y el deseo,
Segunda vez mirar su luz procura,
Y queda siempre de su amor trofeo:
Con aliento, recato y compostura,
Principio quiere dar á aqueste empleo,
Y quando para hablar tiene ocasiones,
La turbacion le quita las razones.

O amor, no eres el mismo que solias,
Ya has olvidado, amor, el arco y flechas,
Ya son mas insufribles tus porfias,
Y de mas fuertes armas te aprovechas:
Con fuego hieres en aquestos dias,
Tu boca ahora con la venda estrechas,
La vista dexas libre; y así dudo,
Si eres ya ciego amor, ó si eres mudo.

A la razon que mal formada dice,
Ayudan luego á proseguir los ojos,
Ella ni da favor, ni contradice,
Si de su esposo teme los enojos:
Hace que la vergüenza la matice
Las dos mexillas con granates roxos;
Mírala así, y adquiere el rostro noble
Doblada estimacion, hermoso al doble.

En otra parte, si de amor se trata,
Que apénas hay quien trate de otra cosa,
En copiosos conceptos se dilata
La juventud alegre, y licenciosa:
Qual varias prendas de un galan retrata,
Qual dulces gracias de una dama hermosa,
Y qual llega á decir amores vanos,
Ménos necio en la lengua que en las manos.

Quien no puede llegar tan atrevido,
Porque ve que acompañan á su dueño,
La madre, ó la vecina, que ha perdido,
Tal vez curiosa para verle el sueño:
Desde léjos la sigue, y advertido
Agradece, y estima el corto empeño,
Que rostro, y ojos á volver la obliga,
Pues volviendo su luz, su ardor mitiga.

Si ella interrumpe el movimiento leve,
Cesa tambien en él el mismo intento,
Que como un alma sus potencias mueve,
Ha de ser uno mismo el movimiento:
Pónese en parte donde no le lleve
Pension de algun disgusto aquel contento,
Descuídanse las guardas, su amor vela,
Llega, y hace al cuidado centinela.

Habla, presume, rinde, y enamora
Cuerdo, atento, galan, discreto, afable,
Responde, mira, atiende, y nada ignora,
Bizarro, prevenido, honesto, amable:
Encarece, discurre y se mejora,
Promete, que su amor será inviolable,
Detiénese, importuna, un favor pide,
Con él se alegra, teme y se despide.

Al que le llama inclinacion mas dura,
Y de amor la lisonja no le agrada,
Trueca de sus deleytes la dulzura
Por la destreza de la negra espada:
Entra á tomarla, y pierde su cordura,
Si del otro la cólera le enfada;
Vuelve á partir, espéranse mas diestros,
Y solo paz enseñan los maestros.

Si el que dexó la espada tiene amigos,
Todos se arrojan juntos á cogerla;
Conoce el otro así sus enemigos,
Y ya casi le pesa de tenerla:
Mas viendo, que hay de su faccion testigos,
Que podrán ampararle y defenderla,
Se alienta, y entre cólera tan brava,
La negra empieza, mas la blanca acaba.

Los que opinion, y crédito reciben
De fuertes, alentados y ligeros,
En otro espacio alegre se aperciben,
O ya á correr, ó ya á luchar groseros:
Quando la seña de salir perciben,
Parten furiosos, llegan los primeros,
El premio cogen, paran prevenidos,
Y los que ménos corren van corridos.

Luego la barra con la mano aprietan,
El cuerpo vuelven, y de sí la arrojan,
Los que miran estorban, y se quietan,
Los que tiran se cansan y se enojan:
La mano escupen, y la palma inquietan,
Rostro, y cabello por los poros mojan,
Los brazos, y los miembros desencaxan,
Y compitiendo, por vencer trabajan.

En caballos de campo bien dispuestos
Andan algunos, que alegrarse saben,
A varias burlas, y contento expuestos,
Intentando que todos los alaben:
Unos tras otros corren descompuestos,
De suerte, que en el sitio apénas caben,
Pues por huir, adonde el bruto huella,
Aquel tropieza, el otro se atropella.

Toda esta fiesta para en la sortija,
Que sin costosa prevencion se traza,
Pónenla en una cuerda, que prolija
Las ramas de dos árboles abraza:
El que ántes puede presuroso aguija,
Y el duro cuento de una lanza embraza;
Pónese en su lugar, y atento espera
Que pase el que está puesto en la carrera.

A tantas cosas divertido atiende,
Que de poner la lanza se le olvida,
Y aunque todos se rien, no se ofende,
Ni entónces su disculpa es permitida:
Solo allí la paciencia le defiende,
Dánle luego una nueva, y admitida,
Porque su error á tal rigor le obligue,
Espera que la yerre el que se sigue.

No tarda, no, en llegarle su esperanza,
Pues otro al punto con valor se opone,
Afirma bien el brazo con la lanza,
Y en la silla se ajusta, y se compone:
Juzga que está el suceso en la pujanza,
Y al blando hijar del bruto el hierro pone,
Su mismo aliento estorba á su cuidado,
Con el asta se enreda y mide el prado.

Pasan con mas destreza, ó mas ventura
Los demas, y sosiégase la gente;
Pero aquesta quietud el tiempo dura
Que el fracaso de alguno lo consiente:
El que corrió veloz con mas cordura
Feliz el hierro en la sortija siente,
Todos le dan aplausos, él se parte,
Y el concurso á otros gustos se reparte.

La gente mas comun lleva instrumentos
Tambien comunes, y á su estado iguales,
Toman entre las yerbas sus asientos
Con varia risa, y voces desiguales:
Hacen luego ligeros movimientos,
Imitando las fiestas Bacanales
Con que á Dionisio celebraba Grecia,
Si bien aquí no es ocasion tan necia.

• • •

Allí se escuchan rústicas sonajas,
Llevando á una guitarra el contrapunto,
Y el mas jovial procura hacerse rajas,
Si comenzar le diéron por asunto:
Desnuda ya la sien, las manos baxas,
Hace una seña, y nunca pierde el punto,
Su consorte lo advierte, y sale luego,
Que en el deseo es excusado el ruego.

Despues que al pulgar tosco preso dexa
Entre prisiones, donde lustre adquiere,
Toca el necio instrumento que se queja,
Al mismo tiempo que la palma hiere:
Con el son las mudanzas aconseja,
Cánsase tanto, que dexarlo quiere;
Y elige entre el cansancio, y sufrimiento
Dexar despues el bayle, que el aliento.

En otras partes es mas rudo Orfeo,
Pues con lira de pieles extendidas
Dexa cumplido aquel vulgar deseo,
Y sus leves pasiones divertidas:
Un árbol cuida de que el dios Timbreo
No ofenda sus personas y sus vidas,
Que quando el regocijo no es injusto,
Aun las ramas tambien cuidan del gusto.

Siempre á los instrumentos de Zamora
Acompaña una esquadra de Galicia,
La que ha baylado, un poco se mejora,
Y solo el brio en la que entró codicia:
Esta con el cansancio se empeora,
Al son otra obediente se desquicia,
Y aunque á los pies les bañan sus humores,
Calla el olfato por algunas flores.

Nieva á trechos el campo blanco lino,
Y saca el gusto sus copiosas tiendas,
Preside en grana á todas el tocino,
Que es el hábito ya de las meriendas:
A su presencia traen el rubio vino,
Y por deudas de sed le sacan prendas;
Mas él por no perder de su decoro,
Como es fiador, á todos paga en oro.

Sale tambien la cándida empanada
De rostro hermosa y de cintura fea,
A todos juntos su belleza agrada,
Y cada qual la mira, y la desea:
Llégase el tiempo, y como va preñada,
Diligente el que trincha la partéa;
Mas afirma en lo poco que descubre,
Que el figon hace grandes quantos cubre.

Con su tericia vienen los rellenos,
Dilatado el capon, corto el chorizo,
Que forma lo profundo de sus senos,
De negro y nacar un color mestizo:
Por cuello angosto llueve haciendo truenos
El licor, que otra vez los satisfizo;
Uno en su ardor la tempestad aclama,
Y por quitarla al otro, la derrama.

Comen á aqueste tiempo dos criados,
Si viene desmandada alguna presa,
Y medran los mendigos porfiados
Si hay algunos piadosos en la mesa:
Cuéntanles con envidia los bocados,
Mucho de tanta caridad les pesa,
Y aunque á sus amos tienen por tan buenos,
Ellos son los que dan, pues lo echan ménos.

Tal vez por dar mas lustre á tanta fiesta,
Y porque el sol no asista en ella solo,
De otro sol la presencia manifiesta,
Que aun tiene competencia al mismo Apolo:
Llénase de contento la floresta,
Y corren todos á mirar el polo,
Donde ilustres se mueven, donde vienen
Diversos cielos, que un orígen tienen.

Tiran un coche seis hermosas pias,
En quien porque el marfil no quede ufano,
Naturaleza ociosa algunos dias,
Quiso mancharle con su misma mano:
Consultólas en tigres nunca impías,
Mas juzgo yo, que no fué intento vano,
Pues como á tal Leon las ordenaba
Tigres sin la fiereza las formaba.

Sin guarda, porque á ser la mejor guarda
La lealtad, quiere honor que se anticipe,
Viene el Quarto Felipe, porque aguarda,
Que todo de su vista participe:
Ninguno de mirarle se acobarda,
Que aunque sin ser planeta, es sol Felipe,
Aguila siempre el español suspira
Por ver su luz, que atentamente admira.

Juntos repiten con alegres voces,
Viendo el augusto rostro de su dueño
En paz tranquila, dulce, amable, goces
El mundo superior, siendo pequeño:
Tus enemigos bárbaros atroces,
Teman tus armas en qualquier empeño,
Y tú vivas dichoso, de tal suerte,
Que le debas olvidos á la muerte.

Rige, defiende, reyna alegres años,
Conserva, estima, aumenta la justicia,
Rompe, destruye, ausenta los engaños,
Alienta, premia, esfuerza la milicia:
Preven, advierte, escucha desengaños,
Vence, aparta, castiga la malicia,
Juez sabio, señor fuerte, rey atento,
Sin que te falte á tanto peso aliento.

Y tú, bella Isabel, otros repiten,
Pues reynas en las almas, y en los ojos,
Pues en tí las virtudes se compiten,
Goza tú amado esposo sin enojos:
Y pues dos á un asiento no se admiten,
Pues tienes ya las almas por despojos,
Dueño del pecho del monarca Hiberio,
Mas noble reyno gozas, mas imperio.

Veas de fuertes hijos tantos nietos,
Que el tiempo no se atreva á tu memoria,
Y á la eloqüencia falten epitectos,
Con que poder manifestar tu gloria:
Admítante piadosos y discretos,
Y pues solo es feliz la buena historia,
Su fiel valor ocasionar presuma,
Con siempre noble espada, docta pluma.

Quando á mirar se ponen la hermosura
Del alva, que en Escocia anocheciera,
Si para nuestro daño, su ventura
Ménos que la hermosura en esto fuera:
Con dichosos aplausos se asegura
De la corona, que en Ungría espera,
Pues quando el viento con las voces lucha,
Felices nuncios del suceso escucha.

Llegues alegre al tálamo, prosigue
El que la mira con amor discreto,
Que aunque tal vez á la razon persigue,
Siempre fué del amor freno el respeto:
Esto repite, y juntamente sigue
El coche, mas no sé si de este efecto
Es el afecto causa, ó sigue el coche,
Temiendo á falta de su luz la noche.

Miran de Carlos el valor prudente,
Y á sus oidos la alabanza alcanza,
Pero en tanta prudencia, justamente
Sus hipérboles logra la alabanza:
¡O quánto amparo en él la virtud siente!
¡O quánto alienta en todos la esperanza,
De que aunque el enemigo mas se asombre,
No ha de ser solo Carlos en el nombre!

Alguno dice: yo veré su espada,
Si la dispone el poderoso cielo,
De la sangre otomana mas bañada,
Que la suya miró su visabuelo:
Y restaurando la ciudad sagrada,
Veré un portal que tuvo un sol al hielo;
Y otro responde: pues tan bien te empleas,
Dios lo permita así, y que tú lo veas.

Adornado de púrpura á Fernando
Le dan mil dilatadas bendiciones,
Que la envidia le fuera murmurando,
Si hubiera envidia en tales ocasiones:
Con el hábito á todos va mostrando
Su estado, su virtud y obligaciones;
Dichoso tú, que ya podrás, Toledo,
Con tal pastor desconocer al miedo.

Y yo me acuerdo, que tambien decia,
Lleno de noble afecto, aquí no es necio,
Ruego á los cielos que se llegue el dia,
Que la Tiara á tu piedad sea precio:
Y que quando del tiempo la porfia
Dura te oprima en su fatal desprecio,
Eterno reyno adquieras: nunca escaso
Ha sido amor, y aquí detuvo el paso.

A aqueste cielo, que con soles tantos
Tiene del sol los rayos envidiosos,
Dando á la admiracion cuerdos espantos,
Otros de estrellas siguen luminosos:
¡O quántos ciega su esplendor! ó quántos,
Aunque advierten su incendio, están gloriosos,
Y nobles mariposas de las damas,
Por llegarse á la luz, sienten sus llamas.

Una se ordena, y viste de encarnado,
Otra al color azul el temor pierde,
Tal conforma su gusto al noguerado,
Y tal morena se atrevió á lo verde:
Da indicios de congoja lo leonado,
Y la que quiere que su amor se acuerde,
Con la flor del romero se eterniza,
Pues á su fuego cubre con ceniza.

Quando el sol ve á la gente tan contenta,
Siglos hacer quisiera de aquel dia,
Mas comienza á tener su justa afrenta,
Pues qualquiera á sus rayos desafia:
A los caballos, que con luz alienta,
Corrido que se ausenten los porfia,
Rompen las riendas, en el mar se arrojan,
Y en él se anegan, aunque no se mojan.

Luego la noche perezosa viene,
Y á desandar comienzan el camino,
El que mas zelos, mas cuidados tiene,
Y el mas amante la ocasion previno:
Este guarda á su dama, y se detiene,
Al otro le acomoda su destino,
Que quando su interes á amor le importa,
Tambien suele mirar con luz mas corta.

Con esto cada qual llega á su casa,
Ya zeloso, ya alegre, ya inconstante,
Ya confuso, ya el pecho vuelto en brasa,
El galan, el esposo, ó el amante:
Su esplendor comunica mas escasa
Del cielo Venus cándido diamente,
Acábase la fiesta, el rumor huye,
Y á su cansancio el sueño sobstituye.

Acabó de esta suerte su descripcion el noble Hipólito. Diéronle agradecimientos, al paso que habia sido el gusto que habian recibido con ella. Continuó despues el visitar, con el recato que era justo, á la causa de sus pasadas peregrinaciones; y nosotros pondremos á ellas y á su historia fin, deseando que entre la dulzura y variedad

de los sucesos, coja, quien pasáre por ellos los ojos, el fruto de la imitacion en las acciones loables, el gusto de divertirse en las extrañas, y los avisos para escarmentar en las ménos imitables. Este es el intento que he tenido en este asunto, como verá claramente quien con atencion leyere sus discursos, y advirtiendo al cuidado las sentencias, no se excusáre de observar sus avisos.

F I N.

Se hallará esta obra en la librería de Gomez Fuentenebro, calle de las Carretas.





